

Con y Sin Derechos

3

Con y Sin Derechos

2

Con y Sin Derechos

1



Una Novela Romántica en
Español de Mercedes Franco

Una Novela Romántica en
Español de Mercedes Franco

Con y sin
Derechos

CON Y SIN DERECHOS

Tabla de contenido

Libro 1: Jugando con Fuego

LA TRAMPA DEL CAZADOR

CAPÍTULO I - Noches en rojo

CAPÍTULO II - Un clavo saca a otro clavo

CAPÍTULO III - Apuestas peligrosas

Libro 2: Línea Roja

PRIMERA Y SEGUNDA REGLA

CAPÍTULO IV - Malas enseñanzas

CAPÍTULO V - Punto de vista

CAPÍTULO VI - Mentiras blancas en labios rojos

CAPÍTULO VII - El juego del placer

Libro 3: Un as bajo la Manga

TERCERA Y CUARTA REGLA

CAPÍTULO VIII - Trato o truco

CAPÍTULO IX - Nieve sobre fuego

CAPÍTULO X - Diamantes negros

CAPÍTULO XI - Jugar a las vencidas

CAPÍTULO XII - La última palabra

EPÍLOGO

CON Y SIN DERECHOS

Jugando con Fuego

Libro 1

La Trampa del Cazador

Como bien lo dijo una vez un famoso playboy caraqueño, Cristóbal Núñez, “el juego de la seducción puede resultar muy peligroso”. Mi padre era su amigo, juntos gobernaban al mundo o al menos el suyo. Él a su vez pasó ese legado a mí, se suponía que lo pasara a mi hijo, pero eso no sería posible porque estaba hecho de otro material, mi vida siempre fue el juego, al igual que ellos soy un cazador y, por supuesto, mi objetivo era cazar a las mejores presas.

Mi nombre es Federico Román, soy experto en el arte de amar, pero, sobre todo, en el arte de conquistar corazones y almas o al menos lo era hasta hace un año atrás, a veces estás seguro de algo, pero al segundo siguiente todo puede cambiar.

Un día me topé con alguien que cambió mi vida sin proponérselo, quise jugar con fuego, pero ese mismo fuego se volvió en mi contra quemándome. Aprendí que no puedes apostar con el destino porque siempre perderás. A ella le enseñé todo lo que sabía, lo que tenía en mi mente y en el corazón, gran error, el más grande, el primero de todos.

Pero a ustedes no les mentiré, no diré que siempre salí triunfante, esta vez contaré la historia verdadera de lo que me pasó, de cómo un cazador experto pudo caer en su propia trampa. Hay juegos que son peligrosos, hay apuestas que jamás deberían hacerse.

Yo también fui un cazador famoso como Cristóbal o como Orlando, y también al igual que ellos, caí en mi propia trampa, en la más inesperada de todas. Un cazador cazado, como dicen, pero no mentiré, vale la pena, aunque te rompan el corazón.

Las reglas eran muy claras: no ser débil, ni flaquear, no enamorarse nunca, no estar mucho tiempo estancado con alguien y jamás usar el poder contra ti mismo. Lo sabía muy bien y las rompí todas, ahora deberé pagar las consecuencias de mi falacia.

Soy Federico Román, abogado, exitoso, playboy, esta es mi historia, una donde la vida te permite tener lo que quieres, tan solo por un instante, y nada más. Con o sin derechos, algunas veces sí y muchas otras no. Cuando eres tú quien tiene el sartén por el mango es divertido, pero cuando otro lo toma por ti no lo es tanto. He jugado con fuego, he perdido entre las llamas, me he quemado y calcinado y, aun así, no mentiré, todo ha valido la pena.

CAPÍTULO I

Noches en rojo

Miro a mi alrededor y el ambiente está bastante animado, la música suena de manera atronadora, mientras la chica a mi lado baila de forma sensual sobre mí. Es la misma hermosa mujer que conocí en ese restaurant, la que ahora dice ser mi novia, al menos ella piensa eso, ¿y quién soy yo para corregirla? No puedo negar que es muy atractiva, eso es cierto, pero hay mucho más que la belleza ¿no es así? Es la primera norma, no enamorarte, no flaquear, no mostrar debilidad.

Ella tiene una actitud de “soy tu novia”, y detesto cuando las mujeres hacen eso, como si les pertenecieras, este es el punto en que debo tomar una decisión, siempre es desagradable, pero necesario. Después de todo, nadie quiere terminar enredado, y mucho menos a alguien que te llora y pide explicaciones, eso es la peor pesadilla de un hombre. La veo sonreír, mientras pasa su brazo por el mío, ¿no detestan cuando eso sucede? Es decir, llega un momento en que todo te aburre, a eso le llamo “el lapso”, y el de ella ha llegado.

El lapso fue una idea que se me ocurrió para facilitar el término de una relación y, aunque este puede ser variable entre cada mujer, me permite establecer un límite estándar. Sé que suena un poco malvado, pero créanme, es complicado mantener tantas relaciones, después de todo, luego de un tiempo las cosas se tornan aburridas y la novedad se acaba. Soy alguien que le gusta explorar, me fascinan las nuevas experiencias, eso me mantiene vivo, ¿por qué perder tu vida con una sola persona?, eso es algo que no entiendo.

Cuando llego al edificio, Edgard me recibe con una sonrisa, me conoce, son las 2:00 a.m., y estoy fulminado, alguien que se va y alguien que viene. Esa es la ley de la vida, es otra de las reglas, no estar mucho tiempo con alguien, por eso me fui lo más rápido que pude. Pero no me confundan, no soy un hombre insensible, todavía siento el peso de esa mirada triste, la verdad es que odio esa parte a la cual considero un mal necesario, el mundo debe seguir girando.

He pensado últimamente que las mujeres, al menos muchas de ellas, buscan solamente relaciones serias, ¿para qué?, me pregunto, ¿para qué complicar las cosas de esa manera? ¿No es más sencillo ir claramente al punto? Así no hieres a nadie, ninguna persona saldría lastimada, pero no, siempre tienen que complicar todo de una manera que alguien salga herido y, por supuesto, que ese alguien no seré yo.

- Buenas noches, señor.
- Buenas noches Edgard, hace bastante frío.
- Así es.
- ¿Qué pasa?
- Eh... —y me mira de una extraña manera, lo conozco, quiere decirme algo, pero se detiene—.
- ¿Qué?, —le digo extrañado—.
- Nada señor.
- ¿Seguro?

- Sí, señor, —pero sé que se trae algo entre manos, me preocupa, ¿qué rayos será?—.

Subo hacia mi departamento, tengo ganas de derrumbarme en la cama y dormir como un tronco hasta el día siguiente, estoy totalmente fulminado. Abro perezosamente la puerta, y entonces... ¡qué rayos!, una suave música comienza a sonar, un sensual sonido, una especie de melodía árabe. Me quedo totalmente impresionado, tal vez es esto lo que quería advertirme Edgard, suspiro, ahora ¿qué?, ¿qué rayos es esto? Me tenso pensando quién será, pero luego recuerdo algo, a ella es la única a quien le he dado mi llave ¿será? No puedo creerlo.

El departamento está suavemente iluminado con velas, dándole la apariencia equívoca de esos lugares exóticos en el medio oriente, un oasis en el desierto nocturno de mi vida, esto promete, entonces tengo un buen presentimiento. Me quedo paralizado, es la expectativa, la adrenalina recorriendo todo mi cuerpo enervando mis sentidos. ¿Quién es?, podría ser cualquiera, al menos cualquiera de las que tenía en mi lista, pero solo una se atrevería a hacer algo como eso, no, no podía ser, no daba crédito a eso, pero en el fondo esperaba que fuese cierto.

De pronto, sale lentamente una figura de entre las sombras, y en ese instante sonrío. No puedo creerlo, no doy crédito a lo que ven mis ojos, es ella, ¿es cierto? Es como el sueño hecho realidad de cualquier hombre, pero esta noche soy el afortunado que lo volverá realidad. En esta y en otras oportunidades le doy las gracias a ese momento, aquel en que la conocí, cuando mis intenciones nos llevaron, tal cual como en un juego, hasta este punto de nuestras vidas.

Una corriente eléctrica recorre todo mi cuerpo de arriba abajo, ¿qué más querían?, soy un hombre, ¿quién podría hacer otra cosa? Exploro toda su geografía, mis ojos no dan abasto para todo eso, resulta demasiado tentador, hermoso, como un fruto maduro y justo a punto de ser devorado, y por supuesto, yo seré el que lo haga, no dejaré pasar esa oportunidad.

Imagínate llegar a tu casa y lo primero que encuentres sea una sensual y hermosa mujer vestida de odalisca, ataviada de seda roja esperando por ti. Su cuerpo esbelto está lleno de curvas sinuosas, como si el mejor dibujante las hubiese trazado de una forma suave y perfecta. Por eso no me extraña que muchos hombres estén locos por ella, pero esta noche será completamente mía, solo por esta noche.

Le gusta lo misterioso, así que esa atmósfera que ella ha creado me invade, solamente alguien que esté tan loco podría hacer eso. Armar todo este escenario es algo que lleva tiempo, pero cualquiera que confunda esto con la necesidad de agradar a un hombre está muy equivocado, es fácil enamorarse de una mujer así. Pero no lo hace por esas razones, la conozco bien, sino por placer propio, para darse gusto ella misma, haciendo siempre las cosas como le provocan, y de la manera como le da la gana, seducir es su herramienta favorita.

Parece mentira cómo hace 12 años me senté al lado de esa chica desabrida que lloraba por un idiota, y ahora la misma persona está frente a mí, transformada en alguien completamente distinto, tal vez debería enorgullecerme de eso, después de todo, parte de lo que es me lo debe a mí. Aquella chica de 20 años se ha esfumado, y lo que veo ahora es una mujer poderosa, fuerte, que sabe lo que quiere y va por ello, me mira con toda la seguridad que le dan sus 32 años bien vividos. Nunca, jamás he conocido a alguien así antes, ni después de ella, y siempre tengo la

sensación de que la expectativa nunca se acaba, siempre hay algo nuevo por descubrir.

Se sigue oyendo la insinuante música de fondo que contribuye a generar la sensualidad de ese ambiente que ella ha creado. Me sonrío y comienzo a bailar como toda una profesional, mientras tanto, yo solo puedo sentarme a contemplar el maravilloso espectáculo que ha armado, no para mí, sino para sí misma, para darse satisfacción al ver la cara de idiota que tengo ahora. Lo mejor es que más tarde se pondrá más interesante; se muestra insinuante y misteriosa, mueve las mangas de su vestido, son como alas, ella tiene la apariencia de una bella mariposa, es una imagen hermosa y llena de exótica belleza.

Sí, ella es una mariposa que revolotea con el viento, suavemente alrededor de este mundo que es mi corazón. La brisa la lleva y también a mí, es una suave sensación la que experimento, el aire está perfumado con un delicado aroma a jazmines, su fragancia favorita y la mía, no hay nada más fresco y sexy que la fragancia de un sencillo jazmín, la cantidad justo de flor, la cantidad justa de cítrico, la cantidad justa de todo.

Sus caderas comienzan a moverse de un lado a otro, no sabía de estos dotes de bailarina exótica, describe ondas con ellas, y me pregunto en ese instante ¿quién será el hombre con quien está ahora? Pobre de él, pobre de todos los que tienen la fortuna y la desgracia de encontrársela en su camino, incluyéndome a mí.

No sé en dónde rayos aprendió a bailar así, pero doy gracias por ello, es un espectáculo digno de mirar, por el tiempo que sea necesario, por toda la vida si pudiera. Esta mujer siempre me sorprende, es increíble la capacidad que posee para inventar cada vez cosas nuevas, su mente no se agota y es una maestra en el arte de la seducción. Aunque conozco muchos de sus trucos, esta vez me ha dejado estupefacto, es la mejor sorpresa de toda mi vida. Una odalisca maravillosa, me siento equívocamente tal cual como si fuese un sultán, y este es mi propio palacio, el que hemos creado en este mundo de mentiras.

Se mueve por todo el salón, brincando de un lado a otro, toma una de las velas perfumadas y se acerca, deja caer la cera sobre mí, es una sensación ardiente que duele, pero prácticamente no lo siento porque el placer es más poderoso. La expectativa de lo que vendrá es mucho mayor, me sorprende, a cada instante y de todas las maneras posibles.

Luego se detiene y me mira con esos hermosos ojos verdes, grandes, en los cuales hay tanta expresión, es un universo tan misterioso como la noche a la cual pertenece en este momento. Exploro su geografía, la cual está llena de accidentes sinuosos, ricos, cada tramo de su cuerpo es una sorpresa, hay algo maravilloso en su espacio, son paisajes creados para que el observador se deleite con ellos, como un hermoso atardecer o un bosque lleno de pletórico verdor.

Es deliciosa, absolutamente magnífica, sus pómulos altos y marcados, la pequeña nariz y esos sensuales labios pintados de rojo, como un maravilloso y jugoso fruto que provoca e incita. Es la tentación misma que está ante mí moviéndose con gracia y seducción, llenando mi espacio con el aroma del jazmín y el sabor de esa boca que conozco tan bien, y que al mismo tiempo siempre me llena de sorpresas.

Ya es suficiente, no puedo tolerar más que esa mariposa vuele a mi alrededor, la tomo por la

cintura y la hago sentarse en mi regazo, su cuerpo cálido me llena de profundas vibraciones, no hay nada mejor que eso, anticipo el momento y me estremezco, sé lo que viene después. Ella sabe cómo volverme loco, pero yo también sé muy bien qué hacer, lo sabe, y por esa misma razón está aquí. La seda comienza a caer en el piso en una forma lenta, hermosa, dejando al descubierto ese cuerpo perfecto que conozco como si fuese parte de mí.

Amo ver su cuerpo desnudo, esa piel sutilmente bronceada, los lunares de su pecho, esa encantadora marca en el hueso de su cadera derecha, son todos y cada uno de los detalles con que ha sido matizada su presencia en este mundo. Eso me llena de una profunda y gran satisfacción, mi necesidad estética está siendo cubierta, es como cuando un perdido en el desierto toma agua luego de la profunda sed, esa misma sensación que aplaca el dolor de pensar en la muerte, de saber que ya no te queda ninguna oportunidad de sobrevivir en este mundo. Sube su mandíbula dejando expuesto el hermoso cuello, invitándome a besarlo, a tomarlo todo.

Es su bebida, el fluido de la vital que guarda en sí, el cual tiene un sabor delicioso que me invita a tomarlo todo. Bebo de su copa, me sacio de ella, es la noche roja que incita y me hace vibrar con su presencia. Es el juego que hemos tenido desde hace diez años, es el fuego cuyas llamas danzan al mismo ritmo que la música y la energía de quienes se conocen, pero que al mismo tiempo siempre se están descubriendo.

Ahora bailamos juntos, es una danza sensual, estamos unidos en un mismo cuerpo, jamás he sentido algo así con ninguna otra mujer, pero, por supuesto, que eso no voy a decirlo, no tendría ningún sentido hacerlo. Ese es el juego, como un fuego que te lame con sus llamas, ardiente y sensual, poderoso, profundo que me quema y así como también lo hace con ella, es una llama roja, y quiero que me consuma hasta calcinarme. Nos fundimos en un solo ser hasta el agotamiento, hasta que los sentidos se pierdan y ya no sepa siquiera quién soy o cuál es mi nombre, hasta que su poder interno me abrace de esa manera increíble que siempre me sorprende, como nadie lo sabe hacer, como una caricia que llena mi cuerpo sin siquiera proponérselo.

La tomo por la cintura, la sostengo con fuerza, ella gime con intensidad, escucho sus murmullos y ella los míos, es una sensación abrumadora, estamos en un espacio de intimidad, uno profundo donde nadie más puede penetrar, sino solamente nosotros. Quiero ver los hoyuelos en su baja espalda, los cuales se forman cuando se arquea dominada por el placer, puedo contemplarlos al mismo tiempo que mis manos se precipitan hacia sus senos, tomándolos, acunándolos con pasión, escucho su voz diciendo cosas que me incitan aún más, palabras sensuales y profundas que saben decir las cosas más excitantes y profanas.

Lo que queda de la noche sigue avanzando, pero apenas me percato de ello, el cansancio se ha esfumado y doy gracias por eso, todo lo que ha pasado esta noche me llena en todos los sentidos. Caigo desmayado del cansancio en la cama, mientras ella se trepa sobre mí con una sonrisa pícaro. Se queda mirándome, sonrío nuevamente, es como si esperara mis palabras, no porque le importe lo que piense, sino simplemente para comprobar lo que ya sabe, que es buena, demasiado buena como para necesitar del veredicto de nadie. Me mira con esos grandes y bellos ojos verdes, que son casi esmeraldas, que, en lo profundo, muy cerca del iris, se tornan amarillos, de una profundidad y riqueza, casi como el oro.

- ¿Te ha gustado la sorpresa? —Me pregunta sonriendo—.

Vaya pregunta, después de todo, ¿qué hombre no le gustaría eso?, lo que he vivido es el sueño erótico de cualquiera. Ahora me pregunto si soy el afortunado o nada más uno entre muchos otros, seguramente que es lo segundo, pero me gusta pensar que podría ser lo primero, a mí y todos los demás. Hasta el cazador experimentado siente alguna vez debilidad.

“Aléjate de ese tipo de mujeres”, —me dijo una vez mi padre—, “esas son las más peligrosas, te pueden desviar del horizonte, te harán caer en tu propia trampa, podrán robarte el corazón. No hay peor defecto que ser un cazador arrogante, pensar que cazas cuando en realidad estás siendo cazado, esa es la verdadera falacia”.

- ¿Qué crees?
- Parece que sí, jajajajaja, —y se estira complacida en la cama, como una sensual gata, moviéndose y mirando hacia el techo—.
- ¿Qué hora es?
- Son las 4:30 a.m.
- Ok, —y se coloca de medio lado—.
- ¿Te quedarás? Me pregunto si por alguna razón te gustaría quedarte aquí, sé que... bueno, ya sabes, conozco lo que te gusta, pero...
- No lo sé, todavía no estoy segura, jajajaja.
- Vamos, quédate, está oscuro, quédate un rato más, no es bueno que te vayas a esta hora.
- Mmm, no lo sé, tengo cosas que hacer, demasiado trabajo, la verdad es que tengo muchas... cosas.
- No creo que lo vayas a hacer a esta hora ¿o sí?
- Podría ser, ya sabes cómo soy, si me gusta algo o me apasiona lo hago en el momento que sea y como sea.
- Lo sé, pero no creo que sea eso.
- Entonces ¿qué piensas, a ver?, —dice levantando una ceja—, ¿cuál es tu teoría?
- Dime la verdad, ¿alguien te está esperando? Es eso ¿no es cierto?
- Jajajajajaja, si fuese así ¿tendría que importarte?
- Vamos, no seas así.
- Yo no me meto en tus conquistas.
- Lo sé, pero me da curiosidad.
- La curiosidad mató al gato, querido.
- Jajajajajajaja.
- La verdad, me siento bastante cansada, quiero ir a mi cama, ya sabes que no me gusta dormir así, con otro cerca de mí, me incomoda mucho, lo último que quiero es dormir con alguien robándome mi espacio.
- Oh... vaya, sí que lo sé, pero digamos que tu cansancio no es mi culpa, pero igual deja que te consuele.
- El único consuelo que quiero es el de mi cama king size y mis sábanas de 800 hilos.
- Déjame hacerlo, ven acá, déjame consolarte, —le digo jugando al tiempo que la tomo por la cintura—.
- Jajajajajaja, ¿consolarme?, ¡rayos! No, claro que no, no necesito el consuelo de nadie.

Mucho menos de alguien como tú, jajajaja, imagínate, no ¡qué terrible!

- Ok, pero tú también eres una persona terrible, ¿o fui yo el que planifiqué todo esto e irrumpí en el departamento de otra persona y monté toda esta escena? ¿Cómo es que todo esto entonces es mi culpa?
- Jajajajajaja, bien, es mi culpa, pero sé que te encantó la sorpresa, conozco esa cara tuya, sé que te gustó, jajajajaja.
- Ahora entiendo la cara de Edgard, jajajajaja, el pobre no sabía cómo disimular que estabas aquí.
- Oh... sí, le hubieses visto la cara, pobrecito, le hice prometer que cuando llegaras no te diría nada, jajajaja, pero el pobre tiene cara de metiche, le debe haber costado mucho no decírtelo.
- Y me la diste, no sabía que estabas en Caracas, pensé que todavía te encontrabas en México.
- No, como ves, ya no estoy en México.
- Me alegra que sea así, me alegra mucho, de hecho.
- Oh... se nota, lo demostraste con creces.

Mis manos van hacia su cabello, está vuelto un lío y aun así es hermoso. Me gustan esos reflejos que se hacen entre las ondas naturales de su melena, es ese tipo que me gusta, suave y brillante, frío al tacto, de color castaño cobrizo, con hermosos reflejos rubios en los lugares estratégicos, dándole la apariencia de estar besado por el sol. Quiero comerme su boca y muchas otras partes de su gloriosa anatomía.

- Bien, ¿y qué me cuentas tú?
- Eso te digo yo a ti.
- Cuando llegaste traías una cara, jajaja, debiste verte, así que... ¿estás en el lapso? ¿o no es así? —Me dijo mientras me miraba con ese gesto encantador, con toda la malicia de su vasta experiencia—.
- Jajajajajaja, me conoces bien, sí, estoy en el lapso, esa chica se estaba ya haciendo ideas extrañas, sabes cómo es, no entiendo por qué las mujeres se terminan apegando tan rápido a alguien que ni siquiera conocen, no lo entiendo, son mujeres hermosas, independientes, ¿para qué querrían estar en esa condición?
- Pues, es bastante complicado, de hecho, creo que es una profunda necesidad de sentir compañía, tener a alguien con quien compartir, una terrible y potencialmente destructiva capacidad de amar que tienen las mujeres.
- Ah... ok, pero tú también eres mujer, debo suponer que también la tienes.
- Jajajaja, sí, y es algo que particularmente me gusta, me refiero a ser mujer, por supuesto.
- A mí también, me gusta esa parte, jajajaja.
- Bien, la verdad es que soy mujer, pero no como ellas, gracias al cielo no siento esa necesidad, y en parte es gracias a ti.
- Exacto, en parte es gracias a mí, recuerdo que antes tenías unas grandes ansias de compartir tus emociones, como cualquiera de esas mujeres.
- Espera, no quiero hablar de eso, ya sabes que no me gusta, —y es el único momento en que la veo seria—.
- Está bien, está bien, no te vayas a molestar, eso sería lo último que quisiera, que te

- molestaras conmigo de forma innecesaria.
- Bien, eso espero, ya sabes que ese tema es prohibido, no me gusta recordar el pasado, ni ninguna de esas tonterías.
 - Bien, ya entendí, ya entendí, lo siento.
 - Pero, volviendo a lo tuyo, ¿qué tan grave es el caso?, —dice refiriéndose a la chica que se había auto nombrado mi novia—.
 - Bastante grave, Ana se puso, de hecho, bastante intensa, con lágrimas y todo.
 - ¡Rayos! ¿Tanto así?
 - Sí.
 - De seguro que te dijo las cosas espontáneamente, como si nada, jajajaja, por supuesto es un sarcasmo. Lo puedo ver en tus ojos de terror, dime la verdad, es de las peores ¿no es cierto? De las que dejan caer alguna que otra revista de bodas, o usa esas tácticas sutiles que tienen cierto tipo de mujeres para mandar “el mensaje” a los hombres, jajajajaja, como “mira este anillo” ¿no es hermoso?
 - Ojalá fuese eso, digamos que es de la peor categoría posible, y no te vayas a burlar de mí.
 - Oh... cielos, ¿no me digas que te invitó a comer con sus padres? ¡Cielo santo!, ¿no me digas que es eso?, jajajaja, rayos sí, no puedo creerlo, ¿es en serio? —Dijo golpeándome en el hombro—, ¿cómo pudiste caer con alguien así?, maldición, ¿cómo pudiste?, jajajajajaja, ¿qué pasa contigo?, me estás preocupando, no sé qué rayos te está pasando, es como si fueses un inexperto, como si no conocieras las técnicas ¿sí recuerdas las normas?
 - Jajajajajaja, no, es que, era muy linda, eso es todo, parecía tierna, pero luego, quién lo diría, se transformó, ahora parece obsesionada conmigo, tuve que... aplicar la técnica de decirle que no era ella, sino yo, no sé si logré convencerla, pero al menos creo que todavía debe estar pensando qué fue todo eso.
 - Jajajajajajaja, maldición, pobrecita, esa chica sí que está perdida en la vida, puede ser que todavía haya alguna mujer que se crea tus mentiras, la verdad es que eso nunca deja de sorprenderme.
 - Así es, todavía hay mujeres que se creen mis viles mentiras.
 - Debe conseguirse un buen chico, alguien con quien pueda tener una relación decente, y no alguien como tú. ¿Cuándo las chicas aprenderán que no eres material para eso?, el mundo sería un lugar más tranquilo si todas aprendieran esa lección, jajajajaja.
 - Gracias, gracias por tu buen concepto, por ese maravilloso concepto que tienes de mí.
 - Sabes que es la verdad, te conozco, jajaja así que deja tus falsas modestias conmigo, hace ¿qué...?, ¿unos diez años que nos conocemos? Sé muy bien quién eres. Esa pobre chica no tiene la menor de las oportunidades, ni esa, ni ninguna otra.
 - Son más de diez años, en realidad, y sí, pero tal vez algún día, quizás, no lo sé, tal vez pueda tener algo serio con alguien, —digo con sorna—.
 - Jajajajaja, eso no lo creo, ¿tú?, ¿algún día? No lo creo, la verdad no lo creeré al menos que mis bellos y hermosos ojos lo vean, Federico Román como un hombre serio y formal, nada, ni hablar, eso no se hizo para los cretinos como tú.
 - Ajá cretino, a ver, ¿quién es el cretino?, —entonces me precipito sobre ella y comienzo a besarla en todas partes, a llenarla de besos por todos lados mientras grita por las cosquillas que le produzco—.
 - Oh... ya déjameeeee, —grita tratando de zafarse de mí—.
 - Entiendo cariño, soy un cretino.

- Lo eres, un zorro.
- Pero tú, ¿quién eres para juzgarme?, no eres ninguna santa, conozco todas tus historias, jajajaja, sabes que las conozco muy bien pequeña bribona.
- Oh... ¿de qué me hablas?, —y puso una cara de contrariedad, como si no tuviese la menor idea de lo que estoy diciendo—.
- Oh... sí, santa niña, no tienes idea de lo que estoy hablando, por favor, jajajaja. Eres una santa chica, sí que lo eres, —le digo al tiempo que acaricio esos preciosos cabellos que caen como seda hasta su cintura, que rozan encantadoramente su piel de porcelana, y nuevamente mi sed se enardece, y sé que pronto tendré deseos de tomarla entre mis piernas, de hacerla vibrar como ella lo ha hecho conmigo—.
- Lo vi en tu cara desde que entré, tenías esa expresión, justa esa, jajajaja, pobrecito, pero se supone que debías estar feliz, te deshiciste de ese peso, ¿por qué cuando entraste estabas tan serio? A ver, cuéntamelo todo.
- ¿De qué hablas?
- Oh... rayos, ¿no me digas que hay otra por allí?, una que te está inquietando, no puedo creerlo, si es así, quiero conocerla.
- No, ¿de qué hablas?, por supuesto que no, no hay nadie, ya sabes que ninguna mujer me provoca eso, soy inmune a esas tonterías.
- Eso decían también los chicos que se enamoraron de mí, y ya los ves, todos han caído como unos corderitos.
- No todas las mujeres tienen tus habilidades, de hecho, siempre he pensado que eres una rareza, eres la única que no comete esos errores y que respeta las normas con precisión.
- Entonces... no me dirás nada, ¿eh?, ya estamos en ese punto, en el cual no nos contamos nada, antes me decías tus cosas, —sigue jugando—.
- Jajajaja, quieres que te hable de algo que no existe querida, no hay nada que decir, ni confesar.
- Y esa cara de felicidad entonces, ¿a qué se debe?
- ¿Por qué tan curiosa?
- No sé, —entonces hizo un gesto encogiéndose de hombros—, se veía tan linda, con esa ternura que genera los gestos infantiles, los cuales le aportan a la mujer una belleza inocente, de la cual, por supuesto, mi querida amiga carece, pero siempre es buena la fantasía, nunca está de más.
- ¿Pero estabas alegre o triste?
- ¿Cómo quieres que esté, sobre todo después de lo que hicimos?, eso ¡guao...! estuvo muy bien, lo que hiciste sobre mi regazo, mmm, vaya, has mejorado mucho tu técnica de acuerdo a lo que recuerdo, si mi memoria no me falla.
- ¡Idiota!, siempre he sido buena, lo sabes, tú lo sabes mejor que nadie.
- Lo sé, jajaja, solo estoy bromeando, pero la verdad es que me sorprendiste, me dejaste con la boca abierta.
- Siempre la has tenido así, jajajajaja.
- ¡Ja!, muy graciosa.
- Entonces, por lo visto sigues en lo mismo.
- Sí, y al parecer tú también.
- Jajajajajaja, ¿cómo sabes eso?
- Vamos, lo veo en tu cara, se nota a leguas.

- Sí, la verdad es que sí, ya sabes cómo me gusta la aventura, soy una mujer que tiene alas, me gusta volar y detesto que me quieran enjaular.
- Sí, definitivamente esa eres tú, amas la libertad y pobre del que no lo sepa, ya me imagino la cara de todos esos hombres cuando los evades, todos y cada uno de los que he visto desfilar en tu vida y que se han ido tal cual como vinieron los pobres. Tu táctica favorita para terminar es...
- “No eres tú, soy yo” jajajaja.
- Esa misma.
- Bueno, tal parece que nadie se ha enterado y tú eres el único que lo sabe, porque todos los hombres siempre me proponen cosas indeseables.
- Como ¿cuáles?
- Ya sabes, la palabra por m.
- Oh... no, jajajaja, la terrible palabra por m, ¡qué locura! ¿Con qué clase de personas te has estado involucrando?
- No lo sé, —dice tapándose la cara con ambas manos—. Jajajaja, no sé por qué últimamente me pasan estas cosas, no tengo la menor idea, el mundo se está volviendo loco, debe ser eso.
- Jajajajajaja, tú diciéndome cosas y estás mucho peor, ¡qué rayos!, ¿qué hombre haría algo así?, ¿proponerte matrimonio? Cualquiera sabría que esa es la manera más rápida de perderte de una buena y maldita vez.
- Oh... cielos, —y me abraza con fuerza—, por fin alguien que lo entiende bien, es por eso que eres mi mejor amigo, querido, su cuerpo tibio se une al mío otra vez con fuerza. Sabe lo mucho que me gusta sentirla de esa forma, la sensación de su piel es profundamente erógena, y como me hace vibrar resulta casi ofensivo, no necesita de nada, simplemente está allí y en ese sentido me produce profundas sensaciones en todo mi ser, ¡qué rayos!, desearía que las demás fuesen como ella y así no deseara tanto el momento de estar con Penélope.
- Ajá, veo que todavía respondes a eso, jajajaja, pobrecito, eres tan predecible cariño, me da risa, pero al mismo tiempo me gusta, —me dijo adoptando un gesto pícaro y malicioso—, es la verdad, y lo sabes, me gusta mucho.
- Y a ti te gusta esto, —digo llevando mi mano a su entrepierna para acariciarla como sé que la enloquece—.

Primero lo hago con sutileza y luego cada vez con más fuerza, instantáneamente cierra sus ojos y sonrío, todavía no he perdido la práctica. Cada movimiento me recuerda uno de nuestros encuentros del pasado, es esa memoria que siempre prevalece, la de su cuerpo sobre el mío y el mío sobre el suyo. Pronto se estremece en un potente orgasmo, siempre funciona, sé exactamente cómo le gusta y dónde, allí está ante mí, plena y extasiada, en toda la potencia de su feminidad, que me enloquece y me hace ser.

- ¡Oh... rayos!, eres un maldito, eso estuvo genial, no pierdes la práctica, ¡qué genial!
- Eso parece, nunca había escuchado a nadie gritar tan fuerte como tú, pequeña bruja, es maravilloso verte así, estremecerte de placer con tanta fuerza.
- Jajajajajajaja, sí, ya sabes que no me gusta tragarme lo que siento.
- No, lo sé, pero cada día eres peor, de eso no hay duda.
- Bien, estuvo muy bien, pero también puedo hacerte otras cosas más, que seguramente te

gustarán, ya verás.

- Cosas como ¿qué?
- Lo que más te guste, te haré todo eso, sabes qué.
- ¿En serio?, —y de solo pensarlo me estremezco todo, de pies a cabeza—.
- Ajám... —entonces sus labios se precipitan hacia mí, a todos los puntos sensibles, especialmente ese—.

Ahora ya está amaneciendo y se levanta disponiéndose a salir al balcón. El sol está perfilándose en el horizonte, parece muy relajada y feliz, su supuesta urgencia ha desaparecido. Está completamente desnuda, y es exquisito ver su parte posterior así, al aire y con el mayor de los desenfadados posibles.

- ¿Qué haces?, —le digo con sorpresa—.
- Quiero ver el maldito amanecer, ¿qué crees que hago?, —y siguió caminando hacia la terraza—.
- ¿Así?, ¿vas a ir al balcón así? ¿Así tal cual estás?, jajaja, ¡rayos!
- ¿Qué tienes? —Me dice con esa sonrisa descarada que tanto me gusta—. A ver, ¿qué tienes en contra que me asome al maldito balcón?
- ¿Todavía me lo preguntas?
- Ah...
- ¡Estás desnuda!
- Ya lo sé.
- ¿Y saldrás así?
- ¿Desde cuándo te has vuelto tan conservador? Ya te olvidaste de la vez que corrimos juntos por aquella playa, al amanecer, ¿recuerdas? Estábamos completamente desnudos, cualquiera nos pudo haber visto.
- Eso era muy diferente, completamente diferente.
- No le veo ninguna diferencia.
- Claro que es muy diferente, ese era un lugar alejado en la nada, esto es un edificio, con muchos otros a su alrededor y llenos de personas ¿sí sabes cómo es? Un complejo de edificios con gente que vive dentro, que podrían verte a ti, pequeña chica nudista y descarada.
- Jajajajajaja, esto es muy triste, toda esa disertación es realmente decepcionante, ¿qué has hecho con mi chico atrevido, hermoso, mi zorrito descarado y encantador?, ese que proponía hacer miles de locuras que me sorprendían.
- Sí, lo soy, pero... sabes, tal vez tu capacidad de sorprenderte ha disminuido.
- Mmm, en todo caso es tu culpa que le haya tomado el gusto a andar desnuda por allí, tú fuiste el que me enseñó todas esas aberraciones, jajaja. Ahora tendrás que asumir tus consecuencias, he dicho.
- ¡Hey!, espera, no, —le digo caminando detrás de ella, mientras la descarada camina con su bello trasero al aire—.

Sale así al balcón, total y deliciosamente desnuda, esta mujer está loca, y no tiene la menor idea de lo que es el pudor. Se recuesta en el balcón y mira el horizonte que está ante sus ojos, donde los primeros colores de la mañana comienzan a pintarse con gracia, la aurora está

acompañada de los edificios que van perfilándose entre las sombras como pequeñas formas grisáceas en este mundo, donde mi visión cambia tan solo por tener su bella presencia ante mí.

- Vamos, ve adentro, ya es suficiente exposición por hoy.
- ¿Qué?, quiero tomar un poco de sol.
- Sí que eres descarada, ¿no sabes lo que es el pudor?
- Ya te lo dije, es tu culpa, jajajaja.
- Tal parece que todo es mi culpa últimamente.

Miro a todos lados y afortunadamente no hay nadie, aquí la gente es un poco, digamos, conservadora. No es que me importe que ande desnuda por donde desee, por supuesto que a mí me parece una idea genial, pero este lugar donde vivo tiene sus ventajas y desventajas. Las ventajas son el lujo, la belleza, la calidad y sofisticación, ¿las desventajas? Vivo rodeado de gente refinada y aburrida, muy aburrida. Añoro los días cuando estaba rodeado de gente divertida, pero esos años pasaron y ahora se supone que soy un abogado serio y responsable, y no ese despreocupado chico universitario que le gustaba estar volando de un lado a otro, siempre errante, en su propio mundo.

- Vamos, ven acá, ponte algo decente, vístete como la gente normal, eres una desvergonzada.
- ¿Quién te dijo que soy una persona normal?, jajajaja, sabes lo mucho que detesto la normalidad, la odio, —me dijo haciendo ese gesto, una especie de sensual puchero que me encanta—.
- Lo sé, pero vamos, me meterás en un problema, ya de por sí que tengas mi llave lo es, agradece la discreción de Edgard, ven, métete.

Pero ella permaneció donde estaba, riéndose de mí, por mis tontos aspavientos de chico conservador. Ya no era el mismo, aunque me gustaba fingir que sí, el mundo del que me había rodeado condicionaba mis formas, pero donde ella se movía le permitía ser más libre, y lo envidiaba, pero cada quien había escogido su camino, y el de Pen era volar, ser un pájaro llevado por el buen viento, y me alegraba que en esta oportunidad ese viento la hubiese traído hacia mí.

- Jajajajaja, cielos, ¡qué aburrido! ¿Qué haces viviendo en un lugar como este, donde uno no puede asolearse desnudo?, ¿qué es eso?, ¿qué clase de gente vive aquí?
- Gente decente, no como tú, que eres una completa desquiciada, jajajajaja, a ver, ven, entra, ya deja de hacer locuras, por favor.
- Ah... ¿sí?
- Sí, te informo que estás completamente loca, total y... ¿ya dije que estabas completamente loca?
- Jajajajajaja, sí, bien, prefiero ser loca que un aburrido como tú.
- Tengo vecinos, ven bruja, andando.
- Ok, pero que conste que lo hago a la fuerza, si fuese por mí...
- Me da miedo que hagas lo que quieres, ven, vístete, pequeña nudista, vamos, hazlo por mí.
- Te has vuelto un hombre aburrido Federico Román, deberías avergonzarte de ti mismo.
- Oh... bien, entonces ahora soy un aburrido, gracias, gracias.
- Recuerdo aquella vez que fuimos a ese restaurant, ya sabes cuál.
- Así es.

- Cielos, sí que nos divertimos esa noche, ese era mi chico y no esto en que te has convertido, deberías sentirte muy mal contigo mismo, la verdad es que apenas te reconozco.
- Los buenos tiempos...
- El Federico que conozco habría hecho algo muy diferente en lugar de decirme que me vistiera.
- Algo como ¿qué?
- Ya sabes, como quitarte tú también la ropa y venir conmigo aquí.
- Jajajajajaja, ¿eso quieres?
- Eso habrías hecho.
- Sí, tal vez eso habría hecho.
- Lo dices como si fuera una cosa del pasado, jajaja, ¿te estás enfriando cariño?
- Creo que te demostré anoche que soy todo menos frío, te lo demostré con creces.
- Sí, pero ya veo que eres mucho menos divertido de lo que recordaba, ahora me pareces casi tan fastidioso como mi tía abuela Águeda, jajajajaja.
- Vaya... la estudiante enseñando al maestro.
- ¿No es así como dicen? ¿Que el estudiante supera al maestro?
- Sí, así dicen, pero es mejor que te ubiques, te falta mucho para llegar a mi nivel.
- Oh... sí, claro, debiste ver la cara que tenías anoche, jajaja, me muero de la risa, en verdad que debiste ver tu cara cuando entraste, jajajajaja, casi tuve que aguantar las ganas de reírme, estabas tan impresionado.
- Muy graciosa, sí que estás ocurrente, ¿con quién te estás juntando?
- Con nadie.
- No te creo.
- Deja de hablar y ven aquí conmigo.
- Mmm...
- Vamos, ¿por qué tienes que pensarlo tanto?, quítate esa pijama y ven acá, zorrito, ven.
- No sé cómo me convences para que haga estas locuras, —le digo al tiempo que me quito el pantalón—.

Así, completamente desnudo salí al balcón, y la suave brisa me cobijó, estaba un tanto fría, pero al mismo tiempo agradable. Era como una fresca sensación en todo mi cuerpo, pero no solo debido al clima, sino a mi alma, solamente ella lograba que me renovara de esa forma. En ese instante me sentí como si fuese otra vez el mismo chico de antes, el rebelde que era capaz de hacer tantas cosas y no el serio abogado que se supone debería ser.

- ¿Lo ves?, puedo verlo en tus ojos, mucho mejor, ahora sí, este es mi chico, —y me mira la entrepierna—. Vaya... —y se ríe—.
- Deja de mirarme así, jajajaja.
- Mmm, no sabes lo que pasa por mi mente en este momento.
- Estás loca.

Me concentro en el amanecer, y el resplandor rosáceo y dorado captan mi atención, es hermoso, tanto que me olvido que estoy en mi balcón rodeado de departamentos, y que en cualquier momento alguien se puede asomar y vernos. Pero, por un instante he vuelto al pasado y soy otra vez ese joven descarado, que era capaz de todo.

Es como una fuerza potente y enervante que me llena por dentro, como la brisa que ahora sopla sobre nosotros trayendo un agradable aroma tibio a café y pan recién hecho. Cierro mis ojos y dejo que sople sobre mí con fuerza, en cada tramo de mi ser, brindándome nuevamente esa cálida sensación, es la adrenalina recorriendo mi cuerpo, la energía que se produce al retar aquello que es prohibido, al menos de esta forma.

De repente un ruido me vuelve en mí mismo en un conjunto de murmullos, pero apenas me doy cuenta, son suaves y entonces volteo.

- ¡Qué descaró!, —dice alguien—.
- ¡Son unos sinvergüenzas!, míralos, completamente desnudos, son personas sin pudor, ¡eso es inaceptable!

Ella ríe, no le importa nada, me mira y mientras salgo de mi propio mundo las veo y cobro conciencia real de lo que está pasando. Mis vecinas están realmente indignadas, molestas y asombradas de verme así.

- ¡Oh... cielo santo!, ¿quién será esa descarada con la que está?
- Siempre anda con mujercitas así, que no tienen la más mínima decencia, ¿ahora tenemos que ver esto?, ¡es demasiado!
- Jajajajaja, —ríe ella al mismo tiempo que las saluda agitando la mano—. Pobrecitas, hablan de indecencia, pero no despegan los ojos de tu entrepierna.
- ¡Ábrase visto!, —dice la otra, y la miran con desaprobación—.
- Vamos... —le digo al tiempo que tomo su mano y la llevo adentro rápidamente, pero Penélope no hace más que reír, sí, esa mujer definitivamente está loca—.

Entramos y ahora sé que esta mujer me meterá en muchos líos, bueno, muchos más que esos en los que yo mismo me meto.

- Jajajajaja, ¿viste la cara de esas mujeres?
- Sí, y estaban bastante molestas, jajajaja.
- Creo que te metí en problemas, jajajaja, te sacarán de aquí.
- No, jajaja, no pueden, pero seguro que seré declarado como persona no deseable en el condominio.
- Bueno, lo eres, eres un completo indeseable, jajajajaja. Oh... veo otro rostro, ¿así que nos estamos divirtiendo por aquí?
- Así es, lo admito, esto fue muy divertido, —digo al tiempo que vuelvo a colocarme la pijama—.
- ¿Qué haces?
- Vistiéndome.
- Exacto, ¿por qué lo haces?, ven, vamos al baño, —su mano se desplaza hacia allí y me toma con fuerza estremeciéndome de pies a cabeza—.
- Oh... ok.

Ella se queda callada, mientras el agua de la ducha cae sobre nosotros, sé que nunca puedo penetrar en sus pensamientos como quisiera, hay espacios vacíos que jamás he podido llenar. Esa

mente está llena de formas abstractas que no sé cómo dilucidar.

- Esa sonrisa dice muchas cosas, tienes a alguien en mente ¿no es así? —Le pregunto—, sus ojos parecen perdidos en la distancia, y me pregunto ¿qué o quién es el dueño de esos pensamientos?
- Estás loco, deja de inventar tonterías, sabes cómo soy, por supuesto que no.
- ¿Terminaste con ese noviecito tuyo?, de lo contrario no estarías aquí, así que cuéntame la verdad, ¿qué haces en este lugar?
- Pues, la verdad es que sí, terminé con mi novio, pero no estoy aquí por eso.
- Ah... ¿no? Ohhh... me rompes el corazón, —digo haciendo un gesto de tocarme el pecho—.
- No seas ridículo, cualquiera pensaría que en verdad te importa.
- Podría ser...
- Ah...
- Cielos ¿caíste?
- Estás mejorando en tus mentiras, mira tu cara, pobres chicas que crean en ti, no quisiera estar en sus zapatos.
- Ni yo en los del hombre que se enamora de ti.
- Bien, estamos a mano entonces.
- Sí.
- Te diré la verdad.
- A ver...
- Terminé con mi novio, pero, ya sabes que es parte de mi rutina, la verdad es que voy a abrir una agencia aquí, el negocio está creciendo y me gustaría expandirme en este sitio.
- Ok, suena interesante.
- Tengo muchas personalidades aquí, así que es un buen lugar.
- Como ¿quiénes?
- Sabes que no puedo decirte eso.
- Sí, bien, lo siento, es solo curiosidad.
- Jajajajaja, ok, pero ya sabes que...
- La curiosidad mató al gato.
- Ajám... —entonces baja sus manos a mi entrepierna nuevamente, esas que me acarician sabiamente entre la espuma y me hacen vibrar con tanta intensidad que doy gracias por estar vivo—.

Me estremezco por su capacidad de seducción, pero por nada del mundo voy a admitir que me enloquece de esta manera, como ninguna otra mujer lo sabe hacer. Luego de vestirme, me siento tan relajado como en mucho tiempo no lo hacía. Ella se me queda mirando y el agua todavía rueda por su piel, mientras ella se cubre con esa enorme toalla enrollada.

- ¿Qué?, —me dijo—.
- Nada.
- No me digas que nada, sé que estás pensando en algo, te conozco muy bien.
- Ok, sí, pero no es nada importante.
- Jajajajaja, ya te conozco, a ver, dime lo que estás pensando exactamente.
- Bien, es que... quiero que hagamos algo divertido.

- Creo que ya hicimos algo divertido.
- Sí, pero me refiero a algo más, no vinculado al sexo.
- Algo como ¿qué?, a ver, dime, si es interesante me animo.
- Pues, estaba pensando ir a nuestro restaurant favorito.
- Tengo una idea mejor, —y sonrío encantadoramente—.
- ¿Cuál?
- Podemos comprar algunas cosas y luego vamos a ese parque que nos gusta tanto, ya sabes, junto al lago.
- Oh... vaya, siempre tienes algo brillante que decir.
- Por supuesto.
- Entonces...
- Bueno, creo que deberías prestarme algo de ropa, ¿o quieres que salga con mi traje de odalisca? Jajajaja, no niego que sería interesante, pero no, debo mantener mi identidad secreta.
- Jajajaja, no puedo creerlo, ¿no trajiste nada más?
- Esto... —dice mostrándome la chaqueta—, como entenderás no puedo andar así por allí.
- Pues te diré que es algo hermoso verte así, y te aseguro que mucho más pensarán lo mismo.
- Esto no es para todo el mundo, jajajaja, solo para zorros descarados como tú.
- Bien, eso quería escuchar, sino estarías hiriendo mis sentimientos.
- Jajajajaja, idiota, muy gracioso, deja de poner esa cara, como si en verdad te importara, eres un buen actor, me das miedo.
- Jajajajajaja, sí, soy bueno, pero la verdad es que no estoy tan seguro de eso, es decir, lo soy, yo mismo le enseñé casi todo lo que sabe, pero la verdad es que ahora no me entiendo a mí mismo. No sé qué rayos pasa en mi interior, hay una pugna intensa, y yo mismo no puedo comprenderlo.

Ella es encantadora, me deleito mientras se va colocando mi camisa, y sé que mucho de eso es mi responsabilidad, es un trabajo maestro, soy Pigmalión, sí, aunque suene ridículo. Cuando sale con esa camisa blanca y unos jeans negros que dejó olvidados hace no sé cuánto tiempo, el cabello recogido en una coleta y una simple gorra, me sorprende. Es que luce encantadora, no lleva ni una gota de maquillaje, es sencillamente perfecta. ¿Quién podría lucir tan bien sin necesidad de arreglarse en lo más mínimo?

- ¿Qué?, ¿qué mierda te pasa hoy?
- No me pasa nada.
- Estás muy raro, no sé, me das un poco de temor, creo que esa chica te hizo algo raro, ¿no me digas que ahora te dará por ser tierno?
- No, por nada del mundo, que el universo me libre de caer en algo así.
- Me alegra, porque sabes que no quisiera tener ese tipo de malas amistades, y esta versión de ti me da mucho miedo si te soy sincera.
- Jajajajajajaja, yo tampoco.
- Al menos que te guste alguien y entonces... ya sabes, en verdad deseas estar con alguna persona, ya sabes a lo que me refiero, estar en verdad, como generalmente hacen las personas, ¿sabes a lo que me refiero?
- Claro que no, ¿por qué piensas eso?

- Estás muy raro, es todo.

Ella es Penélope, mi mejor amiga, confidente, compañera y... algunas veces también mi amante, somos amigos con y sin derechos, depende del tiempo y de las circunstancias, me conoce como nadie y yo sé todas sus virtudes y pecados. Estamos juntos en las buenas y en las malas, como sea, y por lo que sea, nuestra amistad siempre está allí.

Pero hay algo que nubla mi visión, es una extraña sensación la que me invade mientras voy en el auto y la veo a mi lado, volteándose para sonreírme, es la forma como la luz incide sobre su rostro y cabello. Cuando llegamos al lugar, tengo la sensación de que el tiempo se ha detenido en ese lago de color turquesa, y que somos aquellos chicos de 20 años que jugaban a ser amigos y mucho más, que aprendieron a protegerse del mundo y de todos lo que están en él.

- Bien, ¿qué te parece?
- El tiempo se ha detenido en este lugar, —me dice y me sorprende otra vez encontrando mis pensamientos en los suyos—.
- Sí, así es, —respondo con cierta nostalgia—.
- ¿Qué?
- Nada, —le contesto—.

Pero la verdad es que en ese instante tengo un sentimiento extraño, veo nuevamente a aquella chica, a la Penélope de aquellos años, la que me encontré llorando en esas escaleras. No sé si fue lo que dijo o el tono de su voz, pero la vi nuevamente, todavía está allí, en algún recóndito lugar de ese complejo y laberíntico corazón.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO II

Un clavo saca a otro clavo

Recuerdo ese día, fue la primera vez que me dirigió la palabra, era el chico más sexy de la universidad, tenía 20 años y estaba en mi primer año de publicidad, mientras él cursaba el segundo año de derecho. No podía decirse que fuese una chica particularmente atractiva, pero sí era particularmente tonta. Me hallaba en esa escalinata llorando por un idiota que no valía la pena.

Él sorprendentemente se me acercó, me miró casi con lástima, ¿qué hacía este chico a mí lado?, me pregunté. Jamás me había dirigido la palabra y siempre andaba con los populares de la universidad. Eran como una especie de secta, todos los chicos guapos se la pasaban juntos siempre, y por supuesto, con las más lindas de la universidad.

- Hola, —me dijo—.
- Hola, —le contesté a duras penas mientras trataba de disimular que estaba llorando, no obstante, no podía hacer lo mismo con los ojos hinchados y la nariz enrojecida—.
- Vaya, sí que te ves fea, —exclamó sin ningún tipo de tacto—.
- Gracias, —le dije con una sonrisa triste—.
- A ver, ¿qué rayos te pasa?
- Por lo visto la sutileza no es una de tus virtudes, pareces un sujeto con poco tacto ¿verdad?
- ¿Qué?
- Olvídalo, estoy bien.
- Tú eres Penélope ¿verdad? Penélope Zapata.
- Sí.
- Oh... vaya, ya veo.
- ¿Qué?
- Olvídalo, jaja, ahora entiendo todo, —me dijo como si reflexionara en algo—.
- Ok, bueno, y tú eres Federico Román.
- Oh... sabes mi nombre.
- Claro, ¿quién no lo sabe aquí?
- Sí, cierto, —dijo con suficiencia—, échate para allá, a ver, —comenzó a empujarme para sentarse a mi lado—.
- ¿Qué?
- Me voy a sentar aquí contigo.
- Para ¿qué?, ¿quieres burlarte de mí, así como ese desgraciado? Pues llegaste tarde.
- Jajajaja, no, claro que no, Alberto es un tonto, yo no pierdo mi tiempo en esas boberías.
- Ah... ¿no?, ¿y en qué pierdes tu tiempo?
- Sé que no soy ningún santo, y también entiendo que habrás escuchado de mis historias, pero jamás he hablado mal de ninguna chica, simplemente ya sabes, ellas conocen mi forma de ser, estamos juntos, terminamos, y a otra cosa mariposa, ya, se acabó, no hay necesidad de exponer nada, ni burlarse de ninguna chica.
- Bien por ti, pero el dicho dice, dime con quién andas y te diré quién eres.
- Jajajajaja, ahora veo por qué le caes mal a unos cuantos aquí, es que ni yo mismo me lo explico.

- ¿Qué cosa?
- ¿Por qué se fijó en ti?
- ¿Qué?
- Sí, es que, mírate, puedo verlo a través de toda esa cosa que llevas puesta, que no sé, solo tú puedes entenderlo, pero lo cierto es que bueno, cómo diría...
- Solo dilo.
- Bien, quería ser sutil contigo, pero... bueno, la verdad es que esa ropa es una mierda.
- ¡Ah! ¡Qué grosero eres!, —le dije levantándome de allí—.
- ¡Hey!, espera, no te molestes, solo te digo la verdad, jajajaja, es que puedo ver que tienes potencial, pero no sabes sacarte partido, por eso ese tipo de personas se burlan de ti.
- Eso depende de quién lo vea, es decir, cada quien tiene sus propios gustos.
- No estoy sugiriéndolo, es la verdad, algo objetivo, te vistes y arreglas muy mal, si tan solo te vistieras mejor, las cosas serían diferentes.
- ¿Qué tiene que ver?
- Mucho.
- ¿Por qué?
- Porque, bueno, ya sabes toda esa basura de que si te amas a ti misma los demás te amarán, lo cual se traduce como “el físico es importante”.
- ¿Y qué hay de la belleza interior y de la riqueza de tu alma?
- ¿Es en serio? ¿Crees en esa basura? Jajajaja.
- No es basura, tú eres un superficial, nada más.
- Puede que lo sea, es verdad, pero tú te vistes muy mal y eso también es una gran realidad. No hay discusiones y creo que la forma como los demás te tratan, lo corrobora.

Me quedé mirándolo, al principio sus palabras parecieron tontas, una completa obviedad, un conjunto de frases sin sentido dichas por alguien a quien siempre consideré tan profundo como una hoja de papel. Pero algo pasó, por alguna extraña razón lo que decía, y luego de la burla de este tipejo, había cobrado de repente sentido.

- Vaya... ¿qué pasó?
- Nada.
- Mira, el físico importa, lo demás son mentiras, un hombre siempre se sentirá atraído por una mujer sensual y hermosa mucho más que por una, bueno, cómo diría, una chica tierna como tú, intelectual y brillante... lo siento, no me mires así, yo no he hecho las reglas.
- ¿Qué más tienes para decirme?
- Bueno, no sé qué más quieres que te diga.
- Es vergonzoso, después de todo, ¿para qué quiero que algunos de esos idiotas se fijen en mí?
- Eso es cierto, pero la verdad es que a todas las chicas también les gusta un hombre atractivo, esa es la verdad, no puedes negarlo, es la naturaleza, la belleza es importante, por eso hasta tú misma caíste con él, a pesar de ser como dices, tan... inteligente.
- Mmm, —entonces se me salieron las lágrimas otra vez—.
- ¡Oh... vamos!, no sigas llorando, no llores más por ese estúpido, en la vida no solo hay que ser, sino también parecer ¿sabías eso?
- Eres muy... profundo, para lo que pensé de ti.

- Jajajaja, lo ves, es necesario no solo serlo, sino también parecerlo.
- Así que finges ser un idiota porque eso es lo que los demás esperan de ti.
- No propiamente, pero hay leyes de supervivencia, te digo, yo... bueno, olvídalo, solo deja de llorar por ese estúpido, no vale la pena, tú eres una chica con profundidad interior y todo eso, solo sigue tu camino, —dijo levantándose de allí—.

De pronto, una extraña y loca idea vino a mi cabeza, casi como una revelación, era un impulso que jamás había tenido. La gran necesidad de cambiar, la cual se había apoderado rápido de todo mi ser, era cálida como una llama, era la ofensa que se había depositado en mi solitario corazón. Una herida que punzaba en lo más profundo y que clamaba por sanarse callando las voces de quienes se burlaron de mí.

- Espera, —le dije de pronto, y me sorprendí de mí misma por lo que iba a decir—.
- ¿Qué quieres?
- Quiero que me ayudes.
- ¿Yo?
- Sí, tú, tú mismo, necesito que me ayudes.
- A ver, ¿qué pasa?
- Quiero que me ayudes a callarle la boca a esos idiotas.
- ¿A cuáles idiotas?
- A los que se han burlado de mí, que me dijeron tantas cosas feas, eso quiero.
- Jajajaja, ¿qué tengo yo que ver con eso?, si te soy sincero, no me burlé de ti, pero creo que tienen razón, te ves muy mal, eres una mujer muy poco atractiva, jamás debiste meterte con ese chico.
- No tienes que ver, pero eres el único que puede ayudarme.
- ¿Qué quieres?
- Se ve que sabes mucho de... bueno, de todo lo que me dijiste, eres el único que me puede ayudar a cambiar.
- Ok, entiendo lo que dices, pero no es mi problema, así que adiós, —y se alejó de mí, como si nada, en verdad que no le importaba, era un ser insensible como todos los demás—.

Pero yo no me daba por vencida tan fácilmente, así que fui a su departamento. Cuando abrió la puerta, su cara de sorpresa era un poema, me miró como a un mosquito, al igual que lo hicieron todos los demás.

- ¡Maldición! Otra vez tú, ¡qué rayos quieres!
- Ya sabes lo que quiero.
- Mmm, por lo visto no me dejarás en paz ¿no?
- Así es.
- Eres como una pequeña plaga, la verdad, ya estoy comenzando a lamentar el haberme sentado a hablar contigo.
- ¿Me ayudarás?
- ¿Me dejarás en paz si lo hago?
- Si me ayudas, no te estaré buscando por allí.
- Mmm, no sé.
- Por favor.

- Bien, ven mañana a las diez de la noche.
- ¿A la diez de la noche?
- Sí, a esa hora estaré solo.
- Pero...
- Ahora estoy ocupado, —y me tiró la puerta en la cara ese desgraciado—, en mi mente le puse un apodo, “el zorro” era así como le diría desde ese momento, y sigo diciéndole así hasta el día de hoy.

Esa noche me miré al espejo, mis grandes ojos verdes todavía estaban hinchados y enrojecidos de tanto llorar. Estaba fatal, el cabello caía desordenadamente por debajo de mis hombros, me sentía triste, no era nada de lo que ellos decían, lo podía ver. Me quité toda esa ropa y quedé desnuda ante ese reflejo, mi cuerpo era un compendio de formas femeninas, curvas, era hermoso, podía verlo ¿por qué ellos no?

En ese instante tuve otra revelación, ¿para qué rayos quería que ellos lo vieran?, después de todo él mismo lo había dicho, lo único importante para estas personas era la apariencia, yo tenía mucho más que eso. Pero Alberto jamás lo vería, y tal vez era lo mejor, entonces ¿para qué quería estar con un tipejo así?, no necesitaba que me valoraran personas como esas, debía quererme yo misma, y me miré con intensidad, diciéndome que esa sería la última vez que personas como esas, que hombres con ese talante me tratarían así, como a una basura.

- ¡Vaya!, ¿así que eso es lo que quieres?, —me dijo sonriente y sorprendido de mi petición—.
- Sí.
- Bien, puedo ayudarte, pero antes quiero saber algo.
- ¿Qué cosa?
- ¿Qué obtengo yo con todo eso?, es decir, si voy a invertir mi tiempo en algo así, quiero saber ¿qué voy a tener a cambio?
- ¿Qué quieres decir con eso?, —le dije mirándolo con sospecha—.
- Jajajaja, no, jajajaa, no es nada de lo que piensas, ¡rayos!, no, no eres mi tipo, para nada.
- Entonces ¿qué quieres?

Tuve miedo en ese instante, había ido hasta su departamento sin saber a qué me enfrentaba. Sus ojos me analizaban como lo haría un joyero viendo el talante de la gema, y me pareció que su veredicto no era muy bueno.

- Mmm, si te pido cualquier cosa ¿me la darías?
- Siempre y cuando no sea algo ilícito, sí.
- Bien, entonces tenemos un trato, —dijo extendiendo su mano hacia mí—.
- Es un trato, —y la estreché—, ¿qué quieres entonces...?
- Mmm, no te lo diré ahora, prefiero pensarlo y cuando lo sepa, entonces te lo comunicaré.
- Ok, bien, pero, no te pases de listo.
- Ok, está bien, jajajajaja, aunque será difícil.
- Bien.
- A ver, esto es un caso complicado, —dijo—, pero no imposible, primero lo primero.
- ¿Qué?
- Bueno, todo eso se tiene que ir, esa fea ropa que usas.

- Bien, estoy de acuerdo.
- No pedí tu opinión.
- Ok, pero antes de que continuemos, debo preguntar algo.
- ¿Qué?
- ¿Solo con esto voy a lograr lo que me dijiste?
- En parte, tan solo en parte.
- ¿Y lo demás? No entiendo, estoy demasiado confundida.
- Paciencia, que las cosas no se hacen en un día, poco a poco.

Al principio creí que estaba loco, pero lo cierto es que con cada cambio todo iba mejorando, mi cuerpo e, incluso, mi forma de ser y de ver la vida y, por supuesto, la forma en que me trataban los demás.

- No sé por qué confío en ti, esto es una locura, mírame, parezco una tonta.
- No, no pareces una tonta, —me dijo mientras me observaba atentamente a través del espejo—, te ves... cielos, nunca creí que diría esto, pero te ves sexy, muy sexy, de hecho.
- Te ríes de mí ¿cierto?
- No, mira, la imagen de ese espejo no miente.
- No lo sé, es que...
- Mira, y escucha bien lo que te voy a decir.
- Ok, —le dije con una sonrisa nerviosa—.
- No importa lo que hagamos aquí sino no te lo crees, mírate, luces espectacular.
- Tienes razón, —dije al mirarme—, me veo bien.
- No, no lo digas así, dilo con verdad, mírate a los ojos y dilo.
- Decir ¿qué?
- Soy una *bitch*, soy la *bitch* más hermosa, la más mala, todos me siguen, todos quieren conmigo, y yo les dejo pensar que pueden, pero ninguna lo hará ¿entiendes?
- Eso creo, —dije mirando a esa extraña que me devolvía el espejo, una mujer diferente a la que yo había visto toda mi vida—.

Mis ojos verdes resaltaban con el nuevo tono de mi cabello, los rayos de luz le daban mayor luminosidad a mi cara y las ondas caían como una cascada hasta mi espalda. No podía creerlo, me veía... hermosa, realmente hermosa.

- No, ¡rayos!, creo no, eso no es suficiente, si quieres ir a esa fiesta y tener lo que soñaste, debes estar preparada.
- Pero...
- Lllamarás la atención, pero, una experta sabe que eso no es suficiente, no lograrás nada si solamente pretendes eso.
- Ah... ¿no?
- No, lo importante es lo que viene después, eso diferencia a un experto de un novato, ¿cómo crees que me desenvuelvo en este mundo?, jajajaja, ¿tan solo con llamar la atención? Eso te dará unos minutos, la verdadera diferencia está en lo que haces después ¿me entiendes?
- No estoy muy segura de ello.
- Oh... vaya, a ti todo hay que explicártelo.
- Lo siento, es que todo esto es nuevo para mí, no sé exactamente a qué te refieres.

- Jajajajaja, claro, sí, debí suponer que no tienes la menor idea de lo que estoy diciendo, es que, nunca has sido una chica muy codiciada.
- Ajá, no tienes que aclararlo tanto.
- Mira, esto se trata de creerse importante, si tú te crees importante, los demás también pensarán que lo eres, de lo contrario, entonces no importa la ropa que te pongas, nadie lo creerá, debes apropiarte de esto, tomarlo para ti, como si siempre hubiese sido de esta manera.
- Pero ¿cómo se hace eso?, nunca ha sido así, para ti es fácil decirlo, siempre te has visto bien.
- He tenido suerte, pero deberías ver mis fotos de la primaria, jajajajaja, no, son terribles, en fin, que si te lo crees los demás lo harán.
- ¿Cómo se hace eso?, es lo que me interesa.
- Pues, no es un procedimiento estandarizado, es diferente en cada persona, pero en mi experiencia, solo respiras hondo, tratas de creer que es cierto y todos lo creerán, si es necesario finge hasta que sea cierto.
- Ok.
- Pero hay algo más, la mejor manera de que otros piensen que eres valiosa, es que muchos te codicien, es como... a ver, como los diamantes, son valiosos porque son escasos y todo el mundo los quiere.
- Ok.
- ¿Sí me entiendes?
- Creo que sí.
- ¡Cielos!, eres una mujer brillante, ¿cómo es que no entiendes esto rápidamente?
- Debe ser por mi inexperiencia.
- Lo que te quiero decir es que, si le quieres dar en el clavo a ese tipo, debes encontrar a alguien que te pretenda, que sea popular y todos los demás pensarán que debes tener algo muy valioso si esa persona está pendiente de ti, entonces todos querrán contigo, es como la ley de oferta y demanda ¿entiendes? Mientras más escaso y deseado es el bien, más codiciado resulta para los demás.
- Entiendo.
- Muy bien, me alegra que así sea, porque ya no encontraba cómo explicártelo, jajajajaja, cielos, sí que eres... bueno, inexperta, mucho más de lo que pensaba.
- Ok, todo eso que dices está muy bien, pero ¿dónde voy a encontrar a alguien así?, es decir, todos esos idiotas se han burlado de mí, y lo último que quiero es terminar enredada con uno de ellos.
- No vas a terminar enredada con nadie, esto es solo un ardid para crearte fama y que seas una chica codiciada, ¿entiendes?
- Ah, ok, pero...
- Es una mentira, en verdad no vas a estar con ninguna persona.
- Entonces ¿con quién voy a estar?
- Conmigo, por supuesto, como tú bien lo dijiste, soy el más popular, acabo de terminar con mi novia, ¿qué crees pensarán cuando nos vean llegar juntos a esa fiesta?
- ¿Tú? ¿Estás loco? Por supuesto que no.
- ¿Qué?, ¿tienes alguna otra mejor opción que yo?
- No voy a estar contigo.

- ¡Oh... rayos!, ya te dije que todo es una mentira para que ellos lo crean, tú tampoco me gustas, aunque déjame decirte que luego de verte así, no luces nada mal.
- ¡Idiota!
- Bien, ahora debes conseguir una buena ropa, algo que no se vea como “me esforcé demasiado”, pero que diga tienes un lugar en el mundo, eso es lo que hace la diferencia entre un experto y alguien que no lo es.
- Ok, entonces eso quiere decir...
- Que te vas a vestir diferente a todo el mundo, eso conseguirá que llames la atención.
- ¿Y cómo se viste todo el mundo?
- Ya sabes, demasiado formal, demasiado brillo, vestidos cortos, escotes, todo lo que sea necesario con tal de llamar la atención, ese tipo de ropa que grita por todos lados “mírenme, por favor” tú harás lo contrario. Te pondrás algo que dirá “soy una bruja y lo sé, soy hermosa y lo sé, estoy buena y lo sé, no necesito que me lo digan”.
- ¡Cielos!
- ¿Qué?
- Parece que esto te emociona mucho en verdad.
- Por supuesto que me emociona, eres como mi gran obra maestra.
- Como si fuese una cosa, ok.
- No, pero eres mi obra maestra, mírate, esto es como esos *reality* de antes y después, ahora eres otra, pero lo importante no está aquí, sino aquí, dijo señalando mi cabeza.
- Dijiste que todo eso de la belleza interior era una estupidez.
- En parte, pero no hay belleza interior, yo le llamaría más bien actitud, tener la actitud correcta, de nada vale un cuerpo así y un vestido como este si no tienes la actitud adecuada.
- Entiendo, —entonces me miré al espejo, en realidad me veía muy bien, el vestido se ajustaba a mi cuerpo sin ser vulgar, y acentuaba cada curva de forma perfecta—.
- Bien, ¡qué bien lo hayas entendido!, jajajaja, cielos esto ha sido agotador, —dijo tirándose en su cama con un gracioso suspiro de cansancio—.
- Me veo bien.
- Exacto, disfrútalo, créetelo, en fin, ya sabes lo demás, toda esa basura de la aceptación y la autoestima, todo eso.
- Jajajajaja, eres un sarcástico.
- La vida es un gran sarcasmo, en realidad, si te pones a ver, todo en la vida es una ironía.
- Tienes una manera bastante superficial de ver las cosas.
- No soy superficial, soy un sobreviviente, para serlo debes comportarte así o el mundo te atropellará, esa es la triste y cruel verdad, cariño.
- Podría ser.
- No, no puede ser, es así.
- Ya veo.
- Las personas son superficiales, aman la superficialidad, aunque te digan que no es así, levitan hacia ella, como una gran atracción, la adoran y quieren tenerla, todo lo que ella significa y es, aunque digan lo contrario. Por eso somos populares, porque ellos quieren tener lo que nosotros poseemos, y nos siguen creyendo que al hacerlo tendrán lo mismo, pero eso nunca va a pasar.
- Ok.
- Les dejamos que crean pueden tenernos, que si se esfuerzan llegarán a ser uno de nosotros,

eso les da un sentido, y la esperanza es poder, poder que nosotros tenemos en nuestras manos, y es el mismo poder que ahora tengo en la mía y que compartiré contigo, —me dijo con una especie de llama ardiendo en sus ojos—.

- Una pregunta.
- Adelante.
- ¿Cómo sé que no soy uno de ellos?, es decir, ¿cómo sé que no soy una de esas personas a quienes les haces creer que pueden llegar a tener lo que posees?
- Jajajajaja, es una gran pregunta.
- Entonces...
- Pues no lo sé, simplemente quiero dártelo a ti, tal vez sea lástima, no sé cómo explicártelo, jajajajaja, pero lo que te ofrezco a ti no se lo he dado a más nadie, simplemente puedo ver en ti algo que no observo en los demás.
- ¿Qué cosa maestro?, jajajaja, —le dije riéndome de su actitud mística, la cual resultaba completamente risible, como si en verdad creyera me estaba legando algo muy importante—.
- No lo sé, ¿cómo rayos voy a saberlo?, es decir, veo que eres mucho más inteligente que todos los que conozco, tal vez sea eso, y algo más que ahora no sé cómo describir, un fuego en tus ojos.
- Mmm, ok, como digas, digamos que te creo.
- Bien, ahora debo decirte algo.
- ¿Qué?, —su gesto fue solemne—.
- ¿Quieres simplemente vengarte de Alberto o pasar al siguiente nivel?
- ¿Al siguiente nivel?
- Sí, te dije que esto es algo real, funciona, y si sigues esos preceptos llegarás muy lejos.

En ese momento me di cuenta de que mi vida estaba a punto de cambiar, quería saber lo que este chico me ofrecía. No estaba segura qué era, pero sin lugar a dudas en él funcionaba y yo también quería probar.

- Quiero el siguiente nivel, —dije muy seria—.
- Sí, eso pensé que dirías.
- Entonces...
- Para ello debes seguir las reglas.
- ¿Cuáles?
- Las reglas eran muy claras: no ser débil, ni flaquear, no enamorarse nunca, no estar mucho tiempo estancado con alguien y jamás usar el poder contra ti misma ¿entendiste?
- Sí, entendí.
- Muy bien, perfecto, ahora hay que escoger esa ropa, irás conmigo y ya verás la cara que ponen todos esos idiotas que se han burlado de ti cuando nos vean juntos, jajajaja, eso va a ser muy gracioso.
- ¿Eso es todo? Pensé que había más.
- ¿Qué quieres?, ¿batas negras y velas?
- No, pero...
- Mira, esta es una herencia de conocimiento que me legó mi padre y yo te la estoy dando a ti, si le funcionó a él y muchos otros, incluyéndome obviamente a mí, también funcionará contigo.

- Eres todo un purista, jajajaja, ya veo, entiendo, entonces espero que funcione conmigo.
- Lo hará.
- ¿Cómo estás tan seguro?
- Ya verás. Mmm... quítate esas medias, son anticuadas.
- ¿Así que eres un perfeccionista?
- Me gusta que todo lo que hago esté perfecto.
- Pero, tengo una duda.
- Ahora ¿qué?, —dijo poniendo los ojos en blanco—.
- ¿Cómo haremos con todo lo que han dicho de mí?, después de lo que pasó, ¿cómo podré dejar eso atrás?
- Jajajajajajajaja, cielos, eres muy cómica, jajajaja, ¡rayos!, me haces reír mucho.
- ¿Por qué?, no entiendo qué te causa tanta risa.
- Jajajajaja, por supuesto que todo eso que dices me causa risa, ¿cómo no hacerlo?, es que eres tan ingenua, deliciosamente ingenua, diría yo.
- ¿Por qué?, ¿qué te pasa?, no veo lo gracioso en nada de lo que he dicho.
- Es que las cosas tienen la importancia que tú le des, ellos son una masa, una que tú puedes moldear, si dejas que ellos te moldeen, estarás perdida, el tiempo y la ignorancia son las mejores fórmulas.
- ¿Cómo es eso?
- Esas personas son volubles, se dejan llevar por las circunstancias y los tiempos, se van a aburrir de lo que pasó, ya se les olvidó o están por olvidarlo, por ahora no eres tan importante como para que te dediquen tanto tiempo, solo es cuestión de esperar, algo nuevo surgirá. Pero no solo eso, cuando vean lo que observo ahora, terminarán por no recordarlo, ya verás.
- No estoy muy segura de eso.
- Eres una tonta, ya verás que tengo la razón, ¿cómo crees que he llegado hasta aquí?, pero una cosa...
- ¿Qué?
- No debes tener debilidad, si la ven acabarán contigo, no debes flaquear nunca, porque lo que te estoy enseñando es un arma de doble filo, al igual que corta, te puede cortar a ti misma, así que ten cuidado cómo tomas esa espada.
- ¡Cielos!, ¿en verdad te crees todo esto?
- Por supuesto que lo creo, lo he vivido todo el tiempo, y funciona, créeme que funciona y te servirá en la vida para muchas cosas más que solamente dominar a esos tontos, más adelante te ayudará a lograr tus sueños, porque, aunque suene decepcionante, todas las personas en el mundo son iguales, a todos les gusta lo inalcanzable y ver la belleza, lo que no pueden tener o lo que nunca serán, al igual que estos chicos te seguirán, y tú podrás lograr todo lo que quieras.
- Me asustas, jajajajajaja.
- Es bueno, porque esto es verdadero, no flaquees y no te enamores de nadie, jamás lo hagas porque entonces perderás tu poder ¿entiendes?
- Entiendo, —le dije muy seria, porque la expresión de su mirada me causó una gran impresión—.

Federico estaba completamente seguro de lo que decía, e incluso, sentí miedo, el miedo de

las grandes determinaciones. Era el peso de la verdad, de la triste verdad que, sin embargo, por ser verdad, es mucho mejor que la ilusión liviana de la mentira. Otra vez me miré al espejo, y allí estaba esa hermosa mujer de grandes ojos verdes, de una belleza exótica y al mismo tiempo excéntrica, diferente, todo estaba tan claro, antes no sabía nada y ahora creía tener el conocimiento en mis manos.

Nos miramos nuevamente a través de ese objeto, sus grandes ojos grises se quedaron atrapados en los míos, él era hermoso, poderoso, lo que me estaba dando no tenía precio, era el conocimiento de la vida, y él tenía razón, me serviría para todo de allí en adelante. En ese instante me volví alguien nuevo, una mujer que no conocía, una extraña que él me presentó.

- Mañana verás que todo lo que te digo es cierto, y entonces terminarás de convencerte. No llorarás por nadie más, te lo prometo, no será necesario, porque todos estarán detrás de ti, y tú solo deberás escoger, entonces serán ellos los que lloren por ti, —me dijo con una sonrisa de medio lado—.
- Me gusta la expresión que pones al decir eso...
- Pero recuerda, no te enamores de nadie, nunca, simplemente toma lo que se te ofrece y a otra cosa mariposa, no lo olvides.

No era mi amigo, al menos no en ese momento, era un chico con ganas de tener una emoción nueva. Me estaba ayudando a sacarme el clavo con ese estúpido que me hizo tanto daño, que se burló de mí en todas las formas en que una persona puede burlarse de otra, me estaba dando la mano en medio de la oscuridad, cuando no había sino neblinas a mi alrededor, por supuesto me aferré a ella con fuerza.

Era un juego, uno muy peligroso, como apostar a meter las manos en el fuego, y de seguro podría quemarme con él, las llamas te lamen y duelen, pero al mismo tiempo transforman. Es un juego, uno al que podrías tomarle gusto, yo era como plastilina en sus manos dejándome moldear, convirtiéndome en algo que no era, una materia que se vuelve una hermosa escultura. Él un creador, el Pígalión que transforma la materia en otra.

Cuando entramos en esa fiesta me di cuenta que él tenía razón, y esa sensación jamás experimentada me abrumó, todos los ojos se fueron sobre mí, era una especie de turbación instantánea. Todos me miraban como nunca antes, me invadió, y me di cuenta que él tenía razón. Pensaba que solo era una especie de broma, pero no, la verdad estaba ante mis ojos.

Sentí su fuerza abrumadora sobre mí, era un gran poder el que tenía entre mis manos, Federico me miró como diciéndome “te lo dije”. Cuando entré y todos se comenzaron a acercar y hablarme como si nunca me hubiesen visto en la vida, como si nada de lo que sucedió hubiera pasado. Sentí una gran contradicción dentro de mí, por un lado, el placer inexplicable del poder y por el otro, una especie de asco, de rechazo ante estas personas que eran tan variables como una veleta ante el viento.

Cambiaron conmigo literalmente de la noche a la mañana, eso estaba claro. Esos hombres, sus expresiones, todas eran diferentes y esa noche estaban en mis manos, como si moviera los hilos de cada uno de ellos, y todos levitaran a mi alrededor, fue la primera vez que lo sentí.

- Te lo dije, —me miró sonriente—.

Desde ese día las cosas cambiaron para mí, un giro, mi vida se tornó de otro color, y era verdad, aunque la sensación resultaba abrumadora y fuerte no podía ser de otra manera. Pero mi corazón, aquel que conocí ya no estaba, no solo se cambiaba por fuera, sino también por dentro, era una fuerza ciclópea que te llevaba como un huracán. Pero en ese instante era muy pequeña para luchar contra él, y solamente este me llevó hacia su centro, devorándome de una vez por todas.

- Sí, tenías razón, y con esas palabras entregué lo último que quedaba de mí, el último átomo de inocencia que habitó alguna vez en mi alma.

Me miro en este espejo y son los mismos ojos verdes de antes, pero ahora tienen un fuego diferente, una potente llama llena de experiencia, matizada con la sensación de la vida y la decepción pura. Tenía la belleza, la juventud, la inteligencia y el poder de saber cómo se movía el mundo, y eso no tenía precio, ese conocimiento era el más poderoso de todos.

- Soy hermosa, no, no lo digas así, dilo con verdad, mírate a los ojos, y dilo, —pronuncio—. Dilo más alto hasta que tú misma te convenzas de la verdad, de lo que es, de quién eres y de lo que puedes hacer.

Sonrío, me observo, el mundo podría estar a mis pies ahora mismo, tengo la fuerza y la entereza, tengo la espada de dos filos en mis manos. No me cortaré con ella, pero sí puedo cortar a otros. Una fuerza brota de mí, desde lo más profundo de mi corazón, una fuerza potente que es más poderosa que todo lo que haya conocido.

- ¡Soy una *bitch*!, ¡soy la *bitch* más hermosa!, ¡la más mala, todos me siguen, todos quieren conmigo, y yo les dejo pensar que pueden, pero ninguna lo hará!

CAPÍTULO III

Apuestas peligrosas

Entramos en ese lugar y fue como la primera vez, como aquella noche cuando le mostré el poder que podía tener si sabía conocerse a sí misma. Todas las miradas fueron sobre nosotros, como acostumbraban hacerlo. Todo era nuestro, el mundo nos pertenecía.

Todo está muy bien hasta que la veo, ¡rayos!, es esa chica otra vez, ¡maldición!, lo último que me esperaba esta noche es encontrarla aquí. Me mira con esos ojos de ternura y miedo, es lo que más detesto en una mujer, la debilidad. Esa expectativa que tu mundo dejará de girar si un hombre sale de él.

- ¡Mierda!, ¿qué te pasa?, ¿por qué tienes esa maldita cara de susto?
- Es ella.
- ¿Quién?
- Ella, la chica con la que terminé, ¡cielos!, no esperaba que viniera aquí, ¿qué quiere ahora?
- ¿Cuál chica?
- Con la que terminé.
- ¡Rayos!, jajajajajaja, esto sí que es incómodo y gracioso a la vez.
- Por favor ayúdame, deja de burlarte y ayúdame.
- ¿Qué?, jajaja, no, resuelve tus líos tú mismo, enfréntate a ella como un hombre.
- Sabes que no me gustan las confrontaciones, ya le dije las cosas, pero al parecer no quiere entenderlo.
- ¿Qué?, ¿quieres que mienta por ti? ¿Eso es lo que quieres?
- No te hagas, no será la primera vez que mientas por mí.
- Mmm... no sé, la verdad es que me da lástima, jajajaja, mírala, pobrecita, está tan perdida en el mundo, me recuerda a alguien.
- ¿Lástima?, ¿dices lástima?, compadécete de mí, esa mujer me está acosando, jajaja, cielos, no sé cómo quitármela de encima, he aplicado todos los métodos, pero no quiere entender.
- Sí, mírala, la pobre, me recuerda a mí misma, ya sabes, antes de que tú te metieras en mi vida, jajajaja, y me echaras a perder para siempre.
- ¿Desde cuándo tienes escrúpulos?, recuerda lo que te dije, no podemos ser débiles, esa chica usa la lástima para eso precisamente, para conseguir lo que quiere, ella no es como tú en ninguna forma, tú eras una chica en verdad buena y...
- No los tengo, jajajajaja, solo estoy bromeando, vamos, en verdad da pena, pero ya sabes lo que dicen, ella misma se lo ha buscado por meterse con una rata como tú.
- Vaya, pensé que hablabas en serio, por un segundo creí que...
- ¿Qué creíste?, —y en sus ojos ya no está esa expresión, la llama es lo único que puedo ver, y nada más—.
- Nada, no creí nada.
- Bien, resuelve tus problemas, nadie te manda a meterte con alguien así, sabes que no podemos andar con gente como esa, siempre estarán esperando cosas que no podemos dar, hay que dejar todo claro desde el principio para no tener problemas, eso lo sabes, no sé qué te pasa últimamente.

- Oh... por favor, aclararemos eso después, ahora ayúdame, es una gran molestia, no encuentro cómo quitármela de encima, por favor, y te juro que hago algo por ti.
- Oh... cielos, ¡qué molesto eres!, no puedo creerlo, el gran Federico I, heredero de Daniel Román y Cristóbal Núñez pidiéndome esto, ¿no te parece una vergüenza?
- Por favor, por favor, haré algo por ti ¿sí? Anda, anda.
- Mmm, ¿estás seguro?
- Sí, por favor, ayúdame.
- Bien, está bien, pero tendré esto muy en cuenta, jajajaja.
- Te daré lo que quieras.
- Por ahora no quiero nada, pero lo pensaré mejor, —dice con una cara que da miedo—.
- ¡Cielos!
- Jajajaja, bien, espérame aquí, —tiene esa sonrisa de seguridad que tanto me gusta, pero al mismo tiempo produce temblor en todo mi cuerpo—.
- Solo abórdala, como si cualquier cosa.
- Ok, ya entendí, muy bien, no te preocupes, te sacaré de este lío, —dice a la vez que me da una palmadita en el hombro—.

Camina hasta la chica, se para cerca de ella como si cualquier cosa, mientras esta ve los canapés con rostro curioso, disimulando, por supuesto, que ha venido hasta esta recepción tan solo para andar detrás de mí, como haría cualquier mujer desesperada. No sé qué están hablando, pero ahora Ana se ve muy seria, como si le hubiese caído un balde de agua fría, su expresión cambia tan rápido como el fuego quema un papel, se le ha esfumado la sonrisa.

Pen luce imperturbable mientras bebe delicadamente su copa de champaña, es como si hablara del color de las flores o el brillo de las joyas que trae puestas. Luego veo cómo la chica viene hacia mí furiosa, tanto que me genera cierta aprehensión o pena, no estoy seguro de ello.

- ¡Eres un idiota!, —y me empuja con toda la fuerza que tiene—, entonces sale molesta del lugar, y al fin puedo respirar con tranquilidad, creo que no volverá a buscarme después de eso, o al menos eso espero.
- ¡Cielos!, —digo—, hay mujeres realmente intensas, golpea bastante fuerte, pero ni modo.
- Así es la vida, esta empuja mucho más duro y para sobrevivir debes llevarte por delante a otros, no hay una forma diferente de hacerlo, y es lamentable, tal vez, pero muy cierto. Vivimos en una selva, donde el más fuerte prevalece, y en este caso ese soy yo, o al menos eso creía.
- Jajajajaja, —viene ella riendo, con su copa todavía en mano y ese gesto totalmente desenfadado—. Tienes mucho que agradecerme, —dice—, sin lugar a dudas que esa chica es bastante intensa, pero luego de esto no creo que vuelva a buscarte.
- ¿Qué cosa le dijiste?, se ve bastante furiosa, salió echa una tromba esa mujer.
- Le dije que eres... y no has querido salir del closet, en fin, que eres mi mejor amigo gay, pero que no tienes la valentía para decírselo, eso le dije, hubieses visto su cara, jajaja, ¡qué cosa más graciosa!, estaba tan confundida, seguro que se preguntaba cómo es que entonces se ha acostado conmigo, en fin, como siempre dices que el fin justifica los medios ¿no es así?
- ¡Qué!, ¡rayos!, ¿estás loca? ¿Cómo le dijiste eso?, ¿cómo se te ocurre decirle eso a esa

mujer?

- Jajajaja, por supuesto que no le dije eso, quita esa cara, ¿cómo crees?, le dije que soy tu novia, es todo, era la forma más sencilla, que eras un idiota y que nos habías engañado a ambas, nada más, simple y directo, pero siempre funciona, lo he dicho siempre, las cosas sencillas son mejores, los métodos comprobados son la cosa más efectiva y por esa misma razón no deben cambiarse, —y sonrío con un gesto total y completamente malicioso—.
- Oh... vaya, gracias, ¿no pudiste inventar algo más creativo?
- ¿Para qué?, como te dije, es simple y funciona, ¿para qué quieres inventar otras cosas rebuscadas cuando lo simple siempre es mejor?, así que no nos enredemos, ya está, —dice palmeando—, ya te deshiciste de ella, sin embargo, mmm... no sé.
- ¿Qué?, ¿qué cosa?, dilo de una vez.
- Algo me preocupa.
- ¿Crees que me siga acosando? Es eso, jajajaja, tal vez se aparezca en mi apartamento vestida de novia, no lo sé, jajaja.
- Vaya... tu mente llega muy lejos, no, eso no es lo que me preocupa.
- Entonces ¿qué?
- Me preocupas tú, en realidad y esa actitud extraña que tienes, no sé, pensé que jamás diría esto, pero siento que estás perdiendo el toque.
- Por supuesto que no, ¡jamás pasará eso!, —le digo molesto—, ya van varias veces que me dices eso, y es molesto que mi alumna, a quien entrené, me diga cómo debo hacer las cosas o la forma de comportarme, ¿qué te pasa?
- Jajajaja, no me mires así, es solo una reflexión, creo que alguien te está echando a perder, pero si de algo estoy segura es que no es esa chica.
- Estás loca, por supuesto que no, sabes que una de las primeras normas es jamás enamorarse de nadie, eso lo sabes muy bien.
- Lo sé, pero... ¿tú lo sabes?
- No te hagas la lista conmigo.
- Jajajajaja, sorry, jajajajaja.
- Eso que le dijiste, tú eres la que me preocupa, porque eso lo hubiese podido inventar yo.
- Bueno, nunca me especificaste nada, así que improvisé, jajajajaja.
- Eres una bruja, definitivamente.

Lo decía en serio, esa mujer era capaz de hechizar a cualquiera, sus hermosos ojos verdes me penetran con la fuerza de un puñal, y me pregunto ¿qué rayos me está pasando? Tal vez tiene razón, alguien me está dañando, pero no es cualquier mujer, es una muy especial, y siento temor de decir en voz alta lo que mi corazón parece estar gritando por dentro.

- Jajajaja, bien, ya bebimos y comimos, larguémonos de aquí a un lugar divertido, esto es la cosa más aburrida del mundo.
- Jajajaja, eres una persona terrible, ¿cómo puedes decir que la cena de navidad de mi bufete es algo aburrido?, —le digo riendo—.
- Jajajaja, lo siento, pero es la verdad, esto apesta.
- Eres una mala persona.
- Lo sé, y me encanta, jajajajaja, creo que es parte de mi encanto, —dice al tiempo que se toma la cintura—.

- ¿Cómo puedo huir de mi propia cena?
- Eres el dueño, puedes hacer lo que te dé la gana.
- Jajajaja, bien, vamos, ¿qué tienes en mente?, a ver pequeña ladina, dime.
- Tentación, eso es lo que tengo en mente.
- Oh... vaya, tú eres...
- ¿Qué?, es un lugar divertido, vamos, quiero bailar, tal vez con suerte encontremos algo bueno allí.
- Pensé que...
- ¿Qué?
- Bueno, pensé que esta noche te quedarías conmigo y no puedo creer lo que sale de mi boca.
- Ah... pero... es que ya estuvimos juntos, ¿qué pasa?, vamos Federico Román, creo que oficialmente estás envejeciendo, te estás oxidando, querido. Vamos, quita esa cara, es hora de la aventura, ¿no es eso lo que te gusta? ¿Lo que nos gusta a ambos?
- Claro que no, —le digo arrugando el entrecejo—.
- Entonces, demuéstalo.
- Muy bien, vamos, está bien, lo haré, —y siento que me estoy forzando para decir esas palabras—, pero ¿por qué?, ¿por qué ya no siento la misma expectativa que antes ante una propuesta de cacería como esa?
- Ese es mi zorrito, así me gusta, busquemos algo de aventura, a ver qué encontramos, estoy emocionada de estar otra vez aquí, espero hallar algún chico guapo con el cual divertirme.
- Perfecto, —le digo—, pero dentro no es emoción lo que experimento, nada que ver, es más bien una sensación vacía lo que se apodera de mí.
- No pareces muy emocionado.
- Lo estoy, créeme que lo estoy.
- Pero primero debemos cambiarnos, no podemos andar así con esta ropa aburrida.
- Cielos, esta noche sí que piensas divertirte.
- Así es, —y enarca la ceja, conozco ese gesto, es el que pone cuando piensa tirar la casa por la ventana—.

La llevo a su habitación para cambiarse y cuando la veo nuevamente siento un ligero retorcijón en todo el cuerpo, viste en cuero negro, es un minivestido, sus sandalias entretejidas van trepando en sus largas piernas ciñéndolas como muchos desearían hacerlo, finalmente veo sus hermosos pies, de uñas hermosas y cuidadas, pintadas con un barniz rojo como la sangre, todo en ella está hecho para perder hasta al más centrado de los hombres. Me mira con esa risa de medio lado, sabe que es una tentación andante y tiene todas las intenciones de aprovecharse de ello.

Se queda mirándome en silencio, como esperando un veredicto, sé que le gusta lucirse, me sonrío por dentro, y no le digo nada, porque sé es la mejor manera de exasperarla. Le gusta que todos estén a sus pies, pero esa es la satisfacción que no le daré nunca.

- Y bien, ¿cómo luzco?, —me dice con una sonrisa encantadora—.
- Sabes exactamente cómo luces y no necesitas que te lo diga.
- Bien, está bien, jajajaja, tienes razón, sé exactamente cómo luzco, como una *bitch*.

Llegamos al lugar, el ritmo de la música es frenético, suena de forma atronadora, tanto que no se puede escuchar lo que dicen a tu lado, instantáneamente se apropia del lugar, y todas las

miradas van tras de ella. Sabe quién es, ya la niña de antes se ha ido, es una mujer completamente segura de sí misma, va directo al centro de la pista y comienza a bailar sola, no necesita de nadie.

La sigo, pero sé perfectamente que esa noche no soy la estrella del lugar, pero no me importa, me gusta cuando ella se apodera de todo, no solo porque me gusta su actitud, sino porque descanso, no tengo que esforzarme siempre por ser el mejor. Prefiero dejar que ella haga el trabajo y me pregunto si es cierto lo que dice, si me estaré oxidando.

- ¡Ven!, —me grita—, no quiero hacerlo, la verdad es que no tengo ganas de bailar, ni de estar en medio de todo esto, han sido años y años de lo mismo y, aunque no lo puedo decir en voz alta, ya estoy cansado, me siento muy cansado de vivir de esta manera.

Ella parece tan feliz que quisiera sentir lo mismo, pero este juego tiene la virtud de cansar a algunos, y jamás pensé que yo fuese uno de ellos. Sin embargo, allí está la sensación, inequívocamente, ¿ya me estoy poniendo viejo? No lo sé, pero de lo que estoy seguro es de este cansancio que me llena por dentro, pero cuando la veo me lleno de energías, y esa sonrisa, siento que el mundo se eleva, con esos ojos color esmeralda tan intensos que brillan en la oscuridad.

- Vamos, ¿qué rayos te pasa?, —me dice acercándose y tomándome de la mano—.
- Bien, ya voy, ¡cielos!, quédate tranquila, te estoy dando la oportunidad de lucirte.
- Me luciré de todas formas, —me dice mientras mueve sensualmente sus caderas, es... ¡cielos!, es hermosa, la forma cómo su cuerpo sigue el ritmo me hace recordar muchas cosas—.

Las luces producen una atmósfera misteriosa que contribuye a producir esa sensación, es una euforia, ella está en medio de todo, y todo está en medio de ella. Este universo gira a su alrededor, pronto todo se detiene para que ella tome el poder con su presencia avasallante, la miran, desde las mesas y desde la pista, entre las personas y sus miradas van directo hacia su cuerpo, sensual y perfecto.

Hace todo lo que le enseñé y no puedo dejar de sentir cierto pesar, sabe que es el centro, que no debe ser débil, que no puede flaquear ante nadie, sabe que todos quieren tenerla, que ella debe fingir que es sí, ellos deben pensarlo, que pueden, que podrían, y al final ninguno tendrá lo que quiere. Lo sabe y maneja sus emociones, esos deseos a su favor para tener todo lo que quiere en la vida, y lo tendrá, sin duda que lo tendrá.

Entonces, inesperadamente me deja en el medio de la pista y va hacia la barra, ¿quién es esta mujer?, es mucho más de lo que yo conocí antes. Sube sobre la barra ante la cara emocionada del bartender, quien no deja de sonreírle, y es uno de los muchos que caen en su influjo esa noche. Ella baila y su cuerpo se mueve insinuante al mismo tiempo que le sonrío al chico, creo que ya ha escogido a su víctima, siento compasión de él.

- ¡Hey!, ¡baja de ahí! —Le digo—.
- ¿Por qué?, jajajaja.
- Solo baja, vamos, anda.
- Vete, déjame en paz, me estoy divirtiendo, busca a alguien tú, jajaja porque ya encontré algo interesante.

- Deja en paz a ese pobre chico, vamos, bájate de ahí.
- No estoy hablando de él, estoy hablando de aquel de allá.

Me volteo y miro su blanco, está en la sección VIP, es un hombre al cual conozco. ¡Cielos!, sé quién es, Adolfo Lorenzo, es uno de los abogados más famosos del país, y ahora este tipo de experimentado de casi 50 años está hechizado por la fuerza y la sensualidad de mi mejor amiga. El juego comienza para ella, he estado acostumbrado a eso, y yo he hecho lo mismo miles de veces, pero ¿qué pasa?, ¿por qué esta vez me siento diferente?

- Adolfo, ¡rayos!, ¿sabes quién es ese tipo?
- No, pero lo sabré, y al parecer tú lo conoces, —dice bajándose de la mesa y riendo divertida—.
- Es Adolfo Lorenzo, un abogado, bueno es el dueño de uno de los bufetes más grandes del país.
- Oh... cielos, mejor todavía, mucho mejor.
- ¿Te meterás con ese tipo? ¡Estás loca!, jugar con un hombre como ese no te conviene.
- Es hora de aumentar la apuesta ¿no crees?
- Pero...
- Pero nada, te apuesto a que lo conquistaré y estará detrás de mí, rogándome.
- No pienso apostar con esto.
- ¿Por qué no?, siempre te han gustado las buenas apuestas.
- Las buenas, esto no.
- Oh... vamos, te estás aflojando, ¡qué rayos!, tú te has metido con personas peores.
- Ese hombre es de los que no aceptan un no por respuesta, creo que no es una buena idea, no tomará a bien que juegues con él.
- No me importa lo que tú creas.
- Quédate aquí, no te busques problemas.
- ¡Suéltame!, ¿qué haces?
- Te estoy evitando un problema, deja a ese tipo en paz.
- ¿Qué te pasa?, ¡déjame en paz!, no hay algo que no pueda lograr.
- Te crees invencible ¿no es así? Bien, anda, llévate la decepción de tu vida, ese tipo está fuera de tu liga, es un mujeriego de lo peor, y dicen que todas las mujeres caen a sus pies.
- Jajajajaja, cielos, sí que pones peros esta vez, sabes que vas a perder, es todo, vamos, escoge tú a una y yo escojo este, te he dado la ventaja.
- ¿De qué estás hablando?
- La apuesta, una grande, bien grande.
- ¡Mierda!, sí que estás loca, ¿qué quieres apostar?, —le digo con curiosidad—.
- Tu auto, eso es lo que quiero.
- ¡Qué!, ¿estás loca?, ¡claro que no!
- Te he dado la ventaja, ahora puedes escoger a quien quieras en este lugar.
- ¿Estás segura de que podrás con esto?
- Por supuesto, escoge, —me dijo con el gesto de resolución en la mirada—.
- A cualquiera, a quien desees en este lugar.
- Sí, ya te lo dije.
- ¿No importa quién sea entonces?

- ¡Mierda! Sí, escoge.

Me mira con esa luz en sus ojos, le gustan los buenos retos, pero en mi corazón tengo una idea fija, en verdad no sé lo que estoy haciendo, pero mis instintos lo dicen, es el momento de apostararlo todo, así grita mi ser interno, no sé si es mi corazón, no sé si es mi alma, me asusto de mí mismo y de lo que estoy experimentando en ese instante. El corazón late tan rápido que parece va a salirse de mi pecho, y lo estoy colocando en un lugar expuesto, lo que siempre juré no haría.

Siento una sensación análoga cuando alguien ha ganado todo, cuando arrasas con la mesa y tiene todas las fichas en tus manos, pero algo se cruza en el camino, inesperado, que es mucho más valioso a todo aquello que crees poseer. Entonces, tomas la alocada decisión de dejar lo que tienes en tus manos por ir tras aquello, eso que tal vez nunca tengas, es la sensación del miedo y de la excitación, la de perderlo, de perder cada cosa que has ganado por nada.

Pero esa nada, vale todo, sin duda, y es cuando sabes lo que debes hacer, apostararlo todo, con la ínfima esperanza de conseguir eso que deseas.

- ¿Qué te pasa?, ¿estás aquí? Te estoy hablando, ¡hey!, ¡Federico!, ¿qué te pasa?
- Estoy aquí, —le digo mirándola, mientras arrugo el entrecejo—.
- Entonces, ¿escogiste?
- Sí, escogí.
- Bien, entonces, ¿trato hecho?
- Trato hecho.
- ¿A quién escogiste? Quiero saberlo.
- ¿Importa?
- Claro, debe ser alguien a la misma medida, sino sería injusto.
- Te aseguro que es alguien a la misma medida.
- Ok, entonces, que comience el juego.
- Que comience...

Cuando la veo caminar tongoneándose hasta donde está ese hombre, siento una extraña sensación, un fuego que me abraza, que me toma hasta ahorcarme de manera atroz. Pero de pronto se detiene, entonces se devuelve hasta donde estoy yo.

- Quiero que me digas ¿quién es primero?
- Ya te dije que es alguien digno.
- Dímelo.
- Bien, te lo diré.
- Ajá.
- Tú.

Veo cómo su cara cambia de pronto, como si la sangre se fugara de ella, no puede creerlo, pero es mejor que lo haga, porque así es como va a ser.

- ¡Qué!, —me dice sorprendida—.
- Lo que escuchaste, —y me voy, no quiero verla con ese tipejo—. Pero sé que será desde otros ojos, y como ella me verá también, este juego ha comenzado, y es el más peligroso de

todos, esta vez ambos jugamos con fuego y, por supuesto, lo más seguro será que nos quemaremos.

“Hay juegos que es mejor no comenzar, son como fuego, sus llamas te lamen y debes estar dispuesto a perder mucho más de lo que imaginaste, sobre todo si lo que está en la apuesta es tu propio ser, es tu propio corazón”.

Cristóbal Núñez, playboy.

Continuará...

Si te ha gustado este libro, por favor déjame una reseña en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Saga Libros 1-6

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Saga Libros 1-6

Profundamente Violeta (Libros 1-3)

Muros de Cristal (Libros 1-3)

Con o Sin Derechos (Libros 1-3)

Íntimos Deseos. Una Novela Romántica de Mercedes Franco

Sagas Libros 1-3

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga Libros 1-3

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga Libros 1-3

Las Intrigas de la Fama Saga Libros 1-3

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos Saga Libros 1-3

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado. Saga Libros 1-3

LOVECOINS. ¿Y si el amor fuese una criptomoneda...? Saga Libros 1-3

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Mis libros de Fantasía y Romance Paranormal:

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros Saga Libros No. 1, 2 y 3

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal Saga Libros No. 1, 2 y 3

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Saga Libros No. 1 al 6

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Corona de Fuego. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Oscura Dinastía Saga Libros No. 1, 2 y 3

La Furia y El Poder De Las Sombras Saga Libros No. 1, 2 y 3

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista Saga Libros 1 y 2

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada Saga Libros 1 y 2

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Deseos Embriagantes.

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tântrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes

CON Y SIN DERECHOS

Línea Roja

Libro 2

PRIMERA Y SEGUNDA REGLA

Este es el legado de un experto, el conocimiento que ha sido transmitido de padre a hijo, así Daniel Román le dio a su hijo el mayor tesoro que un hombre puede tener, la sabiduría de la vida. El don de saber cómo conducirse entre las personas, pero, sobre todo, entre las mujeres.

Pero no cualquiera podía ostentar este poder, sino alguien que estuviese preparado y que respetara las reglas, por encima de cualquier cosa. Las normas eran muy claras, estaban allí por una buena razón, protegerse de quienes podían ser como un escollo en la lucha de la vida.

Las primeras dos estaban muy claras, solamente que muchas veces era, digamos, difícil seguirlas, complicado en la práctica. Hasta ese momento no había fallado, pero ahora no entendía lo que pasaba en mí. Era un cazador, uno de los mejores, pero al violentar mis propios principios caí en una red de lo imposible. Este era un juego peligroso, demasiado para salir ileso de él.

Antes era impensable lo que estaba pasando, pero ahora, estaba a punto de caer en mi propia trampa, aún sin saberlo o sabiéndolo, pero sin querer concientizarlo. Fui un cazador famoso, heredero de Daniel Román, de la estirpe de Cristóbal Núñez, amigo de Orlando Núñez y de todos los que conocieron la verdad de la vida, de cómo sobrevivir en esta jungla humana en la cual debes ser un estratega para crecer en la forma adecuada y lograr todos tus sueños.

Pero, al igual que ellos, alguna vez caí en mi propia trampa, un cazador cazado, no mentiré. No sé si vale la pena que te rompan el corazón, pero sé que debe valer la pena, aunque sea una sola vez en la vida. Ni yo mismo podía entenderme, esa es la verdad, había una pugna dentro de mí y nada realmente era lo que parecía en este juego al que llamamos vida.

Las primeras dos reglas dicen: no ser débil, no flaquear y lo más importante, no enamorarse nunca. Mucho más fácil decirlo que hacerlo, es la verdad. La utopía de todo cazador, salir ileso entre ese bosque y solo cazar, tomar las presas, algo que es casi imposible. Entre la incertidumbre, en la multitud, en la nada de una soledad que es cierta, aunque estés rodeado de miles.

Soy Federico Román, hombre de apuestas y riesgos, de tomar el fuego entre sus manos, el que sabía colocar una línea de fuego, una línea roja entre él y sus presas para que estas no pasaran sus límites, exceptuando por una, una presa digna, la mejor de todas.

Una sola debilidad y entonces pagarás el precio. Si lo permites puede venir la debacle, el desastre. Una fuerza que te puede alcanzar en cualquier momento, lanzándote a tu propio abismo, al pozo de la desilusión, del cual nadie puede levantarte.

Penélope, cuyo nombre resuena en mí, ha cruzado la línea sin saberlo, y yo he cruzado la mía, ¿qué es esto que hay en mí, que cuando sus ojos esmeraldas me observan tiemblo? Esto debe acabar de una buena vez y por todas, no puedo terminar como Orlando, ni como su padre.

Somos más que amigos, con o sin derechos, algunas veces sí y muchas otras no, una nueva

víctima se acerca, pero esta vez presiento que soy yo mismo. ¿Qué pasa si la presa en realidad es el cazador?, ¿qué pasa si un cazador se enfrenta a otro?, cuando dos fuerzas iguales se encuentran todo es posible.

He jugado con fuego, he perdido entre las llamas, me he quemado y calcinado, pero, aun así, no mentiré, porque todo ha valido la pena. Sus ojos verdes brillan entre la oscuridad, su cabello besado por el sol, sus curvas sinuosas me enervan, sí, he perdido, pero ha valido la pena.

CAPÍTULO IV

Malas enseñanzas

Apenas podía creerlo, todo había funcionado como magia, pero según él, no era suficiente, todo debía hacerse con virtuosismo. Cada detalle tenía que tomarse en cuenta y no dejar nada a medias. Él era un perfeccionista en todo lo que hacía, y eso me incluía a mí.

- Te dije que tenía razón, ya ves lo que pasó.
- Sí, lo sé, tenías razón, eso es lo que querías que te dijera ¿cierto? Pues sí, así es.
- Bien, pero tienes que aceptarlo, funcionó como magia, jajajaja, —su risa era de total satisfacción—.
- Sí, así es.

Estaba asombrada, la verdad es que funcionaba como magia, tal cual él lo había dicho. Resultaba realmente sorprendente lo que estaba sucediendo, ¿cómo siendo la misma persona podía obtener reacciones tan diferentes? Sus ojos iban sobre mí y la expresión de sus rostros, como si jamás en la vida me hubiesen visto, mujeres, hombres, todos, la manera en que miraban, la forma como trataban de acercarse a mí, casi con exhalación, la belleza para ellos era como un alimento, algo que llenaba el vacío de sus almas.

No pude reconocerme, era una persona completamente diferente, mis ojos resaltaban, jamás me había dado cuenta de que el maquillaje tenía la capacidad de transformar a las personas de esa manera, a un nivel en que me sentía como si una completa extraña se hubiese apoderado de mi cuerpo. Había estado perdiendo el tiempo toda mi vida, pensando que lo interno era lo más importante, pero la verdad es que todo lo que estaba dentro siempre terminaba por reflejarse fuera de ti, y lamentablemente eso era lo único que le importaba a este tipo de personas.

- Me veo bien ¿cierto? —Le pregunté inquieta—.
- ¿Qué quieres que te diga?, la verdad está ante tus ojos.
- Pero, necesito que me lo confirmes para estar segura.
- Te diré algo, si quieres realmente salir adelante y ser una verdadera cazadora, debes aprender que no necesitas de la opinión de nadie, que ninguno tenga que decirte nada, de lo contrario...
- Es decir...
- Que no necesitas de nadie, debes creértelo todo por ti misma, creer en ti para que no dependas de los demás, esa es la clave.

Me di cuenta de que él tenía razón, no debería necesitar de nadie para creer quién era en la vida. Me veía bien, y eso era indiscutible, esa era la verdad, objetiva, sin segundas opiniones. Sin embargo, creí que con eso bastaba, pero él se notaba insatisfecho, faltaba más, era un pigmalión y yo su escultura, una obra maestra que todavía estaba inacabada.

Lo quisiera o no, ya estaba metida en este mundo, atrapada en una vorágine inmensa, un huracán que te devoraba como un animal salvaje, y yo estaba en medio de todo eso. Una vez que alcanzas ese punto, no hay vuelta atrás.

- No necesitas de nadie, no necesitas de nada, —dilo—, dilo de una buena vez.
- ¡Rayos!, es que...
- Solo dilo, mírate, repítelo con fuerza y creyéndolo, sino tu cerebro no lo entenderá nunca.
- Pero...
- No dudes, solo dilo.
- Pero ¿qué?
- Quién eres, lo que eres, debes decirlo, con fuerza, con potencia, debes creértelo tú primero, para que los demás también lo hagan.
- Está bien.
- Dilo: ¡soy una *bitch*, la más de todas, todos quieren conmigo, soy la más bella de todas!
- ¡Cielos!, tal parece que fueses tú, lo dices con una gran pasión, tanta que te lo creo.
- Hay que creerlo.
- Entonces... ¡soy una *bitch*, la más de todas, todos quieren conmigo, soy la más bella de todas!
- ¡Con más fuerza!, vuelve a repetirlo, anda, con fuerza, creyéndolo, si tú lo crees, los demás también lo harán.
- ¡Soy una *bitch*, la más de todas, todos quieren conmigo, soy la más bella de todas!
- Muy bien, así, ¡esa es mi chica!, así mismo, con ese fuego que veo en tus ojos.

Era hermosa, antes lo era, por supuesto, siempre lo fui, pero no lo creía, no creía en mí misma y, por ende, no podía ver lo que el espejo me estaba gritando, eso que era totalmente objetivo y que parecía ante mis ojos como una gran verdad. Antes era invisible, y todos pasaban a mi alrededor como si no existiese, pero ahora eso cambiaría para siempre, no solo me mirarían, sino que flotarían a mi alrededor.

Tenía finalmente un lugar en este mundo, él me había señalado el camino, como un maestro que te ilumina entre las sombras. Allí estaba la verdad, ante mis ojos, como un veredicto real, él me estaba enseñando todo lo que sabía, pero llegado el momento, debía ser yo quien tomara las directrices de mi propia vida, ya no podía depender de nadie más, ni siquiera de él.

Ese fue un acontecimiento trascendental, un antes y un después, en esa fiesta todo cambió para mí, y entendía una realidad relevante de la vida, que los bienes valiosos eran escasos, y por ser escasos, así como codiciados, todos los querían más. Estaba allí, en medio de esa fiesta, adoptando la actitud de mujer importante, sin saber siquiera lo que hacía, haciendo de tripas corazón, hasta que me lo creyera, como él mismo me lo había dicho.

Alberto se acercó a mí mirándome como si no me conociera, como si nunca me hubiese visto.

- Hola hermosa, ¿cómo estás?
- Alberto...
- ¿Qué tal?, ¡guao!, cuando te vi entrar no te reconocí, la verdad es que me dejaste con la boca abierta.
- Ah... ¿sí?, pensé que era, ¿cómo fue que dijiste? Una fea sin gracia ¿no es así que dijiste?
- ¡Cielos! No, no recuerdo haber dicho nada de eso.
- Yo sí lo recuerdo.
- No, debes estar equivocada, yo nunca dije nada de eso, son solo chismes, no creas en nada

de las cosas que dicen aquí, jajajaja. Cielos, sabes cómo es la gente, siempre están inventando cosas. No hay modo de hacer callar a las personas, al menos que te vean, así como estás, ¡rayos!, ¡te ves genial!, —sus ojos me devoraban con avidez—.

- Te escuché diciéndolo, nadie me lo dijo, yo misma lo escuché, eras tú pronunciando esas palabras con tus labios, no puedes decir que no.
- Por favor, debe haber sido una broma, eso no fue en serio, sabes que todo es broma y nada es en serio ¿cierto? Además, ¿qué loco podría decir que tú eres fea?, debe ser un desquiciado, solamente uno podría decir algo así de una belleza como tú, no, tendría que estar loco el que diga tal cosa.
- Me pareció que todo lo que dijiste fue en serio, muy en serio, de hecho, me sentí...
- Hola, buenas noches, ¿cómo están por aquí?, dijo Federico pasándome el brazo por el cuello, ¿de qué hablan?, —y se notaba que estaba irrumpiendo en la conversación—.
- Cosas... —le dijo Alberto frunciendo el entrecejo—, hablábamos cosas interesantes hasta que llegaste a... interrumpirnos.
- Ah... ¿sí?, bien, entonces... cariño, vamos, recuerda lo que acordamos.
- Ah... eh... —expresé confundida, sin tener en ese momento la velocidad para entender de forma rápida lo que este me decía, no estaba acostumbrada a este tipo de subterfugios—.
- Sí, ¿recuerdas? —Dijo abriendo los ojos como platos—, ya hemos estado mucho tiempo aquí, es hora de irnos, aquí está aburrido, demasiado aburrido, —entonces hizo un gesto como si estuviese bostezando—.

Miré alrededor y la gente estaba bailando, gozando de la vida, mientras las luces brillaban de un lado a otro. Se veía animado y en verdad que estaba muy divertida, pero tenía que hacerle caso, él era quien conocía la manera de desenvolverse en ese ambiente. Yo solamente estaba fingiendo que no me moría de miedo, pero la verdad es que todo el tiempo que estuve allí me encontraba temblando.

- Ah... ok, sí, —dije ante su mirada que me gritaba prácticamente que me mataría—.
- Ajá, bien.
- Pero, ¿por qué te vas tan rápido?, vamos, podemos divertirnos aquí, —dijo tomándome por el brazo como si de alguna manera yo le perteneciera, o él quisiera que fuese así—.

Tuve en ese instante una extraña sensación, como si el poder estuviese de mi lado, en ese instante tenía el control, era algo que jamás había sentido. Al mismo tiempo experimenté asco, mucho asco por esas personas que eran tan falsas como para cambiar contigo de la noche a la mañana, que podían decirte todo lo contrario a lo que te dijeron días atrás, tan solo por algo tan fútil como un vestido y un poco de maquillaje, era sinceramente asqueroso.

Había sido muy tonta al querer que ese tipo de personas me aceptaran, ¿para qué?, si podía usarlos, podía obtener cosas de ellos con las mismas variables que manejaban. La verdad es que tuve otra revelación, sentí que podía usar sus debilidades, esa necesidad patológica de desear y querer la belleza, de valorar a las personas por esa razón, era la mejor arma para obtener todo lo que quisiera y ni siquiera se darían cuenta.

Sería igual que Federico, quizás mucho mejor, porque tenía sed, porque sentía rabia, lo que él tuvo, siempre para mí era una novedad, y ese impulso de obtener respeto, admiración y, sobre

todo, poder, me llevaría mucho más lejos que mi auto proclamado maestro. Miré a Alberto con desprecio, sentía el poder intensamente dentro de mí, era el descubrir que estas personas estaban tan debajo que casi los podía pisotear.

- No lo creo, —le dije—, la verdad es que Federico tiene razón, esto es increíblemente aburrido.
- Ah... vaya, pero tal vez pueda ir con ustedes a... bueno, a donde sea que vayan, en verdad que quisiera divertirme también.
- No, la verdad es que donde vamos no necesitamos de compañía, ¿sí me entiendes? —Le dijo picándole el ojo—, no entendía qué rayos estaba tratando de hacer, me sentí asombrada de su comportamiento.
- ¡Oh... rayos!, ¿en qué momento se conocieron ustedes dos?, es que no puedo entenderlo.
- No tienes que hacerlo cariño, es más, no sé ni por qué seguimos perdiendo el tiempo aquí, vamos Fede, vámonos de aquí.
- Sí, cierto.

Cuando salí de ese lugar, sentí que me quitaba un gran peso de los hombros. Respiraba, podía hacerlo, y en verdad no entendía en ese instante cómo es que él podía hacer eso todo el tiempo.

- ¿Qué tienes? Te ves pálida.
- Es que... no puedo soportar esto, esas personas, son insoportables, siento como si al salir de ese lugar finalmente pudiera respirar, rayos, es que no sé cómo lo haces todo el tiempo.
- Mmm, vaya... sé que esto no es para todo el mundo, si quieres podemos dejarlo hasta aquí, ya te enseñé mucho de lo que sé, ya te vengaste de ese tipejo, lograste lo que querías, ahora puedes seguir adelante, —y siguió caminando delante de mí—.
- Espera.
- ¿Qué?
- No sé, disculpa, es que ese ambiente es muy pesado, esas personas son... superficiales, tontas, la verdad es que sentí asco de ellas, de sus actitudes, ¿cómo pueden cambiar de la noche a la mañana conmigo, tan solo por un vestido y un poco de maquillaje?
- ¿Quieres que te diga la verdad?
- Sí, por supuesto.
- La verdad es que ellos no tienen la menor idea de por qué lo hacen.
- No entiendo.
- Esa es la verdad, no lo saben.
- Entonces, ¿qué quieres decir con eso?
- Solo son como marionetas que se dejan llevar por la inercia, eso, así es, así que no debería siquiera importarte, son tan variables, elementos, son como el viento, hoy creen una cosa y mañana otra, en fin, si te pones a ver es una gran ventaja.
- Ah... ¿sí?, explícame, —le dije abrigándome, porque en ese lugar el frío se estaba intensificando—.
- Ven, vamos a mi departamento y te contaré.
- Ok, está bien.

Subimos a su auto y al fin pude respirar, estaba calentito, agradablemente cálido, sin embargo, yo no podía salir de mi asombro, todo lo que había pasado me resultaba impresionante,

¿cómo soportaría vivir así, en ese mundo de falsedad donde nada, absolutamente nada era lo que parecía, en el cual ese ambiente pesado era prácticamente irrespirable?

- Sé lo que estás sintiendo, y me imagino que para ti debe ser muy difícil, para todos lo es al principio, pero luego te acostumbras y aprendes que ser bueno no es más que una utopía, eso sencillamente no existe, no hay buenos ni malos, solo personas luchando en este mundo, pugnando por sobrevivir.
- No lo sé, siento que no me acostumbro.
- Puede ser que esto no sea para ti, tal vez no tengas lo que se necesita, ya ves, no todos están hechos para algo así, quizás tú seas de las que deba pasar desapercibida entre el montón, hay personas que son así, les gusta eso, no quieren resaltar.
- ¿Eso quiere decir que piensas que soy una pusilánime crónica?
- Jajajaja, no lo sé, dímelo tú, jajajaja, usas cada palabra, jajajaja. Bien, dímelo tú si lo eres o no.
- Por supuesto que no lo soy, ¡cielos!, ¡claro que no!
- Bien, entonces veremos si es así.
- Pero, ¿pasé la prueba?
- Jajajajajajaja. Oh... rayos, no, pobre de ti, no estás ni cerca, jajajajajaja.
- ¿Qué quieres decir con eso?
- Que te falta mucho para llegar donde debes, para dominar a los hombres como deberías, para ser una cazadora de verdad.
- ¿Cómo es eso?
- Así como lo oyes, ahora es que te falta ranking para merecerte ese nombre.

Pensé que estaba loco, en ese momento no podía entenderlo, todo lo que ahora me es tan natural como respirar, en ese instante apenas podía soñarlo, ni siquiera imaginar que pudiera ostentar ese tipo de poder en mis manos. Me reí, pero era la verdad, no puedes saberlo hasta que lo ves en retrospectiva y entiendes tu propia pequeñez, comprendes tu propio estado de finitud.

- Sí, —le dije en ese momento—, por supuesto que lo tengo, lo sé, lo siento dentro de mí, —mientras lo decía él esbozó una sonrisa de medio lado, como si supiera exactamente lo que yo iba a responder—.
- Bien, esa es la actitud.
- ¿Cuál?
- La de no dejar que nadie te convenza de lo que quieres tener o ser.
- Es decir, que simplemente estás jugando con mi mente, bastardo, ¿es eso lo que estás haciendo?
- Jajajajaja, no, solo estoy probando tu carácter.
- ¿Así que es cómo serán las cosas entonces?
- Sí, es necesario, debes estar preparada siempre, todo el tiempo, jajajaja, lo siento, es parte del entrenamiento.
- ¿Lo hicieron contigo?
- Sí, mi padre era mucho peor que yo, así que agradece que no fuera él quien lo hiciera, aunque, a decir verdad, él jamás te entrenaría.
- ¿Por qué?

- Nunca le enseñaría a una mujer estos secretos, de hecho, si estuviese vivo, me reprendería severamente por hacer lo que estoy haciendo contigo.
- Todo eso suena como una locura.
- Jajajajaja, pero es una locura útil que te servirá para todo en la vida.
- Ok, pero la verdad es que ya no estoy tan segura.
- Debes estarlo, sino todo lo que hagamos no servirá de nada.
- ¿Qué haremos?, ¿para dónde vas?, pensé que íbamos a tu departamento.
- No, haremos algo primero.
- ¿Qué cosa?
- Probaremos si estás preparada para seguir al siguiente nivel.
- ¿De qué mierda hablas?, —le dije extrañada—.
- Te hablo del momento en que los novatos se distinguen de los expertos, en que los niños se diferencian de los hombres, bueno, mujer en tu caso.
- ¡Cielos!, dime ¿qué rayos te propones ahora?, me matarás del susto.
- Exacto, debes sacar tus miedos, dejarlos de lado si quieres avanzar en este camino, de lo contrario, nada de lo que haga va a servir, sería total y completamente inútil.
- Dime ¿qué pretendes?, —le pregunté muy nerviosa—, no tenía idea de lo que este hombre quería hacer y mi corazón nuevamente comenzó a latir con fuerza.
- Iremos a un lugar que es como mi prueba de fuego.
- Ah... ¿sí?, ¿qué lugar es ese?
- Tentación.
- Ah... ¿qué es eso?
- Jajajajajaja. ¡Oh... vaya!, contigo todo siempre es de cero, no puedo creerlo, no puedo creer que no sepas lo que es Tentación, magnífica inocencia la tuya, eso me gusta.
- ¿Cómo rayos voy a saberlo?, nunca ando en ese tipo de lugares, debe ser un antro de lo peor.
- No, para nada, de hecho, es un lugar bastante elegante y de buen gusto, aunque muy apropiado para conquistar y, sobre todo, para dejarte ver por otros.
- ¿Dejarme ver por otros?
- Así es, no sabes que el marketing es importante, no solo hay que serlo y parecerlo, la tercera regla dice que todos los demás también tienen que hacerlo, sino, la verdad es que no tiene ningún sentido.
- ¡Rayos!, contigo siento que no sé nada de la vida, es increíble todo el conocimiento que alguien puede acumular, jajajajaja.
- Así es querida, es la experiencia y yo te la estoy brindando a ti, de gratis, deberías considerarte afortunada en vez de estar protestando.
- No protesto, solamente estoy tan asustada, que casi me hago en los pantis, jajajajaja, ¡rayos!, sí que estoy asustada, ¡maldición!
- Bien, tengo la solución para eso también, solo respira a todo lo que den tus pulmones, respira, ¿sí?
- ¿Estás loco?
- No, funciona, solo hazlo.
- ¡Estás loco!
- Puede ser que lo esté, pero hasta ahora todo lo que te he dicho ha funcionado, ¿no es así? Entonces solo hazlo, vamos, cielos, respira, ¡maldita sea!

- Bien, ya voy, ¡cielo santo!, ¡eres insoportable!, ahhhhhhhhh...
- Jajajajajaja, rayos, sí que gritas duro, bien, ya listo.
- Entonces ¿qué?, sigo con nervios, esto no está funcionando.
- Bien, respira mientras llegamos, eso te va a servir de mucho, ya verás.
- ¿Para qué tanta cosa?, me veo bien, de seguro...
- No has aprendido nada, esto no se trata de verse bien, sino de lo que puedes hacer con eso, si solo te ves bien, pero no te sabes comportar, de nada te servirá porque solo tendrás la atención por unos pocos segundos.
- Ok.
- No me mires así, esta es la forma en que el mundo funciona, es así como son las cosas, no hice al mundo, solo... digamos que trato de moverlo, nada más.
- Ah... sí, claro, por supuesto, tratas de moverlo, ¡cielo santo!

En verdad que estaba tan nerviosa que casi me hacía en los pantis, mi corazón latía con fuerza, tanto que parecía que se me estaba subiendo hasta llegarme a la boca, mis manos temblaban tontamente. Estaba fría como el hielo y sentía un extraño sabor en la boca, agrio, algo que me pasaba a menudo cuando me ponía nerviosa.

- ¿Respiraste?
- Sí, pero esto no funciona, —le dije riendo nerviosamente—.
- Jajajaja, sí funciona, ya verás, solo traga fuerte y adelante.

La música era tan fuerte que apenas podía escucharle, las luces generaban una atmósfera agobiante, tanto que apenas podía respirar. Era eso o el terror que ahora me invadía, el de no saber en lo que me estaba metiendo, o el de saber que tal vez, en el fondo de mí, no era quien había pensado hasta ese instante, y que otra persona estaba allí, en algún rincón de mi alma, esperando por despertar.

- A ver, te explico lo que haremos.
- ¿Qué?
- Haremos un juego.
- Eso suena aterrador.
- Jajajajaja, no seas tonta, vamos, juguemos, te aseguro que te va a gustar.
- Ok, está bien, ¿de qué se trata ese juego?, ¡cielos!, ¡me matarás de un susto!
- No te preocupes, eso es normal, si recuerdas, como te veías desde que nos encontramos en la escalera has avanzado ¿no es cierto?
- Eso creo, pero solamente por fuera, dentro de mí estoy tan asustada como ese mismo día.
- Tranquila, eso se quita con la exposición, ya verás, te lo dice un experto.
- Si tú lo dices...

Miró todo el lugar como si estuviese evaluando la situación, estaba analizando todo lo que pasaba a nuestro alrededor, inspeccionando el lugar como si fuese un científico, sus ojos esculcaban cada espacio de forma minuciosa, entonces sonrió como si fuese encontrado lo que quería.

- Ese... —dijo señalando discretamente a un chico que estaba sentado en la barra tomando

una cerveza—.

- Ese ¿qué?
- Ese chico, es el que he elegido.
- ¿Para qué?
- Esto es un juego, una apuesta, digámoslo así.
- ¿Una apuesta?, ¿a qué te refieres?
- A eso, una apuesta, si puedes seducir con el menor esfuerzo a alguien que haya escogido al azar, esa es la primera etapa del juego.
- Bien, entonces...
- Ya te dije, ¡rayos!, ¿por qué tengo que repetirme tantas veces las mismas cosas? Solo seduce a ese chico, baila con él, no sé, lo que se te ocurra.
- ¿Cómo sabes si llego a conseguirlo?, es decir, podría fingir o decirte que fue así.
- Jajajaja, primero, ese tipo de cosas no se pueden fingir, si le llamas la atención a un hombre le llamas la atención, es así y yo lo notaré, porque me sentaré por aquí convenientemente a ver qué tal estás avanzando. Además, me traerás su número de teléfono y harás lo que sea por conseguirlo.
- ¡Todo un cliché!
- Así es, todo un cliché.

Su actitud era ridícula, la de un profesional que evalúa, como si realmente él tuviese alguna especie de poder, un verdadero legado que debía cuidar de forma extrema a aquellos que no supieran ostentarlo.

- Entonces, ¿qué haremos?
- Moverás tu lindo trasero hacia la barra, donde está ese chico y yo me sentaré con un whisky aquí arriba, a donde pertenezco, desde allá te veré, evaluaré y daré mi veredicto, jajajajaja, pero una sola cosa, antes que vayas, ven aquí.
- ¿Qué?
- Acomódate esto, —dijo subiéndome un poco el escote—.
- Pensé que era bueno mostrarlo.
- No a este nivel, es muy fácil solo usar tu pecho, pero una verdadera seductora usa otras estrategias, eso es lo que queremos ver, así que andando.
- Ok.
- Espera.
- Ahora ¿qué?
- Recuerda las normas, no demuestres debilidad y no te enamores.
- Jajajaja, ¿cómo podría enamorarme de un extraño?
- Pasa, en verdad que pasa, así que ya lo sabes, ese chico es simplemente una prueba, nada más, luego de esta noche no lo verás jamás en tu vida ¿entiendes? Me dijo con gesto severo.
- Entiendo.
- Nunca rompas esa regla o sufrirás las consecuencias.

Estaba muy nerviosa mientras caminaba hacia donde el chico estaba, no lo había visto bien, pero en cuanto me acerqué pude verlo, él era precioso, era un rubio hermoso y elegante, tan rubio que hasta su barba tenía ese color. Poseía un perfil muy interesante, en verdad que era guapo,

¡rayos!, ¿cómo no podría gustarme alguien así?, me lo preguntaba justo en ese momento.

Mi mente comenzó a volar, ¿qué rayos haría para llamar su atención?, parecía que estaba en otro mundo, quizás pensando en algo o en alguien importante. No tenía la menor idea de lo que haría, pero se veía como uno de esos casos difíciles, al menos para una persona inexperta como yo.

El chico de la barra me miraba fijamente de una manera extraña, sus ojos me recorrieron de arriba abajo, y de pronto sonrió divinamente, como si luego de su análisis hubiese realizado su veredicto, y este, a juzgar por su reacción, resultaba completamente favorable. No sabía qué hacer, tenía que admitir que estaba completamente perdida.

- Hola hermosa, ¿quieres algo?
- Eh... sí, bien...
- Te recomiendo esto, —me dijo el chico—, ¡está muy buena!
- Ah... la verdad prefiero el whisky, —y no sé de dónde salió todo eso—.
- Oh... buena decisión, whisky, se nota que eres una chica de whisky. Yo tengo una teoría al respecto, —dijo de pronto volteándose a verme con sus preciosos ojos azules—.
- ¿Cuál?, —le dije sonriéndole y aprovechándome de la situación—.
- Que se puede dividir al mundo en dos tipos de mujeres.
- Ah... ¿sí?
- Sí, así es, —dijo llevándose su cerveza a la boca con suficiencia y al mismo tiempo sonriendo de manera animada, como si le gustara despertar mi interés—.
- Ok, —y lo ignoré como dándole a entender que, si quería llamar mi atención, tendría que hacer mucho más que ese débil movimiento—.
- ¿Quieres saberlo?
- Pues, no particularmente, —le dije—.
- Bien, pero es interesante.
- Ok, si tú lo dices.
- Jajajajaja, bien, hay dos tipos de chicas, las que le gustaban las cervezas, las cuales son divertidas, cálidas y lindas, y las que son como tú.
- ¿Qué significa eso?, —dije levantando una ceja—.
- Las que les gusta el whisky como tú, son especiales, no necesariamente cálidas o agradables, pero son aquellas con las que todos quisiéramos estar.
- Ah... ¿sí?
- Sí, aunque sé que eso ya lo sabes, se nota en tu actitud que es así.
- Ok, si tú lo dices, —y actuaba como si no le diera mucha importancia a nada de lo que este hombre decía—.
- Jajajajajajaja, eres una chica encantadora, en verdad que lo eres y como todas las que realmente valen la pena, se comportan como si el mundo fuese suyo, y... ¿te digo un secreto?
- No sé ¿tengo alguna otra alternativa?
- Jajajaja, pues sí, pero creo que en el fondo deseas saber lo que tengo por decir.
- No sé, pero me pregunto entonces ¿en qué tipos de hombres se divide el mundo, según tú por supuesto?

- Jajajajaja, eso está bien, la verdad es que también tengo una hipótesis al respecto.
- ¿Quién quiere estar hablando cuando esa buena música se escucha?, —dije de forma inesperada, de una forma en que yo misma me sorprendí, y mucho más cuando avancé con ese trago de licor hacia el centro de la pista, como si lo hubiese hecho toda mi vida—, entonces comencé a mover mis caderas al ritmo de la canción, y él se volteaba completamente a mirarme.

Me di la vuelta como si no me importase y seguí bailando, mientras noté cómo los hombres del lugar me miraban con atención. Las luces me seguían, incluso, ellas me ayudaban a crear una atmósfera de seducción, y casi como magia, sentí alguien a mi lado. Era ese chico rubio estaba como hechizado mirando mis caderas y recorriéndolas con tanta avidez, que sentí la sensación de su mirada en mi piel, con una intensidad profunda e inesperada.

Instintivamente miré hacia la parte de arriba, y allí estaba Federico con una extraña sonrisa, como si evaluara realmente cada cosa que estaba haciendo, analizando todo lo que pasaba a nuestro alrededor. Era una situación inusual y profundamente absurda para mí, pero parecía que él estaba como pez en el agua, gozando de lo lindo con mi desempeño amateur.

Seguí bailando como si no supiera perfectamente que él estaba allí, a mi lado, manteniendo mi ritmo como si estuviera encantado y copiando mis movimientos sin apenas percatarse de lo que hacía. Era tan tonto todo, antes pensaba que este mundo era algo utópico y casi inalcanzable, pero ahora, esto resultaba inesperado, casi risible, porque tan solo con un movimiento de mi mano podría tomarlo para mí y hacer lo que quisiera con él, lo podía ver en sus ojos, lo hubiese hecho, si ese fuera el objetivo.

Lo tenía en mis manos, podía apretarla y hacerlo añicos, pero no tenía ningún sentido, porque esa noche era solamente una prueba y nada más. Luego de eso no lo vería nunca más en mi vida, así de fácil, aunque era por supuesto mucho más fácil decirlo que hacerlo, y me estaba costando, no podía negar que era un hombre increíblemente guapo, tan guapo que quería quedarme un rato más con él, estar allí con este chico que se interesaba en mí, y que, sin embargo, debía dejar como si nada, aunque jamás hubiese tenido ese tipo de atención y mucho menos de hombres como ese.

- ¿Te gustaría venir conmigo a bailar?
- La verdad es que vine a disfrutar sola, lo siento.
- Vamos, no seas así, baila conmigo un momento, solo eso te pido.
- Ok, muy bien.
- Me gustaría saber más de ti, ¿cómo te llamas?
- Mi nombre es Penélope.
- Lindo nombre, muy sexy igual que su dueña.
- ¿Y tú eres...? —Le dije riendo ante la poca imaginación de este hombre para llamar mi atención, era hermoso, pero no muy creativo que digamos—.

Sus manos volaron hacia mi cintura, sentí un estremecimiento instantáneo, mi cuerpo reaccionó ante la inesperada presencia masculina. Claro que había estado con un hombre, por supuesto, pero no con alguien así, este tipo de hombres siempre estaban fuera de mi liga. Y ahora, no entendía cómo llegaban frente a mí de forma fácil y espontánea.

- ¿Puedes darme tu número de teléfono?
- Jajajajajaja.
- ¿Qué quieres decir con esa sonrisa?
- Eso jamás lo conseguirás.
- Ah... ¿no?, ¿estás segura?
- Sí.
- Entonces toma el mío —y sacó una tarjeta de su bolsillo—, la miré casi aguantando la risa, diseñador, Gabriel Sánchez, rubio, hermoso y totalmente dispuesto a tener algo conmigo, —dije para mis adentros—.

Allí comprendí lo fácil que era tener al mundo en mis manos, tan solo debía conocer y mover los hilos adecuados. Lo miré y sonreí, esos grandes ojos eran muy bonitos, pero no lo suficiente para que dejara de lado todo lo que estaba avanzando, quería más, debía lograrlo, un premio mayor me esperaba y con él su recompensa.

- Entonces... —me dijo sonriendo—, ¿me llamarás?
- Entonces, ¡adiós!, —y caminé fuera de la pista sin voltearme siquiera a verlo, fui hacia la parte superior donde mi maestro me esperaba para darme el dictamen—.

Era una sensación poderosa la que estaba experimentando mientras subía esas escaleras, era como si no fuese la misma chica, había pasado tan solo unas semanas y ya era otra persona, una mujer fuerte que podía tomar las riendas de su vida de una buena vez. Coloqué la tarjeta en la mesa y me miró sonriente, sentí una sensación poderosa cuando lo hice, fue como decirle “soy capaz y ¿qué?”.

- Sabía que podrías, siempre lo supe.
- Yo también, —le contesté—, y supe que desde ese momento era capaz de cualquier cosa, la sensación era embriagadora, él tenía razón, me faltaba mucho, pero ese día fue un antes y después, y ya nunca fui la misma.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO V

Punto de vista

Eran las 8:00 de la mañana y me estaba despidiendo de México, el lugar donde había estado los últimos tres años, pero ya era momento de seguirme expandiendo, y ¿qué mejor lugar que mi propio país y con mi mejor amigo Federico Román, quien me enseñó en parte todo lo que sabía?

Cuando llegué a Venezuela eran las 2:00 de la tarde, y me sentía un tanto cansada. El taxi me estaba esperando, yo solamente deseaba acostarme a descansar, pero al mismo tiempo tenía una idea en mente, una muy pícaro que estaba dando vueltas en mi cabeza. Federico no sabía lo que estaba por pasarle, me reía, era tan poderosa cuando tenía esa sensación en mí, era la fuerza de saberme, entender todo lo que ostentaba en mí.

Mientras caminaba hacia el taxi se me quedaban mirando, era la belleza, sí, pero también la seguridad que me daban los años, la experiencia de mis 32 primaveras, como me gustaba decirle, y ya casi eran 33. Por eso mismo había venido para sorprenderlo, pero tal vez la sorprendida iba a ser yo misma.

Conservaba todavía la estúpida llave de su departamento, esa que me había dado una vez mientras estábamos en nuestras correrías para facilitar todo. Era una especie de ritual que teníamos, algunas veces él venía a mí o yo a él, cuando terminábamos con nuestras parejas, nos gustaba consolarnos así, bueno, si a eso se le podía llamar una pareja, si se podía calificar como tal a un conjunto de personas que cumplían con la tarea de acompañarnos o darnos placer en algún punto de nuestras historias.

- Buenas tardes, señorita.
- Buenas tardes.
- ¿Hacia Caracas?
- Sí, gracias.

La carretera me era conocida, disfrutaba cada color y tramo como si pasara todos los días por ella, me gustaba ese tipo de vegetación xerófila y encantadora que iba dando paso a la más profunda y verde, a medida que nos acercábamos a la ciudad. El mar de La Guaira había quedado atrás, al igual que la vida que había llevado hasta ese momento, todo había cambiado, el terminar con ese novio lo hizo y comprendí que era el momento de comenzar de nuevo, no tenía miedo de hacerlo, mi socia se había quedado en esa agencia donde todo funcionaba a pedir de boca.

Pero si había algo que yo detestaba era la seguridad, necesitaba de algo nuevo, construir una cosa de cero y el reto que eso implicaba. La sensación de lo inesperado me producía un agradable temblor interno, la adrenalina corriendo por todo mi cuerpo, y todas esas nuevas experiencias que me esperaban en ese lugar, el lugar que por tanto tiempo había sido mi hogar, y que, ahora, seguramente, me recibiría con los brazos abiertos otra vez, como una madre amorosa a un hijo que vuelve desde lejos.

Cuando llegué al hotel seguía hilvanando la idea, busqué el exótico traje que tenía en mi

maleta, sonreí al encontrarlo, rojo, de seda, lo había comprado en Dubái y quería probarlo, vi todo en mi mente con claridad, y él sabría de lo que era capaz. Al mirarme al espejo me di cuenta que, sin duda, necesitaba de un buen sueño, esta belleza durmiente debía prepararse para el sexy acto, y el pobre Federico se llevaría la sorpresa de su vida.

- Señorita ¿qué hace?
- ¿No me reconoces Edgard?, soy Penélope.
- Ah... sí, claro, usted es la señorita Penélope, ya veo, el señor no está arriba.
- Lo sé, por eso quiero subir para darle la sorpresa.
- Pero, señorita, es que...
- No te preocupes Edgard, él me conoce muy bien, eso lo sabe, —le dije sonriendo—.
- Pero no puedo dejar que suba.
- Dañarás mi sorpresa, él y yo somos los mejores amigos del mundo, sino fuese así, ¿cómo es que tengo esto?, —y le mostré la llave—, ¿lo ves? Aquí la tengo.
- ¡Oh... rayos señorita!, ¿por qué ustedes no se ven como dos personas normales, así como todos los demás?
- Jajajajajaja, porque eso es muy aburrido Edgard, demasiado aburrido, y si hay algo que detesto es eso, lo normal ¿sí me entiendes?
- Creo que sí.
- Bien, entonces, ¿me dejarás subir? —Le dije insinuante y acercándome a él—, instantáneamente lo vi en sus ojos, era ese gesto que provocaba en los demás, una mezcla de miedo, admiración y amenaza.
- Ok, muy bien, suba señorita, pero ya sabe, por favor, no haga nada extraño o me meteré en un tremendo lío.
- No te preocupes Edgard, solo le prenderé fuego a todo esto, jajajajajajaja.
- ¡Cielos, no!, —dijo mirándome asustado—.
- Jajajajajajaja, Edgard, ¡por todos los cielos!, por supuesto que es una broma, no te vayas a morir, mira que me meterás entonces en un lío, jajajajajaja, rayos Edgard, tú sí que no entiendes lo que es una broma.

Monté mi escena y quedó tal cual como lo quería, se vía genial, con velas y un ambiente enteramente sensual, así como me gustaba, estaba encendiendo esa llama de pasión, quería quemarme en ella. Sonreí, estaba perfecto, ahora solamente quedaba vestirme y esperar, tan solo esperar, pero estaba claro que esa no era precisamente una de mis virtudes.

- Bien, idiota, ahora veremos qué pasa, a ver si no has perdido el toque, y si yo no he perdido el mío.

Todo estaba preparado y tal cual como acordamos Edgard me llamó en cuanto había llegado. Me preparé, ese pobre incauto no sabía lo que le esperaba. Sentí el inequívoco sonido de la puerta, entonces la música comenzó a sonar, una sensual música que había escuchado en mi viaje a Dubái, hermosa, exótica, justo lo que necesitaba para caldear la fogata de mi corazón y cuerpo.

Cuando entró, casi tuve que contener la risa, ese idiota estaba casi pálido por la impresión. Pero, no obstante, fue justamente ese momento, en que vi algo en sus ojos, estaba allí presente antes de percatarse de la novedosa situación, eso fue lo que más me llamó la atención, ese gesto

que observé en sus ojos. Este parecía una inconformidad, un vacío habitaba en su corazón, y eso era realmente preocupante, no me gustó lo que vi.

Pero luego cambió y parecía emocionado de nuevo, tal vez era algo pasajero, quizás el día no se había dado como él lo esperaba, tal vez solamente era eso. La música siguió sonando y salí a mi escena, tardó unos segundos en reconocermelo el muy desgraciado, hacía tanto tiempo que no hacíamos algo como esto, tal vez ya se había olvidado lo que significaba pasar una buena noche.

Comencé a bailar, ondeando mis caderas tal cual como lo había aprendido, moviendo las grandes mangas de ese traje que dejaba expuesto mi tonificado abdomen, ahora era una mariposa revoloteando por todo el lugar, y él lo sabía. Me movía con gracia, y sus ojos estaban conmigo, era un hipnotizado, su mirada me seguía de un lado al otro.

Parecía mentira cómo hacía 10 años él se sentó al lado de una chica desabrida, mal vestida y desanimada, pero la persona que hoy estaba frente a él era una muy diferente, completamente distinta, hermosa, fuerte y, sobre todo, muy segura de sí misma. Antes lloraba por idiotas, alguien como Alberto, pero hoy en día eran ellos los que lloraban por mí, ni una lágrima saldría nunca más de mis ojos por ningún hombre.

Ahora era una mujer poderosa que tenía el control de su vida, capaz de hacer todo lo que se proponía en la vida, ¿y qué mejor manera de empezar a hacerlo que así, junto a mi mejor amigo, maestro y confidente? A mis 32 años nunca había conocido a otro como él, con el mismo instinto de vida, de aventura, con ese sentido descomplicado. Es la existencia misma, nadie, nadie amaba tanto la vida y el riesgo como Federico, por eso es que me gustaba su amistad y compañía, éramos como las dos caras opuestas de una misma moneda.

Se siguió oyendo la música, otorgando un ambiente agradable y delicado, exótico, un ambiente cálido, sensual, y él lo estaba disfrutando en grande, lo veía en su mirada, estaba ansioso, pero debería esperar, y al igual que yo, ese no era uno de sus fuertes. Sonreí mientras bailaba, sabía que mi cuerpo se movía de una manera maravillosa, deseaba mis caderas, quería tenerlo, poseer su cuerpo mientras estaba sentada sobre él, quería lo mismo, lo había estado esperando desde hacía mucho tiempo atrás.

Él me seguía con la mirada, como si fuese una encantadora de serpientes y él me presa, en ese instante era una odalisca y él mi rehén. Se estaba llevando la sorpresa de su vida, pero no era como un sultán, no, mi esclavo, eso era, y esta noche haría lo que me diese la gana. Entre las hermosas y cálidas luces contoneé mi cuerpo con astucia y atrevimiento, con las velas perfumadas con aroma a jazmín por todo el salón, ese era su perfume favorito y el mío, sencillo, limpio, fresco, la exacta cantidad de flor, críticos y de todo.

Tomé una de las velas, estaba tan caliente que la cera se escurría en ella, me acerqué entonces para derramarla sobre él, se estremeció completamente. Era el dolor del placer, alguien me dijo una vez que ese era el más agradable de todos los placeres que existían.

Vi su cara, tenía un gesto indescifrable, no de dolor, sino de placer, era la sensación de quien está más allá de todo, esperando, sabiendo lo que pasará luego, lo anticipa, lo quiere. Yo estaba allí para dárselo y tomarlo, para apoderarme de él con toda la fuerza que poseía, mi cuerpo y mi

voluntad así lo declararon y se cumpliría.

Su cuerpo es hermoso, es un hombre cada vez más bello. Estos años le habían sentado muy bien, esos grandes ojos grises, la línea de sus labios, esa barba sensual y entrecana, su cabello en el mismo tono, esa fina línea que se había ido marcando en su entrecejo, y que contribuían a darle un aspecto más masculino y sexy. Sus ojos brillaban de una manera especial, como si en verdad estuviese emocionado, como si solo tuviera ojos para verme, era extraño sentirlo así, como si estuviésemos unidos por algún hilo invisible que solo podía sentirse, pero no percibirse tangiblemente.

No podía esperar más, se acercó y me tomó por la cintura, haciéndome sentar en su regazo, ese cuerpo fuerte y cálido, estaba tan tibio que el mío también se calentó en grado sumo. Todo mi cuerpo se llenaba de vibraciones, me encontraba completamente estremecida de pies a cabeza, la seda rodó suavemente por el piso cayendo suavemente, de forma casi artística, dejando mi cuerpo al descubierto, mi hermoso cuerpo, el cual había trabajado con disciplina para que se viera mejor.

Ahora era mi turno y comencé a quitarle la ropa lentamente, él se estremeció entre mis manos, las mías parecían estar llenas de fuego, de lava que iba marcando ese territorio lleno de accidentes, tatuajes, lleno de vida. Sus vellos eran la muestra de que el mundo estaba hecho como se debe, él era tan sensual, ese cuerpo masculino, tan fuerte y recio, incluso en su aroma, me gustaba eso, había percibido a muchos de ellos, pero nada podía compararse con su aroma.

Acaricié su piel con mi nariz en forma delicada, al mismo tiempo que lo seguí acariciando, me monté sobre él y apreté mis piernas con fuerza, estaba tan excitado, era mío y estaba en mis manos. Seducido y abarrotado del más intenso de los placeres, arqueó la espalda con fuerza, su cuerpo fuerte era mío, comenzó a susurrar cosas ininteligibles, pasé mis manos otra vez por toda su geografía, y él respiró con fuerza, estaba tan ansioso que apenas podía esperar.

En ese sentido seguía siendo mío, sé que él lo sabía, que más nadie podía hacerlo sentir como yo, que mis manos poseían la habilidad de un escultor y su cuerpo era la arcilla que estaba dispuesta a dejarse moldear por mí. Me subí sobre él, estaba tan excitado que apenas podía contenerse, nos entregamos al placer, era el ambiente preciso, la forma debida en que dos fuerzas iguales se unían causando su propia y maravillosa destrucción, no había nada igual a eso.

Pasaban las horas y seguíamos en lo mismo, sentí la satisfacción del control, de ese poder que tiene la seducción, sé que no hay nadie así en su vida, que quizás nunca la haya, y eso me brindaba una gran satisfacción. Sus gemidos y gritos eran poesía en mí, no sabía cuánto tiempo había pasado y tampoco me importaba, pero el placer me había llenado de todas las formas posibles.

- ¿Te ha gustado la sorpresa? —Le dije sonriendo—.

¡Qué pregunta!, —me digo—, ¿cómo es que puedo preguntarle algo como eso?, creo que no existe un hombre sobre la tierra que no disfrutaría una sesión como esa. Es el sueño erótico de todos, una bella mujer danzando para él y dispuesta, no a cumplir lo que él diga, sino a hacer lo que quiera, lo que le dé la gana con su cuerpo, dispuesta a imponerle su voluntad como se haría con un esclavo.

Él sabía que por hoy era el afortunado y también que era uno entre muchos otros, lo veía en sus ojos. Sí, él es especial para mí, ¿cómo no habría de serlo?, pero las reglas son las reglas, no debes mostrar debilidad, esa es la primera y la más importante, porque abre paso a todas las demás, y nunca las quebranto, porque es como abrir la puerta del abismo.

- ¿Qué crees? —Contesta—.
- Parece que sí, jajajajajaja, —me estiré complacida con el hallazgo, porque todavía estaba bajo mis manos—, era masilla entre ellas, y lo disfruté, no sé si porque en verdad me gustaba estar con él o es porque experimentaba algo especial al tener el poder de hacerlo gemir y suplicarme por más.
- ¿Qué hora es? —Le pregunté—.

Tenía tantas cosas por hacer, pero ese no era el verdadero motivo de mi apuro, sino una de mis normas personales de no quedarme con nadie, al menos en la medida de lo posible, ese momento en que te acercabas e inevitablemente surgía una especie de intimidad podría ser muy peligrosa. Además, me gustaba la comodidad de estar en un buen hotel y dormir sola, totalmente sola sin que nadie invadiera mi mundo, así es como debía ser, los hombres solo estaban para obtener placer de ellos, para lo demás no los necesitaba.

- Son las 4 y media.
- Ok, —y me coloqué de medio lado—, estaba un tanto impaciente, con él debía cuidarme mucho más que con los otros, sabía demasiado, y eso siempre resultaba peligroso.
- ¿Te quedarás? Me pregunto si por alguna buena razón te gustaría quedarte aquí, sé que... bueno, ya sabes, conozco lo que te gusta, pero...
- No lo sé, todavía no estoy segura, jajaja.
- Vamos, quédate, está oscuro, quédate un rato más, no es bueno que te vayas a esta hora.
- Mmm, no lo sé, tengo cosas que hacer, demasiado trabajo, la verdad es que tengo muchas cosas por hacer. —Me miró con cara de “ya lo dijiste”, tengo todas las excusas del mundo por inventar, pero no sé, esos ojos grises hablaban, esa mirada se encontraba ahora llena de tanta vida, y me pregunté ¿de dónde sacaba el brillo de su mirada?, uno lleno de misterio y pasión, una expresión muy diferente a la que vi apenas entró a su departamento porque estaba llena de sombras—.
- No creo que lo vayas a hacer a esta hora ¿o sí?
- Podría ser, ya sabes cómo soy, si me gusta algo o me apasiona, lo hago en el momento que sea y como sea.
- Lo sé, pero no creo que sea eso.
- Entonces ¿qué piensas, a ver?, —dice levantando una ceja—, ¿cuál es tu teoría?
- Dime la verdad, ¿alguien te está esperando? Es eso ¿no es cierto?
- Jajajajajajaja, si fuese así ¿tendría que importarte?
- Vamos, no seas así.
- Yo no me meto en tus conquistas.
- Lo sé, pero me da curiosidad.
- La curiosidad mató al gato, querido.
- Jajajajajajajaja.
- La verdad, me siento bastante cansada, quiero ir a mi cama, ya sabes que no me gusta

- dormir así, con otro cerca de mí, me incomoda mucho.
- Oh... vaya, sí que lo sé, pero digamos que tu cansancio no es mi culpa, pero igual deja que te consuele.
 - Jajajajajaja, ¿consolarme?, ¡cielo santo! No, ¡por todos los cielos!, ¡claro que no!, no necesito consuelo de nadie. Mucho menos de alguien como tú, jajajaja, imagínate, no, ¡qué terrible!
 - Ok, pero tú también eres una persona terrible, ¿o fui yo el que planifiqué todo esto e irrumpí en el departamento de otra persona y monté toda esa escena? ¿Cómo es que todo esto entonces es mi culpa?
 - Jajajajajajaja, bien, es mi culpa, pero sé que te encantó la sorpresa, conozco esa cara tuya, sé que te gustó, jajajajajaja.
 - Ahora entiendo la cara de Edgard, jajajaja, el pobre sabía cómo disimular que estaba aquí.
 - Oh... sí, le hubieses visto la cara, pobrecito, le hice prometer que cuando llegaras no te dijera nada, jajaja, pero el pobre tiene cara de metiche, le debe haber costado mucho no decirte nada.
 - Y me la diste... no sabía que estabas aquí, pensé que todavía te encontrabas en México.
 - No, como ves, ya no estoy en México.
 - Me alegra que sea así, me alegra mucho, de hecho.
 - Oh... se nota, lo demostraste con creces.

Hablaba mientras acariciaba ese cabello mío, que era como una corona, la muestra de todas las audacias que hicimos anoche, estaba totalmente enredado como testimonio de todo eso. Sabía lo que pasaba por su mente en ese instante, yo también pensé lo mismo, quería comérmelo todo, hacerle tantas cosas, muchas de las cuales resultaban tan profanas que ni siquiera podían decirse en voz alta. Él desataba mis más oscuros instintos, era como un click, y todo lo prohibido se abría paso.

- Bien, ¿y qué me cuentas tú?
- Eso te digo yo a ti.
- Cuando llegaste traías una cara... jajajajaja, debiste verte, sí que... ¿estás en el lapso? ¿o no es así? —Le dije, era la curiosidad de saber qué rayos le estaba pasando—.
- Bien, sí, estoy en el lapso, esa chica ya se estaba haciendo ideas extrañas, sabes cómo es, no entiendo por qué las mujeres se terminan apegando tan rápido a alguien, no entiendo, son mujeres hermosas, independientes, ¿para qué querrían algo como eso?

No estaba muy convencida de su explicación, su cara hablaba más que las palabras, era un artífice del engaño, al igual que yo, por eso no podía engañarme con explicaciones fútiles. Sabía cada uno de sus movimientos y estrategias, estaba tratando de ocultarme algo, lo veía en cada gesto, había algo dentro de él que lo inquietaba profundamente.

La “debilidad de las mujeres”, lo que les hacía caer una y otra vez, sus sentimientos más profundos. Un amor que por no ser valorado se convertía en un arma, no por el amor mismo, sino por la incapacidad de los hombres para entenderlo. Por esa misma razón no demostraba nada, no sería una presa fácil, y como él mismo me lo había dicho una vez, solo tienes que fingir hasta que te lo creas, así mismo yo lo había hecho, fingir que no sentía nada por nadie hasta que terminé creyéndolo, matando cualquier sentimiento dentro de mí antes de que se volviera más grande y se

apoderara de mí.

- Pues, es bastante complicado, de hecho, creo que es una profunda necesidad de sentir compañía, con quien compartir esa capacidad de amar que tienen las mujeres.
- Ah... ok, pero tú también eres mujer, —y me miró con sospecha, como si no creyera en mis palabras, no entendía que a veces la forma más fácil de eludir los sentimientos era matando el corazón mismo, la fuente de todos los males—.
- Jajajaja, sí, y es algo que particularmente me gusta.
- A mí también, jajajaja.
- Bien, la verdad es que soy mujer, pero no como ellas, gracias al cielo.

Ese diálogo no tenía sentido alguno, sé que solamente estaba tratando de desviar la conversación para no decir eso que resultaba verdaderamente lo importante, que estaba clavado en algún punto de su alma. Lo veía en sus ojos, y no podía mentirme, aunque quisiera, sabía leerlo como a un libro, uno que estaba lleno de manchas.

- Pero, volviendo a lo tuyo, ¿qué tan grave es el caso?, —le dije refiriéndome a la chica que se había auto nombrado novia—.
- Bastante grave.
- De seguro que te dijo las cosas así, espontáneamente, como si nada, jajajaja, lo puedo ver en tus ojos de terror, dime la verdad, es de las peores ¿no es cierto? De las que dejan caer alguna que otra revista de bodas o usa alguna de esas tácticas sutiles que tienen cierto tipo de mujeres para mandar “el mensaje” a los hombres, jajajajaja.
- Algo peor, digamos que es de la peor categoría posible, y no te vayas a burlar de mí.

No puedo creerlo, ¿cómo alguien como él cae con una persona así?, apenas puede creerlo, es absurdo. ¿Qué les está pasando?, ¿desde cuándo pierde su tiempo con niñas cursis?, siento que por alguna razón está perdiendo el toque, si así puede llamársele. Pero, lamentablemente, sé que son cosas que pasan, ocurre a veces, cuando comienzas a descuidarte y violentar las normas, entonces pasan cosas como esas. Pero preferí reservarme mis opiniones, no quería fustigarlo, era mejor dejarlo tranquilo, y que fuese él quien me confesara lo que realmente le estaba pasando, quizá se había enamorado de alguien más, tal vez en esta oportunidad fuese cierto y alguien hubiese conquistado su corazón.

- Oh... cielos, ¿no me digas que te invitó a comer con sus padres? ¡Cielo santo!, ¿no me digas que es eso?, jajajaja, ¡rayos, sí!, no puedo creerlo, ¿es en serio? —Le dije golpeándole en el hombro—, ¿cómo pudiste caer con alguien así?, ¡maldición!, ¿cómo pudiste?, jajajajajaja, ¿qué pasa contigo?, me estás preocupando, no sé qué rayos te está pasando, ¡cielos!, es como si fueses un inexperto, como si no conocieras las técnicas.
- Jajajajajaja, no, es que... era muy linda, eso es todo, parecía tierna, pero luego, ¡quién lo diría!, parece obsesionada conmigo, tuve que... aplicar la técnica de decirle que no era ella, sino yo, no sé si logré convencerla, pero al menos creo que todavía debe estar pensando que fue todo eso.
- Jajajajajajaja, ¡maldición!, pobrecita, esa chica sí que está perdida en su vida, puede ser que todavía haya alguna mujer que se crea tus mentiras, la verdad es que eso nunca deja de sorprenderme.

- Así es, todavía hay mujeres que se creen mis viles mentiras.
- Debe conseguirse un buen chico, alguien con quien pueda tener una relación decente y no alguien como tú. ¿Cuándo las chicas aprenderán que no eres material para eso?, ¡cielo santo!, el mundo sería un lugar más tranquilo si todas aprendieran esa lección, jajajajaja.
- Gracias, gracias, gracias por tu buen concepto, por ese maravilloso concepto que tienes de mí.
- Sabes que es la verdad, te conozco, jajaja, así que deja tus falsas modestias conmigo, hace ¿qué...? ¿Unos doce años que nos conocemos? Sé muy bien quién eres. Esa pobre chica no tiene la menor de las oportunidades, ni esa, ni ninguna otra.

¿Qué mujer en sus cabales podría pensar en tener una relación con un hombre así?, es que todas tenían esa especie de fantasía del príncipe azul, pero los príncipes no existen, y azules mucho menos. Pero se empeñaban en invertir sus emociones en la nada, tal cual como si las lanzaran en un agujero negro esperando que de esa masa informe retornara algo hacia ellas.

¿Cómo entonces esperaban estas buenas mujeres que el universo retornara de forma positiva, cuando ellas mismas se engañan derrochando lo más valioso de sí en forma fatua? Solamente por eso merecían vivir en la nada, estar llenos de la ausencia y sentir el dolor de ese vacío, el gran vacío que representaba el rechazo o, peor aún, la ignorancia, ese teléfono que nunca sonaba, la palabra de amor que jamás se decía, el silencio inmisericorde y los minutos que se convertían en horas.

Allí es cuando corría la sangre y las lágrimas, ahí es cuando un corazón se rompía y comenzaban los reclamos, un momento vergonzoso y la mejor manera de librarse de él era evitándolo, eso todo hombre lo sabía ¿cómo es que las mujeres todavía no se han enterado de ello? Siempre lo he dicho, el poder está en la información, y yo la tengo toda en mis manos, por eso siempre me salía con la mía, mi voluntad se hacía todo el tiempo.

- Eres un cretino, —le dije mientras sonreía—.
- Ajá, cretino, a ver, ¿quién es el cretino?, —entonces se lanzó sobre mí para besarme llenando de besos todo mi cuerpo, mientras gritaba por todas las cosquillas que me estaba produciendo—.

Me reía de él, sé que no soy ninguna niña inocente, soy una bruja, esa es la verdad, él me enseñó muchos trucos, pero yo tenía el mejor de todos bajo la manga, uno que no tiene competencia, es precisamente el hecho de ser mujer. Esa era mi mejor arma, y si la sabías usar con destreza, lograrías todo lo que te propusieras en la vida, así sea aquello que parece imposible.

- Oh... sí, santa niña, no tiene idea de lo que estoy hablando, por favor, jajajaja. Eres una santa chica, sí que lo eres, dijo al mismo tiempo que acariciaba mis cabellos y piel, estaba vuelto loco, pronto deseaba más, mucho más.
- Lo vi en tu cara desde que entré, tenías esa expresión, justa esa, jajajaja, pobrecito, pero se supone que debías estar feliz, te deshiciste de ese peso, ¿por qué cuando entraste estabas tan serio?, a ver, cuéntamelo todo.

Seguía insistiendo con el tema, quería saber exactamente qué es lo que estaba pasando, pero no me lo diría porque jamás debes mostrar debilidad, ni siquiera con esa persona que es más cercana a ti. Los dos lo sabíamos, tácitamente, nos decíamos las cosas sin confesarlas, eran murmullos que se escurrían entre el silencio de esos gestos que sabían hablar más que el sonido de una frase.

- ¿De qué hablas?
- ¡Oh... rayos!, ¿no me digas que hay otra por allí?, una que te está inquietando, no puedo creerlo, si es así, quiero conocerla.
- No, ¿de qué hablas?, por supuesto que no, no hay nadie, ya sabes que ninguna mujer me provoca eso, soy inmune a esas tonterías.
- Eso decían también los chicos que se enamoraron de mí, y ya lo ves, todos han caído, como unos corderitos.
- No todas las mujeres tienen tus habilidades, de hecho, siempre he pensado que eres una rareza.

Eso es cierto, soy una rareza en todos los sentidos, pero no por las lecciones que él me dio, sino por mí misma, porque dentro de mí siempre estuvo esta mujer, la misma que ahora le mira con decisión, solamente hizo falta que alguien la despertara, como haría el príncipe con la belleza durmiente, pero en vez de un beso fue con un balde de agua fría. Aquí estaba la verdadera mujer en mi interior, quien siempre fui, la que estaba dormida, la que siempre seré sin importar lo que pase a mi alrededor.

- Entonces... no me dirás nada, ¿eh?, ya estamos en ese punto, en el cual no nos contamos nada, antes me decías tus cosas.
- Jajajaja, ¿quieres que te hable de algo que no existe, querida?, no hay nada que decir, ni confesar.
- Y esa cara de felicidad entonces, ¿a qué se debe?, —le dije insistiendo, pero él me miraba con cara de “ni muerto te diré nada”—.
- ¿Por qué tan curiosa?
- No sé, —dije encogiéndome de hombros, mientras él me miraba de una forma muy rara—.
- Mmm...
- ¿Pero estabas alegre o triste? —Volví a preguntarle—.
- ¿Cómo quieres que esté, sobre todo después de lo que hicimos?, eso... ¡guaao! ¡Estuvo muy bien!, eso que hiciste sobre mi regazo. Mmm... vaya, has mejorado mucho tu técnica, de acuerdo a lo que recuerdo, si mi memoria no me falla.
- ¡Idiota!, siempre he sido buena, lo sabes, tú lo sabes mejor que nadie.
- Lo sé, jajaja, solo estoy bromeando, pero la verdad es que me sorprendiste, me dejaste con la boca abierta.
- Siempre la has tenido así, jajajajaja.
- ¡Ja!, ¡muy graciosa!
- Entonces, ¿por lo visto sigues en lo mismo?
- Sí, y al parecer tú también.
- Jajajajajaja, ¿cómo sabes eso?
- Vamos, lo veo en tu cara, se nota a leguas.

- Sí, la verdad es que sí, ya sabes cómo me gusta la aventura, soy una mujer que tiene alas, me gusta volar, y detesto que me quieran enjaular.

Era una verdad certera, todos y cada uno de esos hombres, con honrosas excepciones, todos quisieron atarme a sí mismos. Recordé la sensación, siempre era la misma, todo estaba muy bien hasta que ellos lo hacían, hasta que me miraban con ese idéntico brillo en los ojos, esa que parecía una bruma al amanecer. Lo sabía, luego de eso era la debacle, se arrodillaban y entonces el anillo, ese maldito anillo.

Las cosas a partir de allí siempre iban mal, me preguntaba ¿por qué a los hombres les gustaba dañar todo con eso?, ¿qué se creían?, ¡rayos!, ¿qué les entregaría mi vida a cambio de un pequeño aro, aunque tuviese todo el valor del mundo, aunque estuviese hecho del más fino oro y las más valiosas gemas?, por supuesto que no. Jamás dejaría que nadie me enjaulara, soy una mujer de alas, solamente sé volar, volar como el viento, un día mi rumbo es uno y luego cuando el viento cambia voy hacia otro lado, no puedo, ni sé pensar en otra forma que no sea esa.

¿Acaso creían que eso sería una buena idea? El universo lo sabe, apenas veo ese maldito anillo, salgo corriendo, esa es la verdad y pobre del que no lo sepa, pobre de todos y cada uno de aquellos que no lo sepan. Había pasado por eso hacía tan solo un mes, y estaba un tanto desanimada, ya no se podía tener una simple aventura, con un hombre que deseara lo mismo, una relación sin complicaciones, ¿qué pasaba que ahora todos querían algo más?, ¿qué sucedía con los hombres?, me preguntaba.

Ese chico parecía prometedor, hermoso, inteligente, todo iba tan bien, el sexo era genial, entonces una noche cuando me sentía plena y bien, salió con el bendito anillo, ¡rayos!, eso sí que fue un balde de agua fría para mí. No le diría eso, se habría burlado de mí, porque era peor que la psicópata chica que quería llevarlo a conocer a sus padres, sí, esto era mil veces peor que eso.

- Sí, definitivamente esa eres tú, amas la libertad y pobre del que no lo sepa, ya me imagino, todos esos chicos, todos y cada uno de los que he visto desfilar en tu vida y que se han ido tal cual como vinieron.
- Bueno, tal parece que nadie se ha enterado y tú eres el único que lo sabe, porque todos los hombres siempre me proponen cosas indeseables.
- Como ¿cuáles?
- Ya sabes, la palabra por m.
- Oh... no, jajajaja, la terrible palabra por m, ¡qué locura! ¿Con qué clase de personas te has estado involucrando?, —me dijo riendo—, ¡cielos, no!, por nada del mundo le diría que mi último novio lo había hecho también.
- No lo sé, jajajaja, —dije—, no sé por qué últimamente me pasan estas cosas, no tengo la menor idea, el mundo se está volviendo loco, no lo sé.
- Jajajajajaja, tú diciéndome cosas y estás mucho peor, ¡qué rayos!, ¿qué hombre haría algo como eso?, ¿proponerte matrimonio? Cualquiera sabría que esa es la manera más rápida de perderte de una buena y maldita vez.
- Oh... cielos, —y lo abracé con fuerza—, por fin alguien que lo entiende bien, es por eso que eres mi mejor amigo querido, —su cuerpo tibio se une al mío otra vez con fuerza—.
- Ajá... veo que todavía respondes a eso, jajajaja, pobrecito, eres tan predecible cariño, me

da risa, pero al mismo tiempo me gusta, sí, sé que ante eso no puede decir no, cuando hago eso es todo mío, conozco todos sus secretos, y lo que más le gusta.

- Y a ti te gusta esto, —dijo mientras puso su mano en mi pubis, de esa forma, sí, esa misma, haciéndome estremecer, rayos, este hombre sabe lo que hace—.

Ese maldito sabía cómo tocarme, primero lo hacía con sutileza y luego iba avanzando, como si esculpiera mi cuerpo, cerré los ojos y me dejé abandonar por el placer, era tan intenso que todo mi cuerpo se comprometía en esta situación abrumadora que se apoderaba de mí. Pensé en todos los recuerdos de nuestros encuentros, de todos y cada uno de ellos, los más sutiles, pero, sobre todo, los más locos, tenía el poder y siempre lo había tenido, este hombre, incluso él no encontraría una oportunidad conmigo.

Había perfeccionado mis técnicas, sobre todo las del corazón, no me entregaba a nadie, ni flaqueaba ante ninguno, ni por un segundo, era un trabajo fuerte el que quedaba por hacer, difícil, no lo negaré, porque hay hombres que saben el camino para llegar al corazón de las mujeres. Pero si soy experta en algo es en bloquear esas sendas, y es lo que estoy haciendo ahora.

- ¡Oh... rayos!, eres un maldito, eso estuvo genial, no pierdes la práctica, eso es bueno.
- Eso parece, nunca había escuchado a nadie gritar tan fuerte como tú pequeña bruja, es maravilloso verte así, estremecerte de placer con tanta fuerza.
- Jajajajajajaja, sí, ya sabes que no me gusta tragarme lo que siento.
- No, lo sé, pero cada día eres peor, de eso no hay duda.
- Bien, estuvo muy bien, pero también puedo hacerte otras cosas más, que seguramente te gustarán, ya verás.
- Cosas como ¿qué?
- Lo que más te gusten, te haré todo eso, sabes qué.
- ¿En serio?, de solo pensarlo se estremeció de pies a cabeza, el pobre, jajajaja, casi me rio, pero no lo hice, soy una profesional.
- Ajám... —respondí, mientras mis labios se precipitaban hacia él, a todos los puntos sensibles, especialmente a ese, el más sensible de todos, pero primero debería sufrir, porque lo dejaría hasta el final, hasta que me suplicara a gritos—.

Era una noche larga y mágica, el tiempo se pasó volando, como siempre sucedía con las buenas cosas, ya estaba amaneciendo y el sol se perfilaba en el horizonte. No había mejor sensación que esa, pasar una noche genial para luego ver el amanecer perfilándose en el cielo, disfrutarlo así, de forma plena y completa.

Me levanté completamente desnuda, quería ir al balcón y sentir la brisa sobre mí, así, de esa forma, entera y profunda, circulando por todos los puntos de mi ser, como si me poseyera, era genial. Un simple y no muy discreto placer el que tenía, en mi casa podía hacerlo, pero aquí era distinto, igual no me importaba, la verdad es que siempre hacía lo que se me venía en gana.

- ¿Qué haces?, —me dijo con sorpresa—.
- Quiero ver el maldito amanecer, ¿qué crees que hago?, —y caminé hacia la terraza—.
- Así, ¿vas a ir al balcón así? ¿Así tal cual estás?, jajajaja, ¡rayos!
- ¿Qué tiene? A ver, ¿qué tienes en contra que me asome al maldito balcón?

- ¡Todavía me lo preguntas! —Parecía sorprendido—, ¿qué rayos le pasaba?, este no era mi chico, mi zorrillo, el mismo que me convencía de hacer mil locuras, ¿quién es ese chico conservador que me miraba asustado con sus profundos ojos grises?
- Ah...
- ¡Estás desnuda! —Y parecía asombrado de decírmelo, ¿qué le pasa?—.
- Ya lo sé.
- ¿Y saldrás así?
- ¿Desde cuándo te has vuelto tan conservador? ¿Ya te olvidaste de la vez que corrimos juntos por aquella playa, al amanecer?, ¿sí recuerdas? Estábamos completamente desnudos, cualquiera nos pudo haber visto.
- Eso era muy diferente, completamente diferente.
- No le veo la ninguna diferencia, —y me reí de él—, ¡qué estupidez!, ¿qué le ha pasado?, ¿será que alguien lo echó a perder? No podía creerlo.
- Claro que es muy diferente, ese era un lugar alejado en la nada, esto es un edificio, con muchos otros a su alrededor y lleno de personas ¿sí sabes cómo es? Un complejo de edificios con gente que vive dentro, y que podrían verte a ti, pequeña chica nudista y descarada.
- Jajajajajaja, esto es muy triste, toda esa disertación es realmente decepcionante, ¿qué has hecho con mi chico atrevido y hermoso, ese que proponía hacer miles de locuras que me sorprendían?
- Sí, lo soy, pero...
- Mmm, en todo caso es tu culpa que le haya tomado el gusto a andar desnuda por allí, tú fuiste el que me enseñó todas esas aberraciones, jajaja. Ahora tendrás que asumir tus consecuencias, ¡he dicho!
- ¡Hey!, ¡espera!, ¡no!, —y va caminando asustado tras de mí—, pero no le hago caso, como ya dije, siempre hago lo que me da la gana.

Salí al balcón desnuda, y siento esa deliciosa sensación de estar expuesta ante el viento, no tengo pena, ni pudor, eso lo perdí hace muchísimo tiempo. Miré el horizonte y sus bellos colores, era la pincelada de un nuevo día, me fascinaba saber que todos y cada uno de esos amaneceres serían distintos, porque cada uno de ellos era nuevo, diferente, así son mis pensamientos, y así soy yo, cada vez distinta, porque no hay nada peor que la rutina para matar la belleza de la vida.

Siento el peso de su mirada sobre mí, estaba encantado, lo sé, siempre lo sorprendía con algo novedoso, y esta vez era mi tatuaje, un signo extraño que me hice precisamente en mi nalga derecha, uno de mis lugares favoritos. Sé que se estaría preguntando qué rayos significaba ese dibujo, y hacía bien en hacerlo, jajaja, porque ese era el objetivo.

- Vamos, ve adentro, ya es suficiente exposición por hoy, —su voz era casi un ruego, pero por supuesto que no le haría el más mínimo caso, así soy, ¿qué esperaban?—.
- ¿Qué? Quiero tomar un poco de sol.
- Sí que eres descarada, ¿no sabes lo que es el pudor? Jajajaja.
- Ya te lo dije, es tu culpa.
- Tal parece que todo es mi culpa últimamente.

Me reí en su cara, miró a todos lados tratando de ver si había alguien más por allí, pero era

muy temprano. No obstante, en sus ojos estaba, había perdido el sentido de la aventura que antes leía antes en ellos. Ahora vivía en este fino y esplendoroso lugar, rodeado de personas conservadoras, a las cuales había tenido que irse adaptando hasta convertirse como ellos, apenas podía creerlo. Antes era un aventurero, ahora es un abogado serio y exitoso que debía vivir teniendo cierto estatus, lo que siempre juró que no haría, pero allí está, y tal parece que nadie puede escapar de eso.

Le convencí para que saliera desnudo conmigo al balcón, cuando antes hubiese sido él mismo que lo propusiera, era difícil pensarlo, pero esa era la verdad. Ahora parecía divertido, como esas personas que no se atrevían a hacer nada, esas pobres personas que jamás habían hecho nada en su vida, y de pronto salían, se atrevían a poner un pie fuera de su zona de confort, entonces se veían felices y plenos por comprender que el universo no se apagaría sencillamente porque saltaran su propia y patética línea roja.

Estaba confundida, ¿cuándo es que se había transformado en esto, este ser que me miraba desde un abismo, y que se mostraba ilusionado por percibir un nuevo amanecer como si fuese el último que vería en toda su vida? Veía a esas mujeres desvergonzadas hablar tonterías, pero en sus miradas lo noté, ellas desearían tener lo que poseo. Sí, eran ese tipo de personas que se consolaban con criticar en otros lo que ellas mismas quisieran tener o hacer. Remedos, querían ser como yo, pero jamás se habían atrevido porque se necesitaba ser valiente para reclamar tu propia libertad, y no todos poseían el coraje de tomar esa responsabilidad en sus manos.

Es el mismo hombre, pero por alguna razón ya no es el mismo a su vez, siempre he odiado los convencionalismos y las conveniencias. Ahora casi me metía a rastras, ¿por qué le importaba tanto lo que dijeran esas mujeres? Las mismas que hablaban de decoro mientras miraban ávidas en su entrepierna, apreciando la belleza de su cuerpo y la sexualidad arrolladora que poseía.

Pero prefería dedicarme a otras cosas que al hecho de pensar en todo lo que pasaba por su complicada mentecita. Así que ahora soy yo quien lo arrastraba al baño para poseerlo en todas las formas posibles. No tenía la más leve oportunidad, simplemente se dejaba amar como yo quería hacerlo.

- ¿Qué?, ¿qué mierda te pasa hoy?, —le dije al verlo nuevamente con los ojos perdidos—.
- No me pasa nada.
- Estás muy raro, no sé, me das un poco de temor, creo que esa chica te hizo algo raro, ¿no me digas que ahora te dará por ser un chico tierno?
- No, por nada del mundo, ¡que el universo me libre de caer en algo así!
- Me alegra, porque sabes que no quisiera tener ese tipo de malas amistades, y esta versión de ti me da mucho miedo, si te soy sincera.
- Jajajajajaja, yo tampoco.
- Al menos que te guste alguien y entonces... ya sabes, en verdad deseas estar con alguna persona, ya sabes a lo que me refiero, estar en verdad, como generalmente hacen las personas, ¿sabes a lo que me refiero?
- Claro que no, ¿por qué piensas eso?
- Estás muy raro, es todo.

Él es Federico, mi mejor amigo, confidente, compañero y... algunas veces también mi amante, somos amigos con y sin derechos, depende del tiempo y de las circunstancias, me conoce como nadie, y yo también, sé todas sus virtudes, pero más aún sus pecados. Estamos juntos en las buenas y en las malas, como sea, y por lo que sea, nuestra amistad siempre está allí. Pero, siempre habrá una línea roja entre nosotros, el secreto del corazón, ese que no debe mostrarse porque es muy peligroso, las normas deben respetarse por una buena razón.

Me observaba mientras íbamos en el auto, él es encantador, esos pequeños detalles que poblaban su anatomía nunca pasarían desapercibidos para mis ojos, cada tramo de su ser estaba poblado de ellos. Su sonrisa de nácar o esos hoyuelos que se formaban en sus mejillas cuando se reía. Tal vez fuese su cabello ya grisáceo a pesar de su edad, o esa barba entrecana, tan sexy.

Era lo que podía decir en el silencio, sabía que todas esas chicas se dejaban llevar por su poderosa presencia, caían por esa misma razón, la misma por la cual yo podría caer también si flaqueaba, si mostraba debilidad, aunque fuese por un momento. Pero no, jamás lo haría, estaba hecha de un material diferente, y este era indestructible.

Frente a ese lago donde le invité, donde habíamos estado muchas veces antes, tuve la sensación de que el tiempo se había detenido, era como si todavía fuésemos aquellos chicos de 20 años que jugaban a ser amigos y mucho más, que aprendieron a protegerse del mundo y de todos lo que estaban en él. ¡Qué lugar más bello!, tal vez por un segundo haya caído en una trampa del pasado, porque recordé a la persona que una vez fui, tan solo por un segundo ella vino a mí nuevamente.

- Bien, ¿qué te parece?, —me dijo sonriendo—.
- El tiempo se ha detenido en este lugar, —le respondí—, y me sorprendí otra vez encontrando mis pensamientos en los suyos, como si cada uno pudiera terminar la frase del otro, cuando eso pasa sientes miedo, es esa conexión otra vez.
- Sí, así es, —dije con cierta nostalgia—.
- ¿Qué?
- Nada, —le contesté—.

Pero ahí estaba la verdad inconfesable, es que en ese instante tuve un sentimiento extraño. Vi a un hombre diferente, no a aquel chico despreocupado, el cual pensaba que el amor no existía, ese que me encontró llorando en esas escaleras, el que casi se reía en mi cara cuando le decía lo mal que me sentía, y lo mucho que creía en el amor.

Estaba allí, aunque enmascarado en toda la trama de su existencia, en algún lugar recóndito de ese complejo y laberíntico corazón, en ese lugar allí estaba, un hombre diferente, calcinado por el fuego de la vida, y en esa mirada encontré un brillo nuevo, entonces sentí terror, sentí miedo. Era un punto de vista diferente de toda esta realidad, una visión de lo que pasaba en su alma.

CAPÍTULO VI

Mentiras blancas en labios rojos

Cuando llegamos al lugar sentí la fuerte atmósfera, era de lo que necesitaba deslastrarme, sentir la atronadora fuerza de un huracán que provocara el reto y toda la adrenalina, ese impacto en mi ser. El ritmo era frenético, sonaba de forma atronadora, tanto que apenas podía escuchar lo que este me decía.

Me sentía completamente segura, este era mi ambiente, mi lugar, ahora que había llegado me apoderé de él, sin siquiera proponérmelo. Fui al centro de la pista y hacía lo que tenía que hacer, tomar el lugar por asalto.

Él me siguió, pero ya no tenía esa motivación, la chispa de antes se había ido, no quería pensar en eso, necesitaba del mundo, de la superficialidad que me impedía pensar en las cosas que me causaban dolor. Era la mejor manera de ahogar las dudas y la mente, las voces que clamaban dentro por encontrar un lugar. Pero nada mejor que el ritmo potente para hacerlas ensordecer.

Esta noche era la estrella, a veces teníamos esa dinámica, en ocasiones él tomaba la dirección y otras yo, pero cada vez más resultaba lo segundo, me preguntaba ¿por qué? Me preguntaba si él se estaría oxidando, si estaba perdiendo el toque y hasta las ganas de jugar a la aventura una vez más, como lo hacíamos antes con tanta pasión, cuando elegíamos a alguna presa y cada quien tomaba la suya por asalto.

- ¡Ven!, —le grité—, pero se notaba que no quería hacerlo, no tenía ganas de bailar, casi como si estuviera cansado, cansado de nuestra vida, de la forma que elegimos para existir.

Estaba feliz, sí, pero no era una felicidad plena, sino una furia, la sensación que se apoderaba de mí como una rabia poderosa que pugnaba por tomar al mundo en sus manos, por jugar con ellos, con todos esos hombres como si pudiera halarlos con hilos a través de mis manos. La sensación de poder, la misma que sentí por primera vez aquella noche, cuando él me llevó a esa fiesta y todos se me quedaron mirando, como si nunca me hubiesen visto. Era esa misma, la adrenalina que envilece, que aturde los sentidos y crea una dependencia en ti, como si pudieras sentir algo completo, poderoso, así mismo.

En sus ojos no veía lo mismo que antes, su expresión era diferente, casi como un hielo.

- ¡Vamos!, ¿qué rayos te pasa?, —le dije tomándolo de la mano—.
- Bien, ya voy, ¡cielos!, quédate tranquila, te estoy dando la oportunidad de lucirte, —pero sabía que no era eso lo que pasa por su mente en ese momento—.
- Me luciré de todas formas, —le contesté mientras movía mis caderas, tal cual, como aquella noche, para que todos me vieran y supiesen quién rayos era la reina de ese maldito lugar—. ¿Tentación?, ¡bah!, en ese instante la tentación era yo misma.

Todas las miradas me seguían, giraban alrededor de mí, como los planetas y el sol. Las luces producían una atmósfera misteriosa, era una reina, el lugar era mío tal cual como antes, el

universo giraba por mí. Tomé el poder en mis manos, sabía exactamente qué hacer con él, me miraban desde todos lados, en las mesas, en la pista, desde donde fuese.

Poseía las técnicas que él me enseñó, pero tenía algo más poderoso, yo hacía las reglas ahora, las mías, lo que me da la gana. Todos deseaban tenerme, pensaban que podían, les hacía creerlo, pero al final ninguno tendría nada de mí. Lo sé, manejaba sus emociones, sus deseos a mi favor. Sabía cómo conseguir todo lo que deseaba en la vida, eso era seguro, siempre funcionaba.

Lo empujé hasta la pista, bailé con él para que se animara o el mundo le aplastaría como hace con todos los débiles. Federico, mi querido Fede, mi zorrito, ¿qué rayos te pasa?, —me pregunté nuevamente—. Trataba de animarse, podía verlo, pero algo más poderoso le invadió una fuerza avasallante que se apoderaba de todo su corazón, ¿estaría enamorado de alguien? Esperaba que no, porque eso sería su ruina, violentar la regla nunca ha hecho bien a nadie, y todo el que no la siga terminará destruido, así es la vida, si expones tu corazón, tarde o temprano alguien terminará por aplastarlo.

Le dejé parado en medio de la pista y fui hacia la barra, no había escogido aún a mi presa, pero aprendí que no debía apurarme, ese era un error, siempre existía una presa más deseable, y lo mejor era esperar hasta el último momento para escogerla. Subí sobre la barra ante la cara emocionada del bartender, no dejaba de sonreírme, fue uno de los muchos que han caído en mi influjo esa noche. Bailé y su cuerpo se movía insinuante al mismo tiempo que le sonreí al chico.

No estaba segura, pero al fin escogí a mi víctima y no tendría compasión, me gustaba ver el brillo en los ojos de mi elegido, pero me gustaba ver algo más, el poder, una presa digna.

- ¡Hey!, ¡baja de ahí!, —me dijo Federico—.
- ¿Por qué?, jajajaja.
- Solo baja, vamos, anda.
- ¡Vete!, ¡déjame en paz!, me estoy divirtiendo, busca a alguien como tú, jajaja, porque ya encontré algo interesante.
- Deja en paz a ese pobre chico, vamos, bájate de ahí.
- No estoy hablando de él, estoy hablando de aquel de allá, —le dije señalando a quien en verdad quería, al que había estado viendo desde que entré en ese lugar—.

Adolfo Lorenzo, el famoso abogado y playboy, no era la primera vez que había escuchado de él, pero sí la primera que lo veía en persona. Estaba, por supuesto, en la zona VIP, era uno de los abogados más exitosos del país, con casi 50 años era un hombre maduro y experimentado, no uno de esos chicos fáciles que apenas con una mirada caían. Estaba cansada de eso, lo había investigado, y por esa misma razón le propuse a Fede venir a ese lugar, porque sabía que este lo frecuentaba.

Era hora que el juego comenzara, al fin uno divertido, en el que podía salir victoriosa y coronada de la mejor manera. Si lograba cazar a ese hombre me consagraría, y me encargaría de restregárselo por la cara a Federico hasta el fin de los tiempos.

- ¿Adolfo?, ¡rayos!, ¿sabes quién es ese tipo? —Me dijo todo exasperado—, ¿qué rayos le pasaba?, antes le hubiese gustado un buen reto.

- No, pero lo sabré, y al parecer tú lo conoces, —dije bajándome de la mesa y riendo divertida—. Era una mentira, por supuesto que sabía quién era, ¿quién no sabría de ese hombre?
- Es Adolfo Lorenzo, un abogado, bueno es el dueño de uno de los bufetes más grandes del país.
- ¡Oh... cielos!, mejor todavía, ¡mucho mejor!
- ¿Te meterás con ese tipo? Estás loca, eso es peligroso, jugar con un hombre como ese no te conviene.
- Es hora de aumentar la apuesta ¿no crees?
- Pero...
- Pero nada, te apuesto a que lo conquistaré y estará detrás de mí, rogándome.
- No pienso apostar con esto, ¿estás loca?
- ¿Por qué no?, siempre te han gustado las buenas apuestas.
- Las buenas, esto no.
- Oh... vamos, te estás aflojando, ¡qué rayos!, tú te has metido con personas peores.
- Ese hombre es de los que no aceptan un no por respuesta, creo que no es una buena idea.
- No me importa lo que tú creas.
- Quédate aquí, no te busques problemas.
- ¡Suéltame!, ¿qué haces?
- Te estoy evitando un problema, deja a ese tipejo en paz.
- ¿Qué te pasa?, ¡déjame en paz!, no hay algo que no pueda lograr.
- Te crees invencible ¿no es así? Bien, anda, llévate la decepción de tu vida, ese tipo está fuera de tu liga, es un mujeriego de lo peor.
- Jajajajaja, ¡cielos!, sí que pones peros esta vez, sabes que vas a perder, es todo, vamos, escoge tú a una y yo escojo este, te he dado la ventaja.
- ¿De qué estás hablando?
- La apuesta, una grande, bien grande.
- ¡Mierda!, ¡sí que estás loca!, ¿qué quieres apostar?, —le dije con curiosidad—.
- Tu auto, eso es lo que quiero.
- ¡Qué!, ¿estás loca?, ¡claro que no!
- Te he dado la ventaja, ahora puedes escoger a quien quieras en este lugar.
- ¿Estás segura de que podrás con esto?
- Por supuesto, escoge, —me dijo con el gesto de resolución en la mirada—.
- A cualquiera, a quien desee en este lugar.
- Sí, ya te lo dije.
- ¿No importa quién sea entonces?
- ¡Mierda sí!, ¡escoge!

Le miro con decisión, me gustan los buenos retos, los cuales también solían gustarle, hay algo en él, una especie de molestia, ¿qué rayos?, antes se hubiese emocionado. Este es el momento de apostar todo, así grita mi ser interno, quiero lanzar la casa por la ventana, es el momento de remover todo lo que llevo por dentro para superarme a mí misma.

Mi corazón late muy rápido, pero no es miedo, sino emoción, la emoción de encontrar a una presa digna de mí, es el final de un tramo en mi camino. Lo tendré porque siempre logro todo lo

que me propongo, incluyendo esto, él me está mirando, lancé el lazo y la presa ha caído, ahora solo debo ir a cobrarla, hacerle creer que tiene la sartén por el mango, que piense, que crea que será el triunfador.

Siento una sensación análoga a alguien que ha ganado todo, que ha arrasado con la mesa y tiene todas las fichas en sus manos, pero algo se cruza en su camino, algo inesperado, que es mucho más valioso a todo aquello que cree poseer. Entonces toma la alocada decisión de dejar lo que tiene en sus manos por ir tras aquello, eso que tal vez nunca tenga, es la sensación del miedo y de la excitación, la de perderlo todo, de perder cada cosa que has ganado por nada. Todas mis partidas han sido victoriosas, pero esta apuesta es muy grande, y estoy dispuesta a ello, a colocar las fichas sobre la mesa para reclamar el gran premio.

Él estaba totalmente distraído, ¿en qué mierda seguía pensando?, ¿qué tanto había que pensar, cuando antes solamente tenía que verle y ya sonreía? ¿Por qué tenía que convencerlo de esto?, ¿qué había pasado con su sentido de la aventura, ese que era lo que más me gustaba de su personalidad?

- ¿Qué te pasa?, ¿estás aquí? Te estoy hablando, ¡hey!, Federico, ¿qué te pasa?
- Estoy aquí, —respondió mirándome mientras arrugaba el entrecejo—.
- Entonces, ¿escogiste?
- Sí, escogí.
- Bien, entonces, ¿trato hecho?
- Trato hecho.
- ¿A quién escogiste?, quiero saberlo.
- ¿Importa?
- Claro, debe ser alguien a la misma medida, de lo contrario, sería injusto.
- Te aseguro que es alguien a la misma medida.
- Ok, entonces, que comience el juego.
- Que comience.

Caminé contoneándome hasta donde Adolfo Lorenzo estaba sentado con su whisky, en esa actitud de “estoy esperando por ti”. Pero entonces, una duda vino a mi mente, ¿qué estaba haciendo?, la emoción había nublado mi juicio, me devolví, primero debía saber quién era esa persona, digo, su presa.

- Quiero que me digas quién es primero, —le digo con fuerza—, ¿qué se creía?, si quería engañarme no podría.
- Ya te dije que es alguien digno, —veía furia en sus ojos, ¿qué era ese brillo extraño en su mirada que no lograba explicarme?—.
- Dímelo.
- Bien, te lo diré.
- Ajá...
- Tú... —fue como si escupiera sobre mí—.

Sentí que la sangre huía de mi cara, ¿qué?, ¿qué eran esas palabras que se esparcían por el aire?, apenas podía creerlo.

- ¡Qué!, —me dije sorprendida—, pero ¿qué estaba pensando?, ¿de qué mierda estás hablando?, ¿de qué mierda hablas?, —fue lo que pensé en mi cabeza—.
- Lo que oíste, —entonces me dejó allí parada y se fue—. ¿Qué tipo de juego extraño es este?, me pregunté, no sé de qué hablaba este hombre, me dejó allí completamente impávida, en shock, así era entonces que se proponía ganar.

Al verle alejarse me pregunté ¿qué rayos pensaba, y si era realmente capaz de lo que fuera con tal de ganar?, por supuesto que sabía la respuesta a esa pregunta. Respiré profundo, sonreí y caminé hacia mi objetivo, las cartas estaban echadas, todas sobre la mesa, y entendí que este sería un juego de todo o nada. La línea roja no sería suficiente, esta vez se necesitaría mucho más que eso.

Pero sé que como lo veré, será desde otros ojos, y como él me verá también, este juego había comenzado, y era el más peligroso de todos, esta vez ambos jugamos con fuego, y por supuesto, lo más seguro es que nos quemaríamos.

CAPÍTULO VII

El juego del placer

- ¡Vaya!, sí que eres hermosa.
- Gracias.
- Pero me imagino que lo sabes, porque eso es indiscutible.
- Ok, como digas, —prefiero mantener una actitud reservada en ese particular, no debes exponerte ni dar a entender tus verdaderos sentimientos, si un hombre descubre que te gusta mucho. alguna cosa le das un arma que luego puede usar en tu contra—.
- Eres una mujer muy intrigante, la verdad es que me gusta cómo te muestras, descomplicada y sencilla, es decir, compleja y sencilla al mismo tiempo.
- Tú eres encantador, —le dije tocándole la cara—, me gustó la sensación que producía en mí su barba, un hombre muy sexy, no lo podía negar, la experiencia y muchas cosas más que saben despertar la pasión en una mujer.
- Vaya... siempre lo he dicho.
- ¿Qué?
- No hay nada más poderoso que las manos de una mujer.
- Ah... ¿sí?
- Sí, y sé perfectamente que tú lo sabes, eres una seductora, lo puedo ver en tus ojos.
- ¿De qué hablas Adolfo?, —le dije volteándome para que la luz diera en mi espalda—.
- Es una espalda muy sexy esa que tienes allí, todo en ti lo es, una mujer de tu edad y porte sin duda sabe lo que provoca en los hombres.
- Me gusta cómo lo dices, “lo que provocho en los hombres”, en realidad me interesa saber lo que produzco en ti, es eso lo que realmente me importa.
- Jajaja, eres buena, sí que lo eres, ¿qué aspiras?, dime.
- ¿De qué hablas?
- Las mujeres siempre aspiran algo, esa es su naturaleza desde Eva para acá, esa mujer hizo caer a Adán en sus enredos, todas lo hacen, algunas de una manera y otras en formas distintas, pero siempre tienen algo en mente.
- Vaya... esa es una hipótesis interesante.
- No es una hipótesis, es la verdad.
- Es una manera irónica de ver la vida ¿no lo cree señor Lorenzo?
- Mi querida Penélope... —dijo al tiempo que acariciaba mi cabello—, la vida siempre será una gran ironía, no se puede escapar de ello.
- Jaja, eres un gran filósofo.
- Me gusta hacer todo en grande.
- Ya veo.
- Entonces, no has respondido a mi pregunta.
- Bien, soy una mujer a la cual le gusta un hombre interesante. Eso es todo, eres un hombre guapo, maduro, intrigante, eso lo sabes.
- Entonces...
- No es ningún misterio que eso siempre llamará la atención de una mujer, y por supuesto no soy la excepción a eso, ¿no dice alguien por allí que las mujeres somos predecibles?

- No he escuchado eso en ningún lado, creo, de hecho, que lo más impredecible que existe en este mundo son las mujeres.
- Jajaja, también es válido.
- Algo me dice, mi instinto me dice que tal vez tú seas la peor de todas.
- ¡Oh... guao!, me alegra tener ese honor entonces, pero la verdad es que no creo merecerlo.
- Yo creo que sí.
- Bien, no discutiré contigo entonces, será como tú digas.
- A ver, esta espalda maravillosa es digna de ser esculpida, alguien debería hacerlo, es sencillamente perfecta, —dijo al tiempo que se inclinaba para besarla—.
- Mmm, se siente bien.
- Sí, esto es como abrir la ventana para asomarse a contemplar el paisaje, una cosa es eso y otra muy diferente es salir a correr por él.
- Pienso lo mismo.

Adolfo Lorenzo era un hombre de mundo, brillante, de pensamientos y vivencias profundas, no tenía nada que ver con los hombres con los que había tratado hasta ese momento. Este era otro nivel, y allí descansando en su yate podía comprobarlo, era la forma como se conducía, como él mismo exclamaba “a lo grande”.

- Sabes, te diré un secreto, la verdad, no sé por qué te lo digo, pero bien...
- ¿Qué cosa?
- Desde que te vi entrar a ese lugar mis ojos fueron sobre ti, te robaste mi atención. Eras como un rayo de luz en la oscuridad, iluminabas todo con tu presencia.
- Jaja, ¡qué exagerado!
- Y tú eres mala mintiendo, adoptando esa pose de falsa modestia que te sienta muy mal, por cierto, es mejor que seas como realmente sientes y eres.
- Ok, y según tú ¿cómo es eso?
- Eres una mujer que sabe su valor y lo que quiere, sabes lo que te gusta y vas por ello.
- Ok, sigue, sigue, me gusta esa definición.
- Bien, cuando te vi avanzar directamente hasta la pista con esa actitud de chica mala me gustaste, no hay nada que me aburra más a una mujer en pose de damisela en apuros, eso es una cosa terrible de ver.
- Jajaja, sí, la lástima no es algo muy sexy que digamos, no despierta mucho la pasión.
- En ninguna forma.
- Ok, pero no eres el único que estaba observando, desde que entré y te vi no podía despegar mis ojos de ti, te veías tan sexy allí, con esa pose de “soy sexy y lo sé” jajaja.
- Jajaja, maldición, soy sexy y lo sé, eso está muy bueno.
- Pero lo sabes cariño, sí que lo sabes, se nota en cada poro de tu piel... —le dijo casi susurrante—.
- Bien, me gusta cómo suenan esas palabras en tus labios, se oyen muy sensuales, eso me hace pensar qué otras cosas puedes hacer con esos sexys labios rojos aparte de decir mentiras.
- ¿Decir mentiras?
- Sí, por ejemplo, no me has hablado de tu novio.
- ¿Mi novio?

- El chico con el que andabas esa noche, el de cabello canoso.
- ¿Federico? Jajaja, ¡rayos!, no, él es un viejo amigo, nada más.
- Así que un viejo amigo.
- Sí, ¿por qué lo preguntas?, ¿estás celoso?
- ¡Rayos no!, jaja, no querida, no sufro de ese mal.
- Entonces ¿por qué quieres saber quién es?
- Solo me impresiona que estuvieras con él.
- ¿Por...?
- Conozco a Federico Román.
- ¿Lo conoces? —Dije enarcando una ceja—.
- ¡Rayos!, ese gesto es muy hermoso, me fascina.
- No me desvíes, ¿de dónde lo conoces?
- No lo conozco en persona, pero he escuchado muchas cosas de él, no es de tu liga, eres demasiado buena para eso.
- Cosas como ¿cuáles?
- No muy buenas, deberías seleccionar mejor a tus amistades.
- Ok, bien, todavía no entiendo.
- Ese amigo tuyo tiene fama de ser un playboy.
- Jajajaja. ¡Oh... cielos!, jajaja, así que ahora eres un hombre escrupuloso.
- Soy de los hombres que hablan claro desde el principio, no ando con medias tintas, conmigo sabrás a qué atenerte.
- Digo lo mismo.
- ¿Qué puedo esperar de ti?
- A ver, soy una mujer libre, que quiere seguirlo siendo, solo quiero diversión, aventura y cero compromisos, por supuesto.
- Esperaba que dijeras eso.
- Bueno, ya lo sabes, conmigo no tienes nada que temer, soy una mujer que le gusta vivir el presente, no quiero compromisos, ni ningún tipo de ataduras.
- En resumen, eres mi tipo favorito de mujer.

La tarde estaba cayendo cuando me asomé al borde del yate para ver el mar, vi una sombra a lo lejos, una isla, que al principio no fue más que una mancha, cuyos contornos se fueron aclarando a medida que avanzábamos. Era obvio que nos dirigíamos hacia ese lugar, ¿de qué se trataba todo eso y qué se proponía? Conocía muy bien su fama, decían que era esplendoroso, que le gustaba halagar y no estaba con miramientos, el dinero le sobraba y él sabía muy bien cómo gastarlo en placeres sibaritas.

- ¿Qué es eso?
- Es una isla, —me contestó sonriente—.
- Eso lo sé, pero, ¿de qué se trata?
- Esa isla se llama Kosem, como la sultana otomana.
- Ok.
- Es de un buen amigo mío, me la prestó.
- Ok, jaja, ¿te la prestó?
- Así es, tiene unas vistas maravillosas que deseaba ver en buena compañía y la tuya es

inmejorable, por supuesto.

- Mmm, Kosem ¿eh?
- ¿Qué te puedo decir?, este hombre tiene debilidad por lo oriental.
- Muy bien, y tú Adolfo ¿tienes debilidad por lo oriental?
- Puede ser.

Enseguida vino a mi cabeza el numerito de la odalisca, tal vez funcionara con él. Tenía que ganar la apuesta, ese auto me gustaba y tenía que ser mío, tampoco quería perder, me gustaba mucho esa cabaña en la playa, no sabía en qué estaba pensando cuando la aposté. Me preguntaba ¿qué quería Federico?, ¿qué era lo que estaba inventando?, seguro que era una broma para despistarme y entonces aparecerse con una de esas pobres chicas que siempre estaban alrededor de él.

Pero no lo permitiría, por nada del mundo me dejaría ganar esa apuesta tan malamente. Tendría que buscarse a alguien tan difícil como lo había hecho yo, en ningún modo me dejaría embaucar.

- Bien, pequeña bruja, ya casi llegamos.
- Ok, entonces ¿me dirás de qué trata?
- No señorita, esto es una sorpresa.
- Muy bien, entonces supongo debo esperar.
- Así es, —sus ojos tenían un brillo malévolo, era de esos hombres que gustan de las buenas sorpresas y que siempre tienen algún truco bajo la manga—.

Descendimos y caminamos por el hermoso muelle cuando los últimos rayos del sol se perfilaban en el horizonte. Él tenía razón era un paisaje maravilloso. Los colores poseían una intensidad única, me quedé un rato contemplándolos.

- Sabía que te gustaría.
- Estabas en lo cierto.
- Bien, quiero mostrarte algo, estoy seguro de que te gustará.
- Me imagino que será así.

Seguimos caminando, parecía que nunca llegaríamos al sitio donde supuestamente me daría esa sorpresa. El lugar estaba lleno de vegetación exótica por todos lados, pero no podía ver hacia dónde íbamos. Hasta que finalmente llegamos a nuestro destino, contrario a lo que había esperado, era una pequeña cabaña perdida entre la nada donde parecía que la mano del hombre no había posado en décadas. Resultaba encantadora la manera que la misma se perfilaba en el entorno salvaje, no diría que contrastaba, sino que formaba parte de él, más que una casa, parecía un ente orgánico, un todo en conjunto armonioso situada allí en el camino de nuestro mundo.

Me quedé paralizada ante esa sorpresa, al fondo se podía ver el atardecer, el sol que se fundía con el mar, como si fuese un fuego cayendo sobre este, como chispas de luz que flotaban sobre la superficie marquera, y yo allí sorprendida entre tanta belleza inesperada. Él me miró sonriendo con cara de satisfacción, lo había subestimado pensando que era un compendio de obviedades, como todos los demás. Me sorprendió, resultó más peligroso de lo que pude haber

imaginado, y en ese instante tuve conciencia de ello.

Allí comprendí que debía estar apercebida para este nuevo reto, debía agudizar mis sentidos y esperar lo inesperado, porque esto no sería tan fácil como lo había imaginado. Hasta ese momento nada me tomaba por sorpresa, porque un cazador debe conocer bien a su presa, en mi ego e impulsividad había subestimado su poder.

Debí imaginarme que este zorro sería astuto, mucho más de lo que imaginé. Pero eso era lo que había pedido, una presa realmente difícil, una presa digna y hasta ese momento no me había defraudado.

- Y bien, ¿qué te parece?
- Me parece genial.
- Así es, este es uno de mis lugares favoritos en todo el mundo.
- Entiendo el porqué, este sitio es realmente genial.
- Sabía que te gustaría.
- Esto es... realmente impresionante, me gusta mucho, esto es mejor que un... regalo, es decir...
- Vaya... así que por ese motivo no aceptaste esa pulsera que te quería regalar, si lo hubiese sabido, desde un principio te habría dado todo esto.

Todavía estaba perpleja ante la belleza del lugar que era solo comparable con la belleza presente en el rostro de ese hombre, el cual miraba con atención. En ellos podía descubrir sus motivos, o mejor dicho tratar de descubrirlo, porque su mirada era penetrante y al mismo tiempo misteriosa, una de esas en las que siempre te quedas adivinando qué estará pensando, qué quiere o piensa, debía estar preparada para todo.

Luego me condujo hacia la parte trasera de la cabaña, y allí me quedé completamente impresionada, este hombre era mi versión de la odalisca exótica, porque él mismo había montado allí su propia cena. Una especie de gran tienda blanca como si fuera la tienda de un beduino con grandes antorchas y velas por todos lados, tenía todo completamente preparado. Quedé paralizada, ¿qué rayos?, ¿en qué me estaba metiendo?

Tenía una cena romántica allí mismo, con ese telón de fondo en el cual este mar se iba fundiendo con la tierra, entre las chispas doradas del atardecer. Caminé hasta la orilla dejando que las olas besaran mis pies, mojando las puntas de mis dedos y sintiendo la fresca arena debajo de ellos. Cerré mis ojos y respiré profundamente, abrí mis ojos y contemplé nuevamente el increíble espectáculo.

A lo lejos se veían las montañas matizadas ya en tonos oscuros y algunas viéndose entre la bruma de la dorada luz que cantaba en ese cielo. Allí estaba de la forma más inesperada posible, mirando cómo el día iba muriendo y preguntándome al mismo tiempo dónde estaría Federico en ese mismo instante.

Era una interrogante fuera de lugar, en todos esos años nunca lo había hecho, es decir, cuando estaba en lo mío. Quizás a veces su imagen pasaba por mi cabeza, esa bella cara, de grandes y lindos ojos grises, esos labios, su sonrisa de medio lado, esa que adoptaba cuando pensaba en

alguna de las tuyas. Pero últimamente me pasaba más de la cuenta.

- Al parecer estás muy concentrada.
- Es este bello atardecer, es impresionante.
- Sí, claro, es un bello atardecer.
- Si no me equivoco, eso suena a una ironía ¿estoy en lo cierto?
- Sabes, tengo mucha experiencia en la vida, no he llegado a la edad que tengo por creer en todo lo que veo, he aprendido a mirar más allá de lo que aparece ante mis ojos. Si de algo sé mucho en esta vida es de mujeres, así que es muy raro que alguna me engañe, y lo que veo ahora en tus ojos, esa expresión que tenías hace unos segundos no tiene que ver absolutamente nada con el atardecer.
- ¿A qué te refieres?
- Pues digamos que me refiero a algo que tiene que ver con todo y con nada.
- No entiendo.
- Es decir, tal vez exista algo más en tu corazón que tú misma todavía no sabes, sí, no me mires así, estoy hablando de amor, esa palabra tan corta, pero que puede resultar poderosa, tanto que ni nosotros mismos nos percatamos que la tenemos frente a frente, delante de nosotros, incluso, hasta dentro de nuestro ser.
- Vaya... esa es una buena disertación.
- Esto no se trata de disertaciones, ni de palabras bonitas, se trata de la verdad.
- ¿Cuál verdad?
- Lo que es obvio ¿o acaso crees que estoy ciego? Aparte de verte a ti esa noche cuando entraste a la discoteca, también vi a tu amigo.
- ¿Mi amigo?, —dije sonriendo por su reticencia—.
- Sí, ese que andaba contigo, por el cual te pregunté y me dijiste que era solo un amigo, el tal Federico Román, pero no solamente vi que estaba en tu compañía, sino también vi cómo te estaba mirando.
- Ok ¿y cómo me estaba mirando, según tú?
- Como te dije, hay personas que pueden ver más allá de lo que aparece ante sus ojos, mientras hay otras que no pueden ver más allá de sus narices. Vi la manera cómo él te estaba observando, la forma en que te miraba desde lejos, también mientras bailabas sobre la barra y cómo te miró mientras caminabas hacia mí.
- Jajaja, cielos, tú sí que tienes una imaginación prolífica.
- Esto no se trata de imaginación, sino de percibir.
- Ya hemos hablado mucho, la verdad no acostumbro hacerlo y mucho menos de Federico, así que, no sé tú, pero disfrutaré de esto.

Mientras le dije estas palabras procedí a quitarme toda la ropa, me miraba con ojos de gusto, ávidos de percibir mi cuerpo desnudo. Entonces salí corriendo y me tiré en el agua, pues era la mejor manera en que pudiera cambiar la dirección de esa indeseable conversación. Enseguida vi su rostro, voltéé para mirar y ciertamente venía corriendo detrás de mí.

En mi mente, tan solo por unos segundos, esa vaga idea también había pasado. Solamente que me negaba a aceptarlo, y mucho más después de que me había retado diciendo que iba a ser su conquista, su presa. No podía creerlo cuando sus labios pronunciaron esas vanas palabras, ¿qué

rayos le estaba pasando? ¿Qué se traía este hombre?, en ese justo momento inventar un juego así, era un truco muy sucio.

Me lancé en el agua y él fue tras de mí, era un juego divertido, un reto que verdaderamente emocionaba. Lo vi en sus ojos, no era como los demás, le gustaba la aventura y la pasión, y yo era todo eso, definitivamente. Contamos en medio del agua tibia la mejor historia, en medio de ese atardecer, que parecía estar hecho de oro, con ese cielo que iba muriendo, declinando hasta convertirse en otra cosa, con los violetas resplandeciendo, con ese disco solar que parecía estarse hundiendo justo allí en el horizonte, en medio del mar.

Sentía que por alguna extraña razón él estaba pasando la línea roja, y de alguna rara manera yo también, aunque fuese solamente en mi mente. Tenía que concentrarme en otra cosa, debía distraerme para evitar este pensamiento que me estaba acosando. No quería pensar más, solamente dejarme llevar por la emoción de la novedad y el placer de esta nueva experiencia.

Él me abrazó y sentí la calidez de su cuerpo, el cual era duro como una roca, mientras sus azules ojos se encontraron con los míos, eran potentes, con toda la fuerza de su experiencia, pero a su vez vi asombro por mi descaro y atrevimiento, le gustaba, y mucho. Esto no era un simple gusto, sino una guerra de poderes, el dominio del más fuerte.

La pugna por el poder, éramos dos, casi iguales peleando, aunque él tenía más experiencia en la vida, sabía que mis armas estaban muy bien afiladas. Debía lograrlo como fuese, no estaba dispuesta a perder por nada del mundo. Tomó mi cintura llevándome hasta sí, la sensación era sumamente agradable y él era un hombre encantador, sus ojos eran hechizantes y seductores, tan azules como el cielo, un tanto rasgados y poseía una sonrisa seductora.

- ¡Guao!, esto fue...
- ¿Qué?
- Pues, no sé como describirlo, —me dijo mientras miraba fijamente el firmamento, el cual estaba lleno de diamantes refulgentes—.
- Parecen diamantes, —le dije—.
- ¿Te gustan los diamantes? Pensaba que no.
- No, no es que me gusten, solo me parece que las estrellas lo parecen.
- Eres una mujer fascinante, en verdad que lo eres.
- Gracias, —le dije sonriendo—.
- ¿De dónde saliste?, quiero que me cuentes de tu vida, quiero saber más de ti.

Ese era un buen indicio, estaba avanzando, sin embargo, con un hombre como este nunca se sabía, podría tener miles de recursos para penetrar en mi mundo sin que yo lo sospechara, así nada más, como la conversación más inocente del mundo. Nos quedamos allí mirando ese cielo, era muy bueno, lo había comprobado, su fama era meritoria.

Miré mi celular y era él, Federico, ¿qué quería ahora este hombre?, no le contesté, ahora no estaba disponible, y si seguía con esa tontería, mucho menos.

- Deberías contestar, —dijo sonriendo—, parece importante.
- No creo que lo sea, tranquilo, esto es más importante ahora.

- Si tú lo dices.

Se quedó muy quieto observando el firmamento, este hombre era impenetrable, había construido un muro entre él y el mundo, su línea roja estaba muy bien definida, y a estas alturas no dejaría que nadie la traspasara. Esto sería complicado, un hombre como él no estaba dispuesto a sacrificar el paraíso por una emoción pasajera.

Entramos en la cabaña, ese lugar era fantástico, meticulosamente cuidado, de forma tal que no perdía su carácter orgánico y, a su vez, tampoco ese sentido de limpieza y comodidad.

- ¿Te gusta?
- Sí, mucho, es preciosa, de hecho... —y me detuve, no quería involucrarme—.
- ¿Qué?
- Nada, —y recordé mi propia cabaña, él también tenía gustos simples, al igual que los míos—, seguramente después de tener tanto buscabas refugio en lo que parecía verdadero.
- La simpleza siempre es compleja, que nunca se te olvide eso, —me dijo con una sonrisa de medio lado—.
- ¿Qué es esto?, —le dije al tiempo que le mostraba una foto donde él salía en esa cabaña—.
- Jajajajaja, descubriste mi pequeño secreto.
- ¿Por qué no me dijiste que esto es tuyo?
- No me gusta alardear, jamás lo hago.

En verdad que era un hombre discreto, eso me agradaba, alguien que alardea de sus bienes o de su poder siempre resulta molesto, pero este hombre no tenía nada de eso, era encantador realmente, la edad le había dado la capacidad para serlo. Por esa misma razón era muy peligroso, un ser capaz de penetrar en el alma de las personas, al igual que lo hacían sus grandes ojos azules y afilados como una espada cortante.

- ¿Estás cansada?, —me inquirió—.
- Un poco, sí.
- Es mejor que te acuestes entonces.
- Jajajajaja, pienso acostarme, sí, pero no para dormir precisamente, —esas eran las palabras mágicas, sus ojos brillaron con mayor fuerza, eran diamantes que refulgían en medio de la noche—.

Lo que pasó después de eso no se puede relatar con palabras, ese hombre sabía perfectamente qué hacer, era tan hábil en la cama que me sorprendió. Una y otra vez, así hasta el cansancio, trepada sobre él sentí el ritmo de su respiración, así como su aroma, y extrañamente en ese instante la imagen de Federico vino a mí, el olor de su piel y la cálida sensación de su cuerpo, áspero, fuerte, poderoso.

- Esta ha sido una hermosa experiencia... —me dijo al dejarme en su lujoso deportivo frente a mi nuevo departamento—.
- Así es, lo ha sido.
- Pienso que tal vez podríamos repetirla, si tú quieres, por supuesto.
- Me parece bien, sabes dónde llamarme.

- Ok.
- Bien, hablamos entonces, —le dije al tiempo que me bajaba del vehículo—, entonces él me tomó de la mano y me empujó hacia él para darme un beso apasionado, no tenía nada de ternura, sino de fuerza, la pasión de un hombre lleno de fuego, y eso me gustó.

Cuando entré en el edificio me estaba esperando el muy bastardo, no sé cómo había logrado entrar, pero lo hizo. ¡Rayos!, casi me mataba de un susto, ¿qué le pasaba a este hombre? Me quedó mirando muy serio, como si estuviera a punto de reprocharme algo, su actitud me resultaba bastante particular, casi como si fuera un novio celoso.

¿Qué era lo que quería esta vez?, estaba sintiéndome un tanto incómoda, así que, si eso era lo que quería, lo estaba logrando. El ambiente estaba cargado con una extraña electricidad estática, me miraba como tratando de adivinar lo que pasaba por mi mente.

- Veo que conseguiste entrar, aunque no te haya invitado.
- Tú siempre entras en mi departamento, así que pensé podía hacer lo mismo.
- Ya veo, bien, subamos entonces.
- Ok, —y su tono de voz parecía un reproche—.

Cuando entramos, él se sentó con esa actitud de “hablemos de lo que ha pasado”. Pasé a la cocina y procedí a hacerme café, era lo único que quería en ese momento y dormir.

- Se ve que estás muy trasnochada, así que debes haber pasado una noche difícil.
- Digamos que difícil no es la palabra que usaría, —le dije sonriendo—.
- Mmm, me imagino.
- ¿Qué te pasa?, estás muy raro últimamente, lo he notado desde ese día que fui a tu departamento.
- Lo que pasa es que he estado reflexionando y mucho de todo esto que hacemos.
- ¿A qué te refieres?
- ¿No te cansas de esta vida?
- No, ¿por qué?, ¿tú sí?
- Creo que todo tiene un límite y yo he sobrepasado el mío.
- ¡Vaya!, ¿el gran Federico I, el cazador de cazadores, cansado?, no puedo creerlo, creí que jamás escucharía eso, que mis ojos no verían este día fatídico, pero al parecer ha llegado. Dime la verdad, ¿qué es lo que te pasa?, —le dije sentándome a su lado—.
- No me pasa nada.
- Te pasa y mucho, eso es evidente, lo puedo ver tan solo con mirarte a los ojos.
- Bien, como te dije, estoy cansado.
- Estás enamorado de alguien, ¿es eso?, no entiendo, antes me contabas cosas y ahora parece que hay un muro fuerte entre los dos.
- Ya sabes lo que dicen, es la línea roja, es algo que siempre debemos respetar.
- Lo sé, pero eso no te ha impedido nunca hablarme de tus sentimientos.
- Sí, pero la verdad es que me siento un poco cansado, siempre lo mismo, todo el tiempo esta sensación de hacer las mismas cosas, las normas, quiero una vida diferente.
- ¡Oh... vaya!, no puedo creer lo que estoy escuchando, esto es una aberración, el que digas eso es como... algo muy malo debe estarte pasando, esto es terrible.

¿Qué era lo que este hombre se proponía?, por mi mente pasaron miles de cosas. Su extraño comportamiento, la manera en que me había propuesto ese juego maquiavélico, no sabía qué pensar y esa forma de mirar me tenía realmente confundida.

- ¿Por qué dijiste eso?
- ¿Qué cosa?
- Ya sabes qué cosa.
- ¿Te refieres a la apuesta?
- Así es.
- Bueno, me dijiste que escogiera a quien deseara, y eso hice.
- Esto no es una broma, ambos somos cazadores, no puedes escogerme a mí.
- Tus palabras textuales fue que podía escoger a quien quisiera de ese lugar, y eso hice.
- No sé qué rayos te propones con todo esto, es el juego más extraño que me has propuesto.
- Te gustan los buenos retos ¿no es así?
- Pero es que esto no tiene sentido, yo no puedo ser cazadora y presa al mismo tiempo, además, es absurdo, soy yo, tu amiga, no puedes hacer eso, esto va en contra de las normas.
- No hay ninguna norma que lo prohíba.
- Debe haberla, esto es tonto y absurdo.
- Pero posible, sin duda que es posible.
- ¡Estás loco!, —le dije levantándome molesta del sofá—. No sé qué rayos te pasa, debes haber perdido la cabeza, ¡maldita sea!, ¿cómo me haces esto?, se supone que soy tu mejor amiga.
- Cuando hacemos competencia, lo sabes, aquí nadie es amigo de nadie, además, será mi última cacería.
- ¡Qué rayos!, —le dije sorprendida—.
- Así es.
- Pensé que este día jamás llegaría.
- Así son las cosas.
- ¿Por qué me escogiste a mí?, no lo entiendo.
- Dijiste que debería ser la presa más difícil, y lo eres, si escogiste a Adolfo, cualquier otra cosa no podría ser justa.
- Entiendo, entiendo, espero que no haya ningún otro interés tras esto.
- No lo hay.

Esto sonaba como una completa locura, es más, no podía creer que él me dijese eso, las cosas sin duda se complicarían. Pero si de algo estaba segura es que en esta competencia yo sería la triunfadora. De ningún modo daría mi brazo a torcer, jamás había perdido y esta vez no sería la excepción, con línea roja o sin ella, él estaba dispuesto a romper con las reglas.

Pero yo no, pues todo buen cazador sabía que jamás debería hacerse ese tipo de cosas, él estaba violentando sus propios decretos, y eso solamente podía terminar muy mal. Esta vez mi querido Federico perdería, la victoria no estaría en sus manos, pese a que no deseaba derrotarlo.

Veía en sus ojos un rescoldo de luz, una especie de ansiedad nerviosa, en ellos había un fuego que todavía no se había extinguido. Mientras yo era como un témpano de hielo, alguien cuyo corazón había sido sellado, endurecido con las experiencias de la vida. Era como un cazador

atrapado en su propia trampa, él mismo había comenzado la labor como un pigmalión, el creador de la más perfecta escultura. Pero yo la había terminado, y ahora estaba segura de ser invencible con línea roja o sin ella.

Al ver sus hermosos ojos grises y el fuego que habitaba en ellos, me repetí mentalmente las leyes: no ser débil, ni flaquear, no enamorarse nunca, no estar mucho tiempo estancado y jamás usar el poder contra ti mismo. Lo sabía muy bien, la primera y la última de ellas, no las rompería, por nada del mundo lo haría, en esta guerra solamente podía quedar un cazador y esa por supuesto que sería yo.

“Una cacería es un pacto, todo pacto tiene una línea, a veces más clara y otras más difusas. Es una línea roja, una que va desde las palabras hasta el corazón, jamás debe cruzarse, si lo haces... si la cruzas, sufrirás las consecuencias y no querrás saber cuáles son”.

Orlando Núñez, Playboy.

Continuará...

Si te ha gustado este libro, por favor déjame una reseña en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Saga Libros 1-6

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Saga Libros 1-6

Profundamente Violeta (Libros 1-3)

Muros de Cristal (Libros 1-3)

Con o Sin Derechos (Libros 1-3)

Íntimos Deseos. Una Novela Romántica de Mercedes Franco

Sagas Libros 1-3

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga Libros 1-3

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga Libros 1-3

Las Intrigas de la Fama Saga Libros 1-3

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos Saga Libros 1-3

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado. Saga Libros 1-3

LOVECOINS. ¿Y si el amor fuese una criptomoneda...? Saga Libros 1-3

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Mis libros de Fantasía y Romance Paranormal:

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros Saga Libros No. 1, 2 y 3

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal Saga Libros No. 1, 2 y 3

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Saga Libros No. 1 al 6

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Corona de Fuego. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Oscura Dinastía Saga Libros No. 1, 2 y 3

La Furia y El Poder De Las Sombras Saga Libros No. 1, 2 y 3

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista Saga Libros 1 y 2

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada Saga Libros 1 y 2

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Deseos Embriagantes.

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tântrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes

CON Y SIN DERECHOS

Un as bajo la Manga

Libro 3

TERCERA Y CUARTA REGLA

Se habían usado las reglas durante tanto tiempo porque funcionaban, lo hacían como por arte de magia. Las personas respondían ante ellas como marionetas, tomaban la dirección que se les diera, se movían con los hilos de sus propias indecisiones e inseguridades.

Definitivamente, un buen cazador sabía estar en el momento exacto, en el lugar justo y poseía las maneras apropiadas. Si dominabas el fino arte de la cacería podrías tener el mundo bajo tus pies, ¿quién no querría eso? Pero no todos llegaban a este nivel, hacían falta muchas más destrezas.

El secreto de los grandes cazadores era un misterio para los más inexpertos, alguna vez fui uno de esos, los cuales se preguntaban “¿qué se puede hacer para llegar a ese lugar privilegiado? ¿Acaso se trataba de pulir las técnicas que nos habían sido legadas?” Me pregunté entonces si tal vez sería, jamás dudar de uno mismo. No, por supuesto que no, era mucho más sinuoso que eso, un buen cazador era aquel que conocía sus propias debilidades y no huía de ellas, sino que las usaba a su favor. Un arte poco conocido y muchas veces subestimado, tanto que, este pequeño pero importante detalle, era dejado de lado por la mayoría.

Era el peor error que se podía cometer, el dudar ante la falla, esconderla o disimularla, porque tarde o temprano saldría, entonces iría por ti, y sin duda que te destruiría de una buena vez, con la furia de un huracán. Debías abrazarla, lanzarte al fuego con ella para luego tomar esas cenizas en tus manos, decirle en su cara que no podía contigo. El mejor aliado y el mejor enemigo de un cazador es un corazón que no siente.

Todos tenían una debilidad de alguna u otra manera y yo no era la excepción, por supuesto. Poseía muchas, pero estaba consciente que, si me dejaba llevar por el orgullo, acabarían conmigo, las tomé en mí, y ese era el secreto de mi triunfo.

¿Cuál era la mayor de mis debilidades? Esta tenía nombre y apellido, Federico Román, quien pensaba era mi amigo, a quien yo vi como mi compañero, confidente y amante, a quien yo creí muchas cosas. ¿Qué podías obtener sino unas manos vacías y la sensación de sentirte tonta?, tanto como el día que me encontró sentada en esas estúpidas escaleras llorando por un idiota.

Las reglas eran muy claras, no debías estar mucho tiempo estancado y en cierta forma ambos la habíamos roto, estancándonos en una amistad que estaba cimentada sobre las arenas movedizas. Ese era el peor pecado de un cazador, si no te adaptabas al ambiente, a las condiciones que iban surgiendo, pasabas de ser cazador a convertirte en una presa, eso era indudable.

Era un juego sin sentido, en el cual uno solo ganaría, pero el otro resultaría severamente lastimado, de eso no había duda, ¿por qué nos hacíamos esto?, ¿por qué nos empeñábamos en destruirnos? ¡Qué juego más tonto y peligroso el que estábamos llevando a cabo, hecho con fuego y pólvora, hecho con hiel!

El sabor de la derrota era amargo, generaba una pasta salitrosa en la boca, una amalgama de muchas cosas, y ninguna era buena, eso era cierto. El triunfo es vacío y, sin embargo, todos le desean, ¡qué gran contradicción!

La otra regla fundamental era una de las más importantes, no usar el poder contra ti mismo. Siempre lo había respetado, y hasta el día de hoy lo seguía haciendo, pero él era otra historia, no había respetado su propio juego, y en virtud de eso debería pagar las consecuencias.

Un cazador que usa sus armas contra sí mismo solo puede terminar destruido. Una sola debilidad, un solo fallo y entonces acabará lastimado. ¡Qué mal cuando entregas más que tu cuerpo al otro!, ¡qué mal cuando entregas más que la pasión al otro!, es la peor manera de caer en el abismo.

Es un abismo profundo y oscuro, no veo cómo alguien podría salir ileso, tengo miedo, no mentiré, estoy a punto de hacer algo que nunca creí haría. Se hace de noche y ese día ya está muriendo, la noche viene y ya es el momento en que la luz se fuga en el horizonte, las mil agujas de oro que flotan en el mar me siguen fascinando más que cualquier otra cosa, exceptuando los ojos grises de Federico.

Quisiera ser otra vez esa chica, la misma que estaba en la escalera llorando, desearía que él nunca se hubiese quedado conmigo, hablando sus estupideces. Desearía nunca haberlo conocido, que no me hubiese contaminado con su veneno, este que ahora nos está corroyendo a ambos, me está matando al saber que no hay más oportunidades y este es el momento de la verdad, solamente una carta, es la única que queda y luego el juego habrá terminado.

CAPÍTULO VIII

Trato o truco

Un trato es un trato, así que mientras caminaba con los ojos vendados, con ese hombre detrás de mí, pensaba en cómo terminé en este lío, por supuesto el nombre de Federico vino a mi cabeza, el idiota de Federico era parte importante de todo este problema. A veces se hacían cosas por el simple capricho de tener la razón y más cuando se trataba de personas como nosotros, que querían ganar a costa de lo que fuese.

- No te vayas a quitar la venda de los ojos.
- No lo haré, —le dije con decisión—, pero la verdad es que ya me estaba asustando, ¿qué se proponía con todo eso?, ¿qué clase de invento se traía entre manos?
- Te va a gustar.
- Eso espero, después que me has hecho hacer todo esto, y caminar como una tonta con los ojos vendados, más vale que me guste.

¿Qué tenía este hombre en mente?, me preguntaba si era algo masoquista, le gustaba anticipar las cosas y era evidente que tenía experiencia en cualquier cosa. Me hablaba con susurros detrás de la oreja, y sentí la brisa sobre mí cada vez con más fuerza, ¿qué rayos era esto? ¿Por qué me había traído a este sitio?, ¿qué era lo que quería de mí?

Adolfo Lorenzo era un hombre inteligente y muy atractivo con una creatividad increíble para sorprenderme siempre, lo había hecho más de una vez. Pero todas sus acciones tenían un camino, uno que había adivinado, lastima, ¡qué lástima!

Sus detalles eran espléndidos, como el día que me llevó a una joyería para escogerme un anillo y me puse nerviosa pensando que tenía otras intenciones. Ese fue el momento cuando le hice saber que no quería nada de joyas en mi vida, que esas cosas no me gustaban, pero no estaba segura si había entendido bien el mensaje.

- Debes tener paciencia querida, y verás, te advierto, no tiene nada que ver con joyas, así que puedes estar tranquila.
- Ok, muy bien.

De pronto, mi mente comenzó a volar surcando por el espacio y yendo a mejores tiempos, aquellos en los que fui feliz, cuando todo era más divertido, y el mundo parecía pintado con colores fuertes y alegres. Federico me miraba con cara traviesa, mientras yo apenas podía creer lo que estaba viendo.

Como si nada, en medio de toda esa inmensidad comenzó a quitarse la ropa, parecía la cosa más natural del mundo para él, primero se quitó la camiseta dejando al descubierto sus maravillosos pectorales y brazos, rayos, este hombre se cuidaba muy bien. Posteriormente, se quitó los pantalones y todo lo demás, hasta quedar como lo trajeron al mundo, enteramente desnudo y pleno.

- ¿Qué?, ¿qué cosa?, ¿por qué me miras así?

- Es que... ¿vas a caminar así por la playa? ¿Qué te pasa?, ¿acaso estás loco?
- Jajajajajajaja, eres tan conservadora, tanto que casi me aburres, todo te sorprende, todo te asombra.
- Es que, ¡alguien podría verte!
- ¿Y qué?, —le contesté con un gesto de descaro—.
- ¿Cómo es eso de “y qué?”, eso es exhibición impúdica, ¿no lo sabías?
- Jajajajajajajaja, exhibición impúdica, ¡cielo santo!, ¡qué cosa más tonta acabas de decir!, amiga, querida Pen, por favor, no sabes cuánto quisiera que te sacaras ese palo que tienes atravesado en tu lindo y hermoso trasero, vamos, demuéstrame que no he perdido mi tiempo contigo.
- ¿De qué hablas?, —dije con gesto de terror, anticipando lo que él pudiera decir—.
- Estoy diciendo que te quites todo eso y vengas conmigo a caminar por la playa, así, como la gente decente.
- ¿Como la gente decente?, tú sí que estás loco, ¡cielos!, ¿cómo puedes desnudarte así?, como si cualquier cosa y andar así, ¡cielos, así!
- ¿Qué tiene?
- ¿Cómo es eso de qué tiene? Te podrían ver, ¿eso lo entiendes? Que estás desnudo y que alguien podría verte así, eso es exhibicionismo.
- Tal vez exista una pequeña probabilidad que así sea, pero no tengo ningún problema con exhibirme, siempre he creído que tengo buen cuerpo.
- ¿Una pequeña probabilidad que así sea? ¡Cómo es que eres tan descarado!, no lo entiendo y mírate cómo lo dices, como si nada, cada vez me sorprendes más, no puedo creer que en verdad hagas esto, ¡estás completamente loco!
- Prefiero estar loco que ser un aburrido como tú, eso es definitivo, eres la mujer más aburrida del mundo, y lo peor es que tienes un cuerpo increíble, si alguien te viera sería un chico con suerte, definitivamente, no puedes ser tan egoísta como para dejar que solamente yo vea todo eso, no puede ser. Jajajajaja, mírate, estás muy bien, debes quitarte esos escrúpulos tontos, vamos, este es el momento.
- ¿Quieres que me desnude?
- Sí, definitivamente, es un reto, es más, te reto a que lo hagas, de lo contrario, me sentiré muy decepcionado de ti como mi discípula.
- ¿Discípula?, jajajaja, ¡qué cosa más boba!
- Bien, ¡ demuéstrame que tienes la fuerza para hacerlo y que no eres una cobarde que tiene miedo de jugar a un buen juego!

Allí fue cuando todo comenzó realmente y lo que era un entrenamiento inocente terminó por convertirse en un duelo de poderes, en una pugna donde dos contrincantes se enfrentaban hasta el final, aunque en ese momento no lo sabía. Le miré y un fuego enardeció mi rostro, mi debilidad también era el juego, un buen reto que lograba despertar en mí un fuerte espíritu competitivo.

- Entonces, estoy esperando por ti ¿te atreves o no?
- Bien, maldita sea, está bien, lo haré.
- Esa es mi chica, así me gusta.
- Eres un maldito, lo haré, pero no quiero escucharte hablando tonterías.
- Ok, está bien, me callaré.

Lo hice, me quité todo y le miré con desafío a los ojos, con toda la fuerza de mi ser interno, eso era lo que necesitaba, fuerza. La sensación era muy agradable, el viento soplaba sobre mí, me gustó porque se sentía como la libertad misma. El desgraciado tenía razón, era muy agradable experimentar todo eso, tal cual como si pudiera volar, como si ya nadie pudiese pararme.

Tenía el poder para volar justo en ese instante, las últimas fronteras de mis miedos y de todas las limitaciones que me llenaban se estaban disipando. Así era la vida, tal cual, como si en algún momento despegaría para surcar el mar con fuerza, con esa necesidad que yacía en lo más profundo de mí.

- Lo ves, te lo dije, te lo dije, lo veo en esos hermosos ojos, te ha gustado, lo sabía, solo necesitas que alguien te sacuda, que salga a flote esa chica mala que llevas dentro de ti.
- ¡Cielos!, ¿cómo puede ser que siempre tengas la razón?, eres como una especie de mago, no lo sé, eres como una especie de sabio o algo así, jajajajajaja.
- ¿Algo así?, jajajaja, no te burles de mí o tendré que someterte a mi poder.
- ¿Qué poder?, ¿de qué me hablas?, jajajajaja, inventas cada locura, ¡rayos!
- ¡De este!, —dijo señalando su entrepierna—.
- Muchas veces he sentido ese poder, ya estoy acostumbrada y no me sorprende.
- Jajajajaja, te aseguro que sé cómo sorprenderte siempre, mi querida amiga.

Entonces salió corriendo ante mi sorpresa, era fascinante saber cómo el cuerpo humano estaba lleno de rarezas, pero también de la más sublime hermosura. Este hombre tenía un poder muy grande sobre sí, y lo sabía, ¿cómo resistirse ante eso?, no había manera, su cuerpo era una invitación para la más exquisita de las lujurias, la había probado, y quería seguirlo haciendo.

- ¡Espera!, ¡no corras tan rápido!, —entonces se detuvo, me miró con atención, sus ojos estaban en los míos, por un segundo fue un instante mágico, como si algo estuviese pasando, algo que no tenía nombre o que al menos no merecía tenerlo—.
- Te ves hermosa, la verdad es que así te ves plena, en todos los sentidos, debiste ser modelo o algo así.
- Jajajaja, eres un idiota y siempre lo serás.
- No estoy jugando, hablo en serio.
- Contigo nunca se sabe cuándo hablas en serio o no, si eres una persona seria o simplemente quieres jugar con las palabras.
- Me gusta jugar con todo, ya lo sabes, pero esto que tenemos es especial, no siento que deba decirlo, porque te lo doy a entender de una forma más importante a través de las palabras.
- ¿Especial?, —le dije con reticencia—, ya sé a qué te refieres con eso.
- Sí, lo es, eres mi amiga, de alguna extraña y retorcida manera eres especial para mí, jajajajaja.
- ¿Extraña y retorcida manera?, jajajaja, tienes cada forma de decir las cosas.
- Así es, no puede haber otra con nosotros, no somos de esas personas que se comportan como las parejas normales, ya lo sabes, eso sería demasiado obvio, demasiado aburrido.
- Así que ahora somos una pareja, ¿desde cuándo es eso? Ya que no me había enterado, ¿a ver?
- Jajajajaja, bueno, te lo estoy informando ahora, ¿te parece poco? Eres mi chica favorita, si tuviese una pareja, tal vez serías tú, porque no puedo encontrar a nadie que sea tan retorcida

como yo.

- La verdad, no estoy segura que eso sea un cumplido.
- Lo es, eres mi chica, lo eres, —y tal parecía que se llenaba la boca con eso—.
- ¡Hey!, —le dije acercándome—, no soy tu chica, no soy nada tuyo, recuerda lo que hemos hablado, esto que tenemos es una relación profesional y de amistad, no me confundas con otra de esas chicas a las que engañas para luego soltarlas con tu dichosa frase de “a otra cosa mariposa”, así que olvídate de eso.
- Jajajajajaja, ¡cielos!, eres toda una fiera, sí que lo eres, pero eres mi fiera favorita, de eso que no te quepa la menor duda.
- No me importa ser nada tuyo, estamos juntos por una casualidad del destino, nada más, así que no te creas que tienes algún tipo de influencia sobre mí, ni poder, —le dije mirándolo con fiereza—.

Era la estudiante mostrando su lugar en el mundo, él no me dominaría, no dejaría que pusiera su poder por encima de mí, bajando al lugar en el cual tenía a todas esas niñas tontas de las cuales se aprovechaba. No estaba a ese nivel, ni lo estaría nunca.

- Bien, como quieras, está bien, no te enojés, no eres como ninguna de esas mujeres, por eso te escogí.
- Olvídalo, tú no me escogiste, fui yo la que te escogí a ti, de eso que no te quepa la menor duda.
- Ok, bien como digas, pero...
- Basta, Federico, no te pases conmigo.
- Bien, pero no te molestes, vamos, solo pasemos bien este momento, se me ocurren muchas otras nuevas ideas para él, además, ya estamos desnudos, así que en ese sentido las cosas se facilitan.
- Tienes una mente muy retorcida Federico Román.

Lo que pasó ese día no tenía por qué explicarlo, porque resulta obvio. Un buen recuerdo, una buena experiencia que me servía de mucho, tenía tanto a lo cual apelar cuando se me presentara una ocasión como esa y mi pudor salió volando, como una mariposa que remonta el vuelo muy alto. Quizás era lo último que quedaba de esa chica, ahora ya era una mujer entera, moldeada por el fuego de la experiencia.

De estas experiencias me quedaron dos grandes aprendizajes que jamás se me olvidarían. Uno, la libertad de vivir a mi manera, sin los convencionalismos que se esperaban, aderezado por el gusto de estar desnuda donde y cuando yo lo quisiera; el otro, mucho más poderoso que el anterior, era la seguridad de mi propio poder, del que ejercía con mi cuerpo, con la sexualidad de la cual había sido revestida, de la fuerza con que podía dominar en este mundo a aquellos que tuviesen la mala suerte de toparse en mi camino.

Por supuesto que eso lo incluía a él, y desde ese instante una idea comenzó a flotar en mi mente, mejor dicho, dos ideas. Una la de no dejarme derrotar por nada ni por nadie, ni siquiera él podía arrebatarme lo que él mismo me había dado, no me conformaba, lo quería todo, incluso, lo que había escondido de mí, hasta sus fibras más sensibles. Le quitaría todo lo que me había negado, lo que habitaba en su mente, así como si nada, solamente podía haber un cazador, y esa

sería yo.

La otra, era tan tonta que ni siquiera me atrevía a confesarla, una palabra absurda que denotaba debilidad. Tan tonta que solo podía ser usada por las personas que no tenían poder sobre sus propias emociones y, por supuesto, que yo no era una de ellas.

Federico siempre sería para mí un caso perdido, ese que estaba al otro lado de un muro inexpugnable. Sin embargo, me seguía preguntando qué era ese brillo en sus ojos, ese que vi segundos después que entró por esa puerta, esa noche cuando bailé con mi traje de odalisca. Me seguía preguntando qué era esa sensación que estaba dentro de mí, una especie de corriente eléctrica, era ineludible sentirlo mientras él sostenía mis manos entre las suyas.

Tenía que ser sincera conmigo misma y entender mis propias debilidades. Aunque sabía que no podía flaquear, la mejor manera de triunfar era confesarme a mí misma lo que podía estar sintiendo, saberlo, entenderlo, para así matarlo dentro de mí. No había otra manera sino entregando mi corazón al fuego, calcinándolo, que solo quedaran cenizas, que se convirtieran en hielo, esa era el arma más poderosa de todas. Un corazón de hielo que no podía ser derretido, un corazón frío e inexpugnable.

Debía protegerme para poder salir adelante, sobre todo de Federico, mi mejor amigo, confidente, compañero y algunas veces amante. Estábamos juntos en las buenas y en las malas, pero, aun así, un muro nos separaba, uno que era cada vez más grande, nos distanciábamos, y era lo mejor, dos cazadores no podían estar juntos en el mismo lugar. Las normas debían respetarse por una buena razón, sino se volverían contra ti, tarde o temprano.

Ahora veía la verdad inconfesable, un sentimiento extraño, sus ojos no eran los mismos, un hombre diferente estaba ante mí, lo sentí mientras me abrazaba, cuando estaba entre sus brazos y él en los míos. Lo vi cuando entró, con esa cara de insatisfacción, estaba aburrido, cansado, y un cazador cansado siempre sería un cazador peligroso, en busca de nuevas emociones podía llevarse el mundo por delante.

Tenía una inquietud, algo estaba rondando en su laberíntico corazón, en esa trama compleja que eran nuestras vidas. Entonces supe que algo se avecinaba, estábamos a punto de jugar con fuego, una dinámica completamente peligrosa, y por supuesto, lo más seguro es que nos quemaríamos.

Lo necesitaba, estaba muriendo como lo haces cuando te estancas, algo estaba anidando en su mente. Sentí su cuerpo entre el mío, cálido y frío al mismo tiempo, pero había algo más, su piel vibraba, temblaba. Se había roto esa barrera, él estaba buscando algo más, y esperaba que no fuese yo.

Volví a ese sitio, al cruel presente, en el cual Adolfo me tenía entre sus brazos, su fuerte presencia a mi lado. Él quería mostrarme algo que seguramente no podría impresionarme, porque cuando pierdes la habilidad de sorprenderte no puedes recuperarla jamás. No me conocía lo suficiente como para llegar hasta el fondo de mi alma.

Ahí estaba mostrándome el precioso acantilado que otras veces yo misma había visto, y con

inocente descaro me lo quería regalar, como si pudiera hacerlo ¿qué se había creído este hombre? ¿Acaso era el dueño del mundo? Como si fuese algo novedoso, debía forzarme mucho para entrar nuevamente en el papel que me había tocado interpretar, el de una chica seductora y desinteresada, justamente lo que él quería que fuese. Se quedó esperando mi reacción, entonces le sonreí y me volteé para besarle, tal cual como sabía que le gustaba.

- Estaba seguro que te gustaría, me di cuenta que te fascina el mar tanto como a mí, por eso pensé que deberíamos ir nuevamente a esa isla y ver todo lo que no pude mostrarte.
- Me mostraste muchas cosas.
- Sí, pero hay más, tiene unos paisajes fantásticos. Esta vez te mostraría muchas otras cosas porque tenemos más tiempo, sé que debes estar ocupada con tu trabajo, pero sin duda, creo que podrías hacer un poco de tiempo para disfrutar las maravillas de la vida, y luego podríamos ir quizás al mar Egeo en uno de mis yates, es uno de mis lugares favoritos en todo el mundo, ese lugar no solo es hermoso, sino que está lleno de magia.

Me sorprendió su propuesta, ningún hombre me había ofrecido navegar por el mar Egeo. Pero no podía demostrarle mis sentimientos, por nada del mundo lo haría, eso sería como entregarle el poder en sus manos.

- Sabes, te informo que no todos somos multimillonarios como tú, hay personas que tenemos que trabajar todos los días para ganarnos el dinero. Deja de robar mi tiempo y estar mal aconsejándome, porque esta señorita que está aquí tiene que trabajar, jajajajajaja.
- Jajajajaja, no seas así, jajajajajaja, no seas mala, yo soy un hombre tierno y cariñoso, solo quiero complacer a una mujer hermosa, mereces exhibirte conmigo en un lugar que esté acorde con tu belleza.
- Oh... ok, bien, podría aceptar si me dejas pasear desnuda por la cubierta de tu yate.
- Jajajajajaja, bueno, creo que no haría objeciones respecto a eso.
- Ok, entonces debería aceptar, eso creo.
- No hay problema, todo puede arreglarse.
- Sabes que por ti puedo hacer lo que quiera, puedo sorprenderte mucho más de lo que hayas imaginado, y lo mejor de todo, sin perturbar tu tiempo, ni robar tu calma, para eso estoy aquí, para cumplir todos tus deseos.

Él pensaba que podía comprarlo todo con su dinero, pero el único deseo que tenía no podía cumplirlo. Lo que quería era volver el tiempo atrás y ser aquella chica que una vez fui. Penélope, aquella muchacha que poseía inocencia y que tenía grandes sueños, los cuales no estaban viciados por toda esta sensación de vacío por lo que me había contaminado, era un camino limpio que no estaba dado.

Ahora, cuando miraba en retrospectiva, me daba cuenta de que toda mi vida había sido como un sueño. Descubría que, a pesar de mis logros, era una persona extraña, la otra se había quedado atrás hacía mucho tiempo.

- Y bien, me gustaría saber en qué piensas tanto, es que tengo una impresión contigo.
- ¿De qué hablas?
- Tal vez quisieras estar en ese sitio con alguien más, y si es así, pues...

- Jajajajajaja, por favor, ¿te refieres a que si estoy enamorada de alguien?
- Sí, algo así, a eso me refiero.
- Por supuesto que no, esas son tonterías y tú deberías saberlo mejor que cualquiera.
- ¿Qué cosa?
- Que el amor no existe.
- Oh... ¿así que eso crees?
- ¿Tú no?
- No.
- ¡Qué!, cielos, me sorprende que precisamente tú digas algo como eso.
- Querida, eres una chica joven, apenas tienes unos 30 años o algo así, tal vez menos, no lo sé, pero lo cierto es que el hecho que no creas en algo, no quiere decir necesariamente que no exista.
- Jajajajaja, pero no existe entonces para la persona que lo cree.
- Puede ser, pero en este mundo vives rodeado de otros, tarde o temprano eso te atraparé, créeme, lo sé, y tal vez tú también debas saberlo.
- ¡Qué raro!, no pensé que...
- ¿Qué?
- Nada.
- ¿Que fuese una persona capaz de tener pensamientos profundos?
- No quise decir eso.
- Tranquila, no tengo ese tipo de susceptibilidades.

No quería admitirlo, pero tal vez él tenía razón, quizás en la vida las cosas existían por sí mismas, los sentimientos, las ideas, sin que necesariamente creyéramos en ellos. Ese lugar al que me había llevado era una muestra de eso, me había conquistado en todos los sentidos, y le agradecía por ello, porque era el testimonio que los sentimientos debían existir en alguna parte. En algún lugar que yo no había conocido, justo hasta ese instante en que me encontré frente a frente con ese mar que parecía hecho de oro.

Lo malo es que hubiese deseado estar allí con otra persona, era el lugar más romántico del mundo. Tal vez llegaba un punto en que simplemente tu corazón pedía a gritos el amor, necesitaba de un consuelo, como cuando sientes la sensación de hambre y sed.

Lamentablemente, estaba con alguien que no significaba nada, más allá de una noche de pasión o de poder apreciar la belleza e inteligencia de este hombre exitoso, interesante. Pero un extraño deseo se apoderaba de mi mente, tener a quien amar, una persona con la cual pudiera compartir la belleza de ese espacio y entregarme por entero, no solamente en el cuerpo como lo había hecho hasta ese momento, sino con el alma.

No podía negar que me gustaba ese hombre, ¿a quién no le gustaría?, pero mi alma se encontraba vacía. Hasta ese instante no me había importado, no lo podía apreciar, pero con este sentimiento que se había desatado dentro de mí, las cosas se veían desde otra perspectiva. ¿Qué era eso, esta maldita necesidad de estar viva por dentro, de sentir el dolor de la ausencia y no este vacío que era frío como el hielo?

- Podría darte lo que me pidieras, puedes estar segura que lo haría, —me dijo con decisión—.

- No necesito que me des nada, no soy el tipo de mujer que necesita que le den cosas.
- Ok entiendo, tranquila, no dije nada.

Pude sentir su decepción, trataba de impresionarme, pero no podía y estaba segura que eso le generaba un sentimiento de frustración. Me encontré con esos ojos azules que decían tanto, ese hombre era hermoso, profundo, me preguntaba ¿qué pasaba por mi mente?

¿Cómo era que a su edad continuaba con ese juego?, tal vez merecía algo mucho mejor que eso de autodestruirse en la soledad y en la ironía de esta vida. Era como verme en un espejo, ¿así sería yo en el futuro? No, por nada del mundo quería eso.

Este juego tonto no duraría toda la vida, tarde o temprano acabaría, y la verdad sentí un poco de miedo. Seguir cazando como él, también era una manera de quedarme estancada, eso generó una gran contradicción dentro de mí. Vivía en tratos y trucos, siempre mintiendo, siempre fingiendo, tal vez yo también debía terminar el juego de una vez por todas, quizás también, a mi manera, estaba completamente cansada. Trato y truco, era esta existencia, emocionante, pero increíblemente agotadora, tanto que suspiré profundamente y sentí que era la hora de acabar con todo esto, así acabara conmigo misma.

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.

CAPÍTULO IX

Nieve sobre fuego

El ambiente era propicio, el fuego crepitaba entre la nada reflejando sus brillos y colores cárdenos sobre mí y en su rostro, haciendo que su cara pareciera estar enrojecida. La temperatura había bajado unos cuantos grados, pero todavía se sentía cómodo. Del otro lado, se escuchaba el oleaje, y él estaba mirándome en silencio, mientras mis pies descalzos sentían la agradable sensación de la arena húmeda. Caminamos hasta la bendita fogata, sabía lo que se traía entre manos, el pobre era tan predecible para mí, era un libro abierto el cual había leído muchas veces.

- Así que no has olvidado la estúpida llave.
- Ya sabes lo que dicen, siempre sirve para algo.
- ¿Qué es todo esto, si se puede saber?
- Una fogata es cuando enciendes un fuego usando...
- ¡Idiota!, sabes perfectamente lo que te estoy preguntando, dime, ¿qué es lo que te traes entre manos?
- Sabes lo que me traigo entre manos, atraparte, eso es lo que quiero, esa fue la apuesta que hicimos.
- No debiste haberlo dicho entonces, no entiendo ¿qué tipo de truco estúpido estás usando?

Mi intención era llegar hasta allí para luego largarme, pero por alguna razón no podía moverme de donde estaba, la curiosidad mataba al gato, y yo era una gata muy curiosa. Su cara tenía un gesto de decisión muy masculino, sus fuertes facciones eran acentuadas con ese brillo furioso del fuego, estaba muy serio, casi rabioso, como si se estuviera preparando para una gran batalla.

- No estoy usando ningún truco, esto es solamente el trato que hicimos, tú enamoras a Adolfo y yo lo hago contigo, así de sencillo.
- ¿Cómo rayos se supone que harás eso?
- ¿Qué?, —dijo arqueando una ceja—, ¿tengo que revelarte mis trucos?
- Esto debería estar prohibido en algún lugar, no está en las normas, sabes que esto no tiene ningún sentido, es absurdo lo que estás haciendo. Solo vine a ver de qué se trataba, pero ya me voy, lo que haces no tiene ningún sentido, mira que hacerme recorrer toda la ciudad a esta hora solamente para verte aquí, con esta tonta fogata, ¡debes estar loco!
- Ya revisé y no lo está, —dijo haciendo caso omiso de todo lo demás que le había dicho—, es legal hacerlo, así que no puedes ponerme objeciones.
- ¿Escuchaste lo que te dije?
- Sí, ya te escuché.
- Pues no parece que lo hicieras.
- Lo hago, pero la verdad es que por alguna razón viniste hasta aquí, así que, me parece risible que solo hayas venido para decirme que te vas, jajajajaja.
- Eres un estúpido.

Me molestó su actitud, como si se riera de mí, ¿qué se había creído?, tan solo porque me había enseñado unos cuantos trucos pensaba que ya podía incluso, adivinar lo que haría, pues

estaba muy equivocado. Le miré muy serio, este hombre no tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

- No debes tomar una presa que sea cazador a la vez, me estás perjudicando, lo sabes.
- ¿Por qué?
- Mmm... pues perjudicas mi cacería idiota, esto no es un juego justo.
- ¿Por qué?, ¿te distraigo? —Me dijo sonriendo—, debiste haberlo pensando antes de aceptar, pudiste decir que no, pero, te diré algo... eres una mujer ambiciosa, al igual que yo te gusta ir por todo, en ese nos parecemos mucho, por eso no te negaste, porque en el fondo te gusta arriesgar, no tengas miedo, si eres lo suficientemente buena lo lograrás, simplemente, que gane el mejor.
- Por supuesto que no, claro que no, si sigues saltándote las normas esto no terminará bien.
- Lo sé, y créeme, esas normas me son tan conocidas como si yo mismo las hubiese inventado. Un cazador jamás debe distraerse.
- ¿A qué te refieres?
- A que no te distraigas o se te irá la presa.
- Eso nunca ha pasado.
- Está bien, me parece genial, nunca lo hagas porque tal vez la presa entonces salte sobre ti y acabe contigo.
- Eso no pasará.
- ¿Cómo estás tan segura? —Me dijo sonriendo de forma mordaz—.
- Lo sé, es todo, no creas que tienes dominio sobre mí, porque no es así.

Nuestras miradas se encontraron y eran dos fuerzas contrarias, dos fuegos que chocan. No, más bien como el fuego y el hielo, como el fuego en la nieve. Recordé haber visto un experimento, uno de esos ejercicios curiosos y excéntricos en el cual funden hierro hasta convertirlo en lava para luego verterlo sobre hielo seco. Tal vez todos podrían pensar que el hielo se derretiría, que todo el poder del calor disolvería esa masa fría, pero no, en verdad es asombroso, el frío tiene mucho más poder, porque esa lava se enfría hasta quedar inerte.

Yo era ese hielo y él fuego, uno que se proponía a destruir todo a su paso. Este era un duelo, el peor de todos cuantos había tenido, los dos enfrentados. Antes éramos aliados, pero en este momento eso estaba acabando, de una buena vez y por todas, sus ojos grises tenían un brillo fiero como si se enfrentara ante un animal salvaje.

- ¿Qué es lo que te propones? A ver, sé sincero.
- ¿Cuándo un cazador debe revelar sus propósitos? ¿Acaso tú me dices los tuyos?
- Esto es muy diferente, soy tu amiga, lo sabes, hemos estado juntos por mucho tiempo, demasiado como para que me puedas engañar.
- Siempre hay maneras de engañar, pero no, no haría eso, no tengo necesidad de engañarte.
- Pues es mejor así, no lo intentes porque conozco todos tus viles trucos, espero que eso lo tengas presente.
- Uno nunca sabe todo de una persona, ¿o ya se te olvidó ese principio?
- En tu caso sí, hemos pasado demasiado tiempo juntos, así que no creas engañarme, —le dije frunciendo el entrecejo—.
- Jajajajajaja, no te molestes, ya sabes que una de las reglas...

- Estoy cansada de tus estúpidas reglas, no tienes que recitármelas, no es necesario, me las sé todas y cada una de ellas.
- Es bueno que te las sepas, jajajajaja.
- ¿Por qué tienes esa pose de burla?, no lo entiendo, me molesta que tengas esa actitud.
- No te molestes, esto es un juego, lo sabes bien.
- Soy tu amiga.
- Aquí y ahora nadie es amigo de nadie.
- Así están las cosas, —le dije molesta—.
- Así están las cosas.

Entonces me quedé allí, en medio de toda esa atmósfera extraña y llena de electricidad, mirándolo, tratando de descifrar ¿qué había detrás de esos ojos?, ¿cuáles eran los pensamientos que habitaban en esa compleja y difícil mente? Algo estaba pensando, tenía que ser así, de otra manera no tendría ningún sentido nada de esto. Tenía que adivinar sus movimientos, de lo contrario, estaría perdida, de alguna manera tenía que saberlo, así fuese engañándolo, haciéndole pensar que sus trucos tontos estaban dando resultado.

Él mismo lo había dicho, esto era un juego y todo se valía, en una cacería no había amigos. Era el momento de probar de qué material estábamos hechos.

- Adelante, —me dijo extendiendo su mano—, siéntate, ya que has venido desde tan lejos, es mejor que te pongas cómoda.
- ¿Ahora te interesa mi comodidad?
- Por supuesto, ¿qué clase de amigo sería si no fuese así?
- Jajajajajajaja, eres un descarado, —entonces me senté—, había preparado toda esa escena con un solo propósito al igual que yo en mi momento. Miré hacia arriba y el cielo estaba precioso, era el ambiente propicio y por supuesto él sabía que amaba el mar y, sobre todo, las noches en él.

El sonido del mar era hipnótico, suave, muy diferente a la potencia ciclópea del cataclismo que se avecinaba entre los dos. ¿Cómo podía luchar con alguien que conocía casi todos mis trucos y pensamientos? Me consolaba pensando que tal vez a él le pasara lo mismo, que también se estaría preguntando cómo iba a hacer para luchar contra mí, quien lo conocía hasta lo más profundo de su ser, o al menos eso creía.

Él se mantenía en una actitud callada, hermética, mirándome como si un muro entre los dos se hubiese levantado. Era la línea roja, pero cada vez se volvía más fuerte, grande y ancha. ¿Qué estaba pensando?, ¿cuáles eran sus intenciones para conmigo?, ¿qué era lo que se proponía este hombre?

- ¿Qué?, —me dijo riendo—, ¿qué es lo que te pasa?, parece que hay un lío en tu mente, mi querida Pen, jajajajaja, estás dándole vueltas a esa hermosa cabecita tuya.
- ¿Te burlas de mí?
- Por supuesto que no, jajajaja, ¿cómo haría algo así con una inocente paloma como tú?
- Jajajajajajaja, te burlas, bien, sabes que tengo el poder suficiente para congelarte esa sonrisa, lo sabes.

- No lo sé, no estoy muy seguro de eso todavía, hasta ahora, todas tus conquistas han sido algo fáciles, después de todo, ¿qué hombre le diría que no a esto?, —dijo señalándose—, eso es una cacería ganada desde antes de empezarla. ¿No crees que sea hora de un reto verdadero?
- Jajajajaja, no, la verdad es que no, sabes perfectamente que la belleza se gasta en los primeros cinco minutos, luego de eso, se necesita mucho más para lograrlo, eso lo sabes, tú mismo me lo enseñaste.
- Sí, claro, yo mismo te lo enseñé, así que no tienes que recordármelo.
- ¡Ja! Tú mismo, bien, mira este rostro, soy mucho más que tus lecciones.
- Eres una malagradecida, cuando te vi la primera vez, ¡cielo santo!, eras un completo desastre, tal vez todavía estarías llorando en esa escalera o en cualquier otra, si no te hubiese rescatado.
- ¿Rescatado?, jajajajaja, ¡eres un idiota! siempre lo has sido, mírame, ¿crees que todo esto es producto solamente de tus lecciones? ¿Eso crees?
- Sí.
- ¡Ja!, no eres más que un tonto Federico, si eso es lo que crees, no eres más que un tonto, por supuesto, soy más que eso, soy mucho más que tus tontas lecciones, yo me hice a mí misma, —le dije levantando la voz—. Esta mujer que ves no es la que sacaste de este estado de dolor, me he hecho a mí misma, a pulso, he descubierto cosas que ni tú imaginas, así que no quieras tratarme como a una tonta, porque no lo soy, no quieras sacarme en cara la ayuda que alguna vez me diste, porque eso no lo voy a permitir.
- Jajajajaja, no te molestes, esto es solo un juego, querida, solo un juego, y nada más, no tienes que ponerte así, vamos, no seas tonta, solo disfrutemos, —dijo señalándose la botella de vino que tenía allí—.
- ¿Así que me llamaste hasta aquí para burlarte y que beba de tu estúpido vino?
- Eso y que nos actualicemos, no hemos hablado de nuestras cosas, de las tuyas, ¿qué estás haciendo?, ¿qué es de tu vida?
- ¿Quieres que te hable de mi vida? Muy bien, la agencia ya casi está lista, ¿contento?
- ¿Así que te quedarás aquí finalmente?
- ¿Eso es lo que quieres saber? Información para sacar ventaja. No, querido, estás equivocado, no caeré en tu trampa del gran amigo.
- ¡Oh... cielo santo!, sí que estás paranoica, vamos, no seas así, ahora somos dos amigos conversando ante una fogata y compartiendo de un delicioso vino como este. Recuerda como en los viejos tiempos, vamos, hagámoslo por los viejos tiempos, no seas agua fiestas.
- Bien, está bien, solo dame el maldito vino y cállate, ¡me tienes harta con tus tretas!
- Ok, como usted diga señorita, jajajaja.
- Te quitaré esa risita tonta, te lo aseguro.
- Ah... ¿sí?, ¿y cómo piensas hacerlo?
- Tengo mis tácticas.
- De eso no tengo la menor duda.
- A ver, pon tus cartas sobre la mesa.
- Creí que ya estaban sobre ella.

Era hermoso y no me atrevía hacer realmente lo que quería, tal vez no pudiera y no estaba segura de terminarlo, pero cuando comenzabas un juego debías acabarlo, esa era la ley de la vida.

No se podía empezar una cacería sin llegar hasta el final, no tenía ningún sentido. En verdad deseé que las cosas fuesen completamente diferentes, pero la verdad era la verdad, y lo mejor era saberla antes que engañarse.

- ¿Qué pasó? Te has quedado muy callada.
- Sí, es que estaba pensando en cosas de trabajo, ya sabes, cosas de personas adultas y no estas niñerías.
- ¿Qué pasa?, ahora eres una mujer adulta y seria.
- Puede ser, puede que me haya convertido en una mujer adulta y seria.
- Jajajajaja, ¿en serio? Entonces te felicito, quizás sea ese noviecito con el cual terminaste el que te haya dañado, al fin ha ocurrido, después de todo este tiempo. Supe que algún día pasaría, que alguien te echaría a perder, todo el duro trabajo de mis manos y al fin llegó alguien que ha dañado todo, jajajaja.
- Deja de hablar boberías. En serio, tengo mucho trabajo, demasiado, empezar una agencia no es cosa fácil.
- Lo sé, también tengo un bufete.
- No sé cómo lo haces, te ves tan desestresado, tan feliz, jajajaja, desearía ser como tú.
- Hay tiempo para todo, —dijo llevándose la copa a los labios, con un gesto mordaz, sonriendo, como si supiera algo que yo no, ese era su estilo, saber más de lo que decía—.

Pero también era el mío, el saber más de lo que aparentaba. Por ejemplo, sabía que me compró y que lo había enviado a mi casa, sin una nota, ni nada, tal cual como una vez me contó qué hacía para sorprender a una mujer. Era él, ¿quién más podría ser?, me reí al verlo, pero seguiría con su juego, con su trampa de mentiras y su red de argucias, no le diría nada.

Había evaluado todas las posibilidades, y tal vez quería eso, manipularme, que me preguntara si había sido él. Pero era más astuta que eso, tanto como para no caer en la belleza del detalle, como para preguntarme si fue otro y no él. Así que, a estas alturas, lo mejor era voltear todo eso a mi favor, jugar con su mente y volver sus armas contra él mismo.

- Te ves un poco emocionada, a pesar de la molestia que aparentemente te causó el que te haya traído hasta aquí.
- No, es solo que Adolfo me regaló algo que me gusta mucho.
- ¿Adolfo?
- Así es, este tipo tiene unas cosas, jajajaja, no te lo puedes imaginar.
- ¿Qué te regaló?
- Esa flor extraña que te comenté una vez, no sé dónde rayos la encontró, pero lo hizo.
- Ah... ¿sí?, ¿y cómo sabes que fue él?, —dijo con un gesto de molestia—, es un estúpido, el ego de un hombre no soporta una buena prueba como esta.

Había caído en la trampa, estaba jugando con su mente, ahora se preguntaba si realmente yo creía que ese regalo me lo había dado Adolfo, lo pude ver claramente en su entrecejo fruncido, en su mirada de rabia. Este idiota ya había pisado mi trampa, sí, este era el fino arte de la cacería. Apenas pude aguantar la risa al verlo así de consternado.

Todos sus esfuerzos se los estaban atribuyendo a su supuesto rival, y digo supuesto, porque

no era ninguna tonta y sabía que algo más debía haber allí entre esos dos. Sentía que nada era una casualidad, después de todo, un abogado como él sabía muchos trucos, conocía la manera de voltear las palabras para volverlas a su favor.

Pero, a pesar de sus grandes habilidades, había cometido un error, me había enseñado su verdadera naturaleza. Ahora le sería muy difícil hacer que cayera en su propio juego, no sin que luchara. Créanme, me había convertido en una verdadera peleadora con todos los trucos habidos y por haber, lucharía con cada uno de ellos hasta el final, aunque tuviese que enfrentarme al mayor de los gigantes, al maestro que me había dado la mano en el momento en que lo necesité.

Con cruel astucia me había hecho perder lo más valioso que tenía, mi inocencia, y al mismo tiempo me dio algo muy importante, el poder de dominar a otros con la fuerza de mi propio corazón. Era el dominio de mis emociones, la entereza de saberme en este mundo, mi lugar, el orgullo de haber vencido el mayor de mis enemigos, a mí misma.

- Pues, sí, para que veas, después de todo, Adolfo tiene buen gusto.
- Si tú lo dices... —y sonrió fingidamente—.
- Por lo menos es evidente que no es un hombre predecible, como muchos otros.
- Ah... ¿sí?, pues me alegro por ti entonces, pero recuerda, esto no es un encuentro amoroso, es una cacería.

Ese idiota ya había pisado el escollo que coloqué en su camino, lo podía ver en sus ojos, lo conocía mucho mejor de lo que pensaba, tanto como para volver en su contra sus propios trucos y tretas. Esa flor con la que él quiso atraparme se tornó en su propia arma de destrucción.

Estaba claramente en mi memoria, ese momento en el cual le conté acerca de la flor de *Middlemista*, que tanto le gustaba a mi padre. La amaba desde aquel día cuando fuimos a pasear por el Jardín Botánico y se enamoró de su belleza y exotismo. Eso jamás se lo había dicho a Adolfo, porque era una de las reglas, nunca flaquear, jamás demostrar debilidad, pues estas podían ser usadas en mi contra. Era un gesto bajo, usar ese recuerdo para ponerlo en mi contra, este hombre era capaz de todo con tal de obtener su victoria, entonces yo no sería menos.

Así haría con todas y cada una de las cosas que se proponía llevar a cabo para llamar mi atención. En ese instante supe lo que quería, que creyera se estaba enamorando de mí, eso me haría dudar, era un juego bastante sucio, incluso para él, estaba cruzando la línea y de la peor manera.

Era una dialéctica, esa gran contradicción habitaba en mí, no podía darle crédito a lo que veía o escuchaba, porque su mirada en verdad parecía hablarme, diciendo eso que no se atrevía a pronunciar en voz alta, algo que ni él mismo sabía en ese momento. Entonces, todo estribaba en la voluntad de no creerle a esos maravillosos ojos grises que brillaban con intensidad.

Debía repetirme una y otra vez que él era ese mismo artífice del engaño al que yo había conocido, el mismo que me había enseñado cada uno de los trucos para hacerle creer a una persona esto o aquello. Tenía que recordarlo, una y otra vez, porque esos ojos eran increíblemente seductores.

Siempre lo decía, nunca debías expresar tus verdaderas emociones, cuando mirabas hacia la derecha, era porque pensabas realmente hacerlo a la izquierda, cuando decías blanco, era porque en realidad pensabas en negro, y así por el estilo. Entonces, ¿cómo rayos podía creer en alguna de sus palabras?, tan siquiera en una, eso resultaba muy difícil, solamente alguien que no lo conociera podría hacerlo.

¿Cómo podría ocurrírsele eso?, tratar de engañarme, hacerme creer en esas tretas que tantas veces le había visto usar con otras mujeres. Era imposible, aunque fuese verdad, había sondeado en lo más profundo de su alma, en la grieta más oscura, me mostró lo peor de sí mismo, la sombra y todo lo malo que habitaba en él.

Me había mostrado tan poco de lo bueno y de la luz que podía habitar en su ser interno. ¿Cómo podía creer en alguien para quien la mentira era el material de sus obras? Resultaba utópico siquiera pensarlo, mientras miraba sus hermosos ojos grises brillantes y tiernos, engañosos.

Nuestras caras eran las de un jugador de póker, cuando estabas en la mesa poniendo las cartas, tu deber era que no adivinaran lo que te proponías. Pero ¡qué gran mentira la nuestra! ¡Qué manera de vivir entre la mentira! Me preguntaba ¿en qué momento terminaría?

Sabía perfectamente que no era la cabaña lo que le importaba, ese no era el premio que deseaba realmente. Un hombre orgulloso como él quería siempre más, deseaba restregármelo por la cara, demostrarme que entre los dos era el líder, el mejor cazador. Éramos dos orgullosos que no podían admitir sus errores, no nos decíamos la verdad, solo nos desviábamos, vivíamos encerrados en una caja de cristal, cada uno en su propio mundo, el de la soledad.

- Así que solo vinimos a tomar vino.
- Bueno, ya sabes que nunca venimos solamente a tomar vino.
- ¿Qué propones entonces?
- Una tregua en todo este trato que tenemos tú y yo, después de todo, sería una locura renunciar a lo que tenemos.
- Eso debiste pensarlo antes.
- Jajajajaja, blofeas.
- No, ahora que ya dijiste lo tuyo, me voy, tengo cosas que hacer.
- Espera, —dijo levantándose—, ¿a dónde rayos vas?
- Me voy, ya te lo dije, —y comencé a caminar hacia mi auto—.
- Espera, —entonces me tomó del brazo llevándome hacia sí—.
- ¿Qué rayos quieres?
- Sabes lo que quiero, lo sabes perfectamente, —y me besó apasionadamente, con tanta fuerza que me hizo estremecer, logrando que me olvidara por segundos de mis estrategias escrupulosamente concebidas—.

Así fue que se enardeció la pasión entre nosotros, lo llevé dentro de la cabaña para demostrarle que mi fuerza todavía estaba intacta, y que él era débil ante mí. Estaba a mi merced por todo lo que era capaz de hacer con su cuerpo.

Pasamos una noche fantástica, como todas las veces que habíamos estado juntos. Luego de hacer el amor con toda la furia que requería el caso, nos quedamos recostados por horas. Él estaba callado y yo también, no quería decir algo que me pudiera perjudicar o exponer ante él.

Era ese instante en el que nos encontrábamos juntos, desnudos, solos, callados, sin ninguna otra excusa, ni palabras, con el sonido de ese silencio que decía mucho más que cualquier frase a destiempo. Un verdadero estado de intimidad, donde sabíamos cada susurro o mirada, años de estar juntos de sabernos, y al mismo tiempo no nos conocíamos realmente.

- Sabes, estás muy callada, ¿qué te pasa?
- No siento que tenga nada que hablar.
- Ya veo.
- Sí.
- Me siento un poco cansado, —y tal vez esas fueron las palabras más sinceras que ese hombre dijo en su vida—.
- Quizás ya nos estamos poniendo viejos para esto.
- Jajajajaja, habla por ti misma, querida.
- Admítelo, estás cansado de todo esto.
- No lo sé, pero, no, es una trampa, eso es lo que quieres, que te diga estoy cansado para morderme en la yugular.
- Jajajajaja, la verdad es que ya no podemos tratarnos con confianza, tú dañaste todo con esta locura.
- Bien, dejemos este tema fuera de aquí, ahora relajémonos y hagamos lo de siempre cariño, tú sabes qué.
- Bien, me parece una buena idea.

Pero ya las cosas no eran igual que antes, había una pared levantada entre nosotros, éramos hielo sobre fuego, fuego sobre hielo, interpuestos. Cada uno pugnando por un triunfo que no podía dejar, sino el mal sabor de luchar con el contrario, de un amor ácido y amargo que no buscaba el bienestar del otro, sino su destrucción.

CAPÍTULO X

Diamantes negros

Pensaba que eso era demasiado, a este hombre se le había ido la mano en su afán de sorprenderme, las cartas estaban echadas sobre la mesa y era hora de conocer el veredicto. Y ¿qué otro podría ser sino la derrota misma? Ahí estaba ante mí, como un cruel de reflejo de mi propia realidad, había quedado atrapada en las sombras de mi propio ser, dentro de esa caja de cristal.

- ¿Te gusta?
- No lo sé, no estoy segura.

Sabía que había algo más detrás de su mirada tan azul como el cielo. Al principio me resultaba impenetrable, pero luego comencé a estudiar sus matices y noté un destello, una debilidad. Lo observé como se hace con una buena presa, la analizas, la miras, no había perdido el tiempo, esta vez tenía todas las armas, esta presa caería pronto y no importaba cuánto se resistiera.

Estaba cometiendo un terrible error, nunca había fallado al igual que yo, pero de mi trampa esta vez no saldría ileso. Entonces le sonreí, mintiéndole con esa habilidad que había cobrado con el correr de los años, le miré fijamente, sonreí. Él ya estaba cayendo, o al menos eso parecía, sus ojos lo delataban, allí se reflejan los sentimientos, los suyos eran tan claros como agua.

- Sí, claro que me gusta.
- Lo sabía, lo pensé mucho, pero eres una mujer brillante y sin lugar a dudas has entendido muy bien la metáfora que quise expresar con este presente.
- Por supuesto.
- Tú eres así, como un diamante negro, raro y único, el más raro de todos, y por eso lo traje para ti.

Los diamantes negros, había escuchado mucho acerca de ellos, eran una verdadera rareza. Aunque en parte me halagaba que él me comparase con algo tan exclusivo, al mismo tiempo me dejaba una extraña sensación interna, una incertidumbre de no saber qué era realmente lo que este hombre se proponía.

No podía negar que era increíblemente guapo, exitoso inteligente. ¿Quién no se sentiría atraído por alguien así?, él era todo lo que cualquier mujer podría desear en algún momento de su vida, cualquier mujer, excepto por mí, por supuesto.

Había conocido a muchos de ellos, que con tan solo una mirada se rendían a mis pies. No lo decía por orgullo y vanidad, simplemente era la verdad, me pasaba miles de veces, tantas que comenzaba a sentirme fastidiado, seguramente que Federico se sentía igual.

Precisamente lo había escogido a él, a Adolfo, como un verdadero reto en mi vida, para demostrarme a mí misma lo que era capaz de hacer. Pero no esperaba que el mayor reto estuviese ante mis ojos todo el tiempo, el mejor reto de todos era resistir el juego de la seducción con Federico, desde mucho antes que apostásemos nuestras vidas de la forma más tonta posible.

Él me miró como esperando algo más de mí, no quería hablar en ese momento, ¿qué cazador lo hace con su propia presa? ¿Cómo le iba a dar armas para enfrentarse a mí?, esa era una de las leyes, nunca usar las armas contra ti mismo.

Me lancé sobre él, como si estuviese feliz por el regalo que me acababa de dar, lo besé desesperadamente en la boca, en el cuello y en todos lados. Él se enardeció ante el poder de mis caricias, como bien lo había dicho alguna vez, no había nada más poderoso que las caricias de una mujer.

Debía reconocer que él era capaz de hacer dudar a una al menos por un instante. Era su peso y ese cuerpo, toda una tentación a la cual no podía resistirme. Pero no me quedaba detrás, con él ponía a relucir todas mis destrezas, tantas que logré conmovirlo, lo vi en sus ojos una vez que todo terminó.

- ¡Guao!, debería hacerte regalos como este más seguido.
- Te equivocas, no me conmueves con regalos, simplemente así soy, me gustas, ya te lo he dicho, me gustas mucho, y cuando un hombre me gusta lo tomo en mis brazos y lo hago mío.
- Vaya... sí que eres una mujer con decisión, eso me gusta.
- Jajajajaja, bien por ti, eso quiere decir que tienes buenos gustos.
- Eres como me gusta, difícil y misteriosa.
- Ok, como digas.

Lo sabía, esa era una de sus debilidades, él mismo me dijo que no había nada que le gustara más que una mujer segura de sí misma. Precisamente, lo que yo me proponía hacer en ese justo momento, obtener de él la sensación de poder, lo imponía sobre ese hombre que era tan experimentado y sabio, pero que, sin embargo, parecía derretirse ante mí como la cera en el fuego.

- Falta mucho más, te demostraré otras cosas que también sé hacer.
- Ah... ¿sí?, bueno eso suena genial.
- Suena y es genial, —le dije abalanzándome sobre él con furia, como sabía que le gustaba—.

Todavía ese incómodo collar estaba en mi cuello, así que me lo quité y sentí que se me había quitado un peso de encima, literal y metafóricamente. El color y oscuro brillo de ese objeto llenó mis ojos, pero en el alma sentía un gran vacío, el vacío de mi corazón que se reflejaba claramente al igual que el reflejo de mi rostro en la extraña gema.

- Me siento como el más afortunado del mundo, eres hermosa y extraña como esos diamantes negros.
- Así que eso piensas...
- Sí.
- Tal vez me parezca mucho más de lo que imaginas.
- ¿Qué quiere decir eso?
- Nada, no quiere decir nada.

Mi juego estaba echado, ya conocía la verdad y no sabía si alegrarme o sentirme triste, porque todo lo que me rodeaba eran puras mentiras, al igual que el negro brillo de esos diamantes que reflejaban la luz, pero al mismo tiempo las sombras. Era la gran contradicción de la vida,

encontrarte la verdad en las más puras y viles mentiras.

CAPÍTULO XI

Jugar a las vencidas

El juego de Penélope

Apenas podía creerlo, había sido capaz de hacerlo, de jugar incluso con lo más valioso, sin el menor de los escrúpulos. En mi mente repasé todos y cada uno de esos momentos, lo que había sucedido, incluso el día de la apuesta. Encontré que esta vez se había superado a sí mismo, el muy desgraciado. Todo era una trampa suya, incluso, hasta el mismo Adolfo, era su última gran jugada maestra y quería que fuese su víctima final, la mejor de todas ¡como él mismo lo había dicho! Pero cometió un gran error, me había subestimado, eso y mucho.

Nadie era amigo de nadie, eso había promulgado, esto se trataba de un juego, en el cual todo se valía, pero creí que era retórica, una de las tantas tonterías que hablaba siempre, sin embargo, esta vez fue cierto. Debí sospecharlo cuando entré en su departamento y sentí la extraña atmósfera en ese momento. Cuando vi esa mirada, cuando entró con esa extraña expresión en los ojos que no logré definir, siempre he dicho que demasiadas variables juntas, nunca podrá ser bueno.

Miré sus ojos y solo encontré la desilusión, era el cansancio, estaba obstinado de todo, pero no se iría limpio, debía terminar antes, hacer su jugada maestra, demostrar quién era el que tenía el mayor poder. Miré el papel que colocó en mi escritorio, era un pacto, el estúpido trato que habíamos concertado de manera oral y que ahora me presentaba por escrito de forma tajante, el muy idiota quería formalizar su tonta victoria.

- Como en los viejos tiempos, —me dijo con una sonrisa—, es así como se debe hacer ¿no lo crees?
- Eres un idiota, siempre pensé que lo eras y siempre lo pensaré, desde el primer momento que te vi lo supe, y mi instinto no me falló, lo primero que pensé es que eras un cretino, no me equivoqué.
- Recuerdas lo que te dije alguna vez ¿cierto?
- No lo sé, me has dicho muchas cosas, muchas veces, en realidad eres un experto en hablar tonterías, siempre ha sido así.
- Jajajajaja, esas tonterías te han servido durante mucho tiempo, con esas tonterías has logrado muchas cosas en tu vida.
- Ya te dije que soy una persona que se ha hecho a sí misma, no te creas tan experto.
- Lo soy, porque incluso tú misma caíste, tú misma has caído en las redes de esta trampa, quiero que reconozcas de una buena vez y por todas, que soy el ganador de esta apuesta, como se debe.
- ¿Qué quieres de mí?
- Ya sabes lo que quiero.
- Las escrituras de la cabaña, eso es lo que quieres, por supuesto.

Había un aura oscura en sus ojos, era como si detrás de su mirada hubiese otra cosa, algo indescifrable, un profundo dolor, una sed que no podía calmarse con nada. Estaba allí, aunque él quisiera disimularlo, podía verlo, estaba cavando en su propia fosa. Era su derrota, él mismo me

había entrenado para saber cómo reconocer y derrotar el espíritu de un hombre, estaba engeuecido y no se daba cuenta que estaba a punto de caer en su propia trampa.

- Creo que tienes razón, pero no las traje conmigo, ¡qué problema!
- Ah... ¿sí?, ¡qué casualidad, ¿qué te traes entre manos?, te dije que vinieras con ellas.
- Oh... vamos, soy una mujer de palabra, tal vez sea mejor cerrar este trato en el mismo lugar que debo entregarte, ¿no lo crees? Para darle un aspecto más dramático a todo, ¿no es así como te gustan las cosas?
- ¿Qué te traes entre manos? A ver, pequeña bribona, qué es lo que traes entre manos, ¿quieres dar tiempo para qué? Aquí está el documento, quiero que lo firmes.
- No lo firmaré aquí, ya te lo dije.
- ¿Así que te niegas a sellar tu derrota? No tienes más tiempo, ya no hay nada que hacer, has perdido, ¿para qué quieres postergarlo?, no tiene sentido.

Esto no terminaba aquí, esto no concluía hasta que acabara realmente, todavía tenía tiempo y él en verdad no me conocía tanto como lo había imaginado. Cada detalle vino a mi mente, y cada uno de sus juegos y trucos, esa noche cuando todo había comenzado en ese juego tonto en el cual me había metido por decisión propia.

Esta era la manera más tonta de lanzarse al abismo, como jugar a las vencidas y saber de antemano que estarías perdido. ¡Qué manera de anhelar la destrucción!, desde el primer instante librar una batalla que no tenía sentido, pues sabía que alguno de los dos no saldría victorioso de esto. Siempre habría uno que triunfaba y otro que sería derrotado o como sospechaba, los dos seríamos perdedores, cada uno a su muy particular manera. Éramos dos caras de una misma moneda, tendríamos que enfrentarnos y encontrarnos en algún momento.

Tenía ese mismo brillo que había visto alguna vez en su mirada, todo en él era una gran mentira, no sabía si tenía la capacidad de fingir tanto. Es que como decía la ley, no debía demostrar debilidad alguna, ni flaquear. No debía estancarme por mucho tiempo y, sobre todo, no usaría las armas contra mí misma, las que yo había moldeado con esfuerzo durante tanto tiempo.

Sería absurdo que entonces al final de todo me destruyese a mí misma por algo que si bien amaba, no valía la pena. Federico Román era una especie de espejismo, uno muy hermoso, que podía atraerte hasta tu propia destrucción, así que para salir ilesa debías destruirlo antes que él lo hiciera contigo.

Allí fue cuando vino a mi mente todos y cada uno de esos recuerdos del pasado, los cuales, bajo esta nueva perspectiva, tenían otro significado. Era él mismo mostrándome lo más profundo de su alma, y ahora podía conectar todos los hilos que faltaban. Cada una de las piezas de ese rompecabezas pareció tomar el lugar adecuado.

El primer día que lo vi y esos ojos malévolos que tanto me gustaron me dijeron la clase de hombre que era, y no me equivoqué, Federico no era amigo de nadie más que de sí mismo. Pero me negué a admitirlo hasta el último momento, la verdad resultaba completamente evidente, era una mala persona.

Todos esos momentos llegaron de forma atropellada en mi cabeza, uno tras otro

atormentándome. Cuando me enseñó en aquella fiesta la embriaguez que producía en mí el poder de dominar a otros. El néctar de dominio que te podía volver adicto a su dulce y ácido sabor.

Al igual que yo se había vuelto adicto a él, y eso significaba solo una cosa, que estaba dispuesto a todo por mantener esa sensación, y no dar su brazo a torcer, aunque tuviera que destruirme a mí, aunque tuviera que destruirse con ello a sí mismo. No estaba solo, en esta pugna solamente alguno de los dos podría quedar en pie, una guerra de egos, eso era lo que había entre los dos.

Desde que entré en esa fiesta fingiendo que teníamos algo supe que tarde o temprano nos veríamos enfrentados. Todo era cuestión de esperar el momento en que el tiempo diese su dictamen final y ya había llegado. Tenía que estar preparada para eso, y este era el momento de demostrarlo.

- Te lo dije, —me miró sonriente—, esa noche, con esa frase me entregó todo su conocimiento, la promesa de lo que sería.

Ahora esperando que yo firmara ese documento estúpido parecía que se le había olvidado todo eso, que me había dado todas las llaves de las puertas, y que solamente tenía que escoger la adecuada. Pero además tenía otra llave, una que me había forjado yo misma, una que él no se esperaba que tuviese, y no la mostraría hasta el final, este juego todavía no terminaba.

- Sí, tenías razón, —y con esas palabras entregué lo último que quedaba de mí, el último átomo de inocencia que habitó alguna vez en mi alma—. Por una cosa pierdes otra, para todo hay un precio, esa era una máxima de la vida misma.

Esa noche desafortunada cuando concertamos ese absurdo trato, supe que se traía algo entre manos, mi juego estaba claro, escoger a la presa más difícil, al principio no noté sus intenciones, pero poco a poco todo se fue aclarando como la noche que da paso a la aurora. Él me seguía, pero no estaba a gusto, necesitaba una nueva diversión, y esa era la sensación más peligrosa que podía experimentar un cazador. Además, yo había contribuido a ello al decirle que se estaba oxidando, que ya no era el mismo de antes.

La insatisfacción de la vida te podía llevar a hacer cosas peligrosas, y él por supuesto no era la excepción. Iría por la presa más codiciada y en este caso, desafortunadamente, sería yo.

- ¡Ven!, —le grité, y por su actitud confirmé lo que ya sabía, él estaba cansado, no deseaba estar allí—.

Desde que entré había puesto mis ojos sobre Adolfo, sabía de él, ese playboy tan conocido, era la hora de subir el juego, yo misma me había metido en todo este embrollo. Vi sus ojos, fue como la confirmación de algo, lo esperaba, aunque en ese instante no supe descifrar completamente sus acciones, estaba por sorprenderme, y de la peor manera.

Recordé su extraña mirada, la forma en que vio a Adolfo, lo conocía, aunque me lo había negado, ambos eran parte del mismo mundo, dos cazadores en busca de la mejor diversión. Yo estaba en medio de todo eso, al menos pensaban de esa manera, pero les demostraría lo

equivocados que estaban.

- ¿No firmarás entonces?
- No, ya te dije cuál es mi condición.
- ¿Crees que estás para poner condiciones?
- Jajajajaja, lo tomas o lo dejas...
- ¿Qué te pasa? Dime ¿cuál es tu juego?, —me dijo muy serio—.
- Un cazador nunca debe decir su juego ¿no es eso lo que siempre me decías?
- Sí, y al parecer no has olvidado las reglas, eso es bueno.
- Sí, es bueno, y tú deberías hacer lo mismo ¿no crees?
- ¿A qué te refieres?
- A respetar las reglas.
- Jajajajajaja, siempre lo hago querida, el hecho de que juegue con ellas, no quiere decir que las rompa.
- Un cazador que juega puede terminar severamente lastimado ¿no sabías eso? Jugar alegremente con el fuego no quiere decir que te salvaras de él, después de todo, ¿el fuego pregunta antes de ser? Es su naturaleza quemar, no pregunta, ni dice nada.
- Vaya... toda esa tontería retórica está muy bien, pero la verdad es que has perdido, esa es la verdad y debes aceptarlo, firma el trato, —y me señaló ese estúpido papel que tenía en su escritorio—.

Para eso había venido hasta aquí, con esa finalidad me había llamado a su despacho. ¡Qué estupidez!, se había tomado la molestia de redactar legalmente el documento, no le importaba la cabaña, todo estaba fundamentado en su tonto juego de poder.

- Tonterías retóricas, tú hablas de tonterías, tú que redactaste un documento para legalizar estas boberías, jajajajaja.
- Has jurado durante años, ¿y ahora te parece una tontería? Por favor, has hecho cosas peores que estas, lo sé y tú también lo sabes, así que deja la hipocresía.
- No lo haré aquí, ya te lo dije.
- Dime la verdad, ¿qué es lo que quieres?
- Aceptaré si vas a la cabaña, quiero que vayas allá y te prometo que hablaremos en ese lugar.
- ¿Por qué precisamente ahí?
- Es el mejor lugar, después de todo, quieres que te entregue ese sitio que es tan importante para mí.
- Yo no te obligué a apostar, fue tu idea, ¿no lo recuerdas? Me dijiste que era una apuesta y que querías apostar, eso es lo que hicimos y has perdido, entonces ¿de qué se trata todo esto?, ¿no me digas que eres una mala perdedora y que no vas a aceptar tu derrota?
- Nunca he sido una mala perdedora, porque nunca he perdido, esa es la verdad.
- Jajajajaja, bueno, creo que hasta aquí ha llegado tu racha querida, será como quieres, soy un caballero y te complaceré, nos veremos en ese lugar entonces y aclararemos todo esto de una buena y maldita vez, y...
- ¿A otra cosa mariposa? ¿Es eso lo que me vas a decir?
- Jajajajaja, no, soy un caballero, sobre todo contigo.

- ¿Un caballero? Jajajaja, eso sí que da risa, bien, así será entonces, nos veremos ahí.
- Bien.
- Te espero mañana a las 08:00 de la noche, y entonces hablaremos.
- Ante una fogata supongo... jajajajaja, cielos, esto sí que es una cursilería de lo peor.
- Si mal no recuerdo, tú me citaste en ese sitio, y también recuerdo todo lo que hicimos ahí, no veo de qué te quejas cuando fuiste el que me citó allí en primer término.
- Si quieres apelar a la lástima, a lo que significa esa cabaña para ti, y es por esa razón que me invitas... estás...
- Jajajajaja, rayos, el universo me libre de algo como eso, sabes perfectamente que jamás apelaría a un recurso tan bajo como ese, detesto la lástima, así que eso no será posible, jamás haría algo así, ante eso prefiero perder.
- Veremos, así que mañana, a las 8:00 p.m., espero no montes una escena de odalisca exótica esta vez, porque no me quejaría, por supuesto, pero igual eso no te servirá de nada, si eso es lo que te propones, no me convencerás con tu juego de seducción.
- Jajajajaja, rayos, no, si esa es tu intención o es un doble mensaje, ya puedes olvidarte de ello, no haré una escena de odalisca para ti, así que olvídalo, jajajajaja, tus días de escenas de odaliscas terminaron.
- ¡Quién sabe! Tal vez tenga suerte.
- No lo creo.

Dejé la trampa lista para que cayera, él estaba esperando algo, pero lo que encontraría allí sería muy diferente. Tenía todo preparado y listo, era cuestión de esperar para que cayera en su propia trampa. Eran tan solo cuestión de esperar, unas horas nada más. Antes de que el juego terminara, me sentía ansiosa, y esa noche no pude dormir, estaba lista y preparada, ni siquiera sabía exactamente cómo terminaría todo este lío que ambos habíamos armado.

Salí de ese bufete con el corazón en la mano, sabiendo que tal vez nuestra amistad jamás sería la misma, pero no importaba, ya las cartas estaban echadas sobre la mesa. Solo faltaba una y la tenía yo. Él jamás se lo esperaría, pero así era, me había subestimado, era cuestión de unas cuantas horas para que aprendiera la lección, para que le enseñara a Federico lo que era cazar realmente.

Cuando me senté en mi auto y tomé el camino hacia la playa, mi corazón latía con mucha fuerza, porque era el momento decisivo, y él no se lo esperaba en lo absoluto. Sería la victoria, dulce y amarga, ganaría la apuesta, pero perdería a mi mejor amigo.

El juego de Federico

Debía admitir que tenía un poco de escrúpulos al respecto, después de todo, era mi amiga, pero un trato era un trato, y debía cumplirse. Mi juego había empezado desde mucho tiempo atrás, aún antes de esa tonta apuesta, esa fue solamente la oportunidad que ella me puso en bandeja de plata.

Todo comenzó ese día cuando vi la cara ilusionada de esa mujer, Ana, y me pregunté ¿por qué todo debía ser tan fácil? Tenía que haber algo más, estaba aburrido, realmente fastidiado de siempre repetir lo mismo. Quería algo distinto, pero ¿qué podría ser eso? Esos ojos eran muy

bonitos, pero su belleza no tenía nada que ver, yo quería vivir nuevas experiencias, mi ser lo pedía a gritos.

Era una sensación que ya nunca me abandonaba, una especie de tedio, un aburrimiento intenso, ya no sabía siquiera cómo denominarlo. Lo cierto era que todos los días transcurrían de igual forma, en ese sentido, era como si la existencia fuese un gran vacío, un abismo que estaba a punto de tragarme.

La cotidianidad me estaba matando y se había convertido en algo constante, un sin sabor en mis labios, sin importar lo que probase el mundo había perdido su gusto. Me miraba al espejo todos los días mientras me vestía y la aventura había quedado atrás, como si ya no existiese nada más por conquistar. Se notaba en mi rostro, el brillo de mis ojos se había apagado.

Desde fuera mi vida parecía perfecta, mis amigos me envidiaban, había avanzado hasta el punto que siempre deseé, ya no tenía otro peldaño para subir. Por muy paradójico que pareciera esto, así era, simplemente había dejado de soñar, porque ya no había ilusiones dentro de mí.

Entendí a esos pobres miserables que lo tenían todo y era infelices, aunque pareciese una locura, sentía igual. Allí estaba yo, mirándome ante el espejo, vistiéndome para ir a esa fiesta sin sentido, con una mujer que no despertaba ni remotamente en mí esa sensación de fuego interno que tanto me gustaba. Era una expectativa que solamente podía compararse en mi mente, cuerpo y alma con una sola persona: ella, y entonces entendí que algo raro me estaba sucediendo, era la primera vez que lo había experimentado así, concientizándolo muy dentro de mí.

Era como si ya no quedara nada, lo confirmé cuando entré en el lugar y vi que ella me estaba esperando. Ana, esa chica a la cual había conocido hacía dos meses, estaba tan emocionada conmigo que sentí escalofríos, el miedo al compromiso porque la chica era una de esas, sí, de esas que esperan más de lo que puedo dar, el peor tipo de mujer que podía toparse un hombre como yo.

Vi su cara de ilusión, ¡rayos!, ¡otra vez!, ahora no estaba en ánimos para eso, era el momento de huir, salirme con la mía, inventando la primera crueldad que me viniera a la mente, lo que fuese con tal de escapar de esa mujer. Pero lo que vi en sus ojos me detuvo, no pude decirle la mentira que ya tenía preparada, la que siempre usaba para estos casos, “a otra cosa mariposa”.

Esta vez, por alguna extraña razón, no podía hacerlo, no me funcionaba, sentí un sentimiento extraño, una especie de lástima. Lo vi en sus ojos ilusionados, sí me molestó, pero, aun así, tuve los suficientes escrúpulos para decirle algo que no la hiriera, aunque detestaba la debilidad en una mujer.

Ana era una de esas mujeres que entregaban sus corazones sin ninguna condición, le daban todo a un desgraciado como yo que solamente quería obtener un poco de placer en su vacía y estúpida vida. Había apostado por los sueños, había apostado por una realidad, pero no obtendría más que un placer vacío, al igual que yo, no tendría más que el placer de una noche, un buen sexo y nada más, mi alma estaba sellada y también mis emociones, ella solo obtuvo placer, y yo la sensación de una victoria vacía e indigna.

Entonces dijo las palabras mágicas, las cuales podían hacer que al hombre más templado le temblaran las piernas. Quería que fuese a conocer a su familia, casi me reí en su cara, la pobre ingenua, ¿qué se había creído?, ¿con quién pensaba que se había metido?

¿Por qué las mujeres eran tan ingenuas?, ¿por qué que no se habían enterado que existe un mundo de códigos que se manejan en las relaciones?, los hombres odiamos la maldita palabra por M... palabra. Esa es la verdad, para ¿qué entregar el corazón en manos de un extraño?, ¿qué sentido tiene eso?

¿Por qué no soñaba por sí misma, sin esperar nada de nadie?, ¿por qué no consigues eso que tanto anhelas por ti misma?, quise decirle, quería sacudirla, hacerle entrar en razón, indicarle el camino para que no siguieran aprovechándose de ella. Pero si le dijese a cada mujer el secreto, entonces ¿a quién cazaría? Me quedaría sin presa y entonces el juego acabaría, a veces, aunque sonase malo, la inocencia de estas mujeres resultaba cruelmente necesaria.

¡Consíguete una vida!, —deseé gritarle—, ¡no esperes que un hombre te diga lo que debes hacer, no esperes que un hombre te diga que vales, simplemente créetelo de una maldita vez! Recordé las palabras que le había dicho a Penélope, lo fácil que había sido para ella aceptarlo y en lo que se había convertido.

Pen era la única rival digna que había conocido en toda mi vida, una idea comenzó a rondar en mi cabeza, porque todas esas cacerías ya no tenían ningún sentido. ¿A quién podría conquistar que valiera la pena?, ya había agotado todas las opciones interesantes. Al igual que Orlando y que Cristóbal, al igual que Daniel Román e, incluso, mi propio padre había caído en el abismo del desencanto y la desilusión.

Hasta ahora había sido el único invicto o al menos eso pensaba, todos habían caído con alguna mujer, como el padre de Orlando, el cual fue destruido por una, o Cristóbal, quien había terminado en el agujero de la desilusión, solazándose de su propio pasado, de aquellos días de gloria. Tal vez como mi propio padre, para quien la vida ahora le describía en pasado.

Estaba asustado, a mis 32 años sentía que el futuro era incierto, que lo mejor de mi vida ya había pasado. Así fue como me encontré esa noche sintiendo lástima por mí mismo. Sentado al lado de una mujer por la cual no sentía absolutamente nada. Entonces me pregunté ¿qué rayos estaba haciendo ahí?, ¿por qué seguía en esto? Todo hombre llega a un punto en el que debe tomar una decisión y este era el mío.

Me encontraba en una bifurcación importante en un lugar de indecisión, era el momento de seguir un nuevo camino y con tristeza descubrí que debía dejar de ser un cazador. Aunque sonará algo completamente paradójico, pero me había estancado, esa era la verdad.

Tenía que pararme de allí y salir huyendo, antes de que terminara junto a una mujer que no me inspiraba, sino lástima. Sentí asco de todo, de la vida que había llevado y también de mí mismo. Seguir el ritmo de la exasperante cotidianidad me estaba matando, necesitaba un nuevo juego, algo que me hiciera sentir vivo.

Eso... eso era lo que mi alma clamaba, un último juego, el mejor de todos, pero ¿qué haría y

cómo lo llevaría a cabo? Mi mente comenzó a dar vueltas, una y otra vez, necesitaba a alguien especial, una mujer diferente, alguien realmente difícil, que no fuese una de estas mujeres con las cuales podías obtener lo que desearas con tan solo una mirada o tal vez una sonrisa.

Tenía que ser un juego realmente emocionante, tanto como para justificar el que dejaría todo atrás, en verdad que todo se había vuelto aburrido y reiterativo. Tal vez podría convertirme, ¡horror!, ¿en uno de esos hombres de una sola mujer, que sonríen y se sienten encantados con esa situación?, ¡cielos, no!, la verdad es que no podría.

¿Qué rayos haría con mi vida?, ¿qué mierda haría de ahora en adelante? Sentí un retorcijón en el estómago y un temblor en todo mi cuerpo. ¿Cómo es que Federico Román podría terminar de esta manera tan triste? Cuando llegué a mi departamento cabizbajo y la vi, todo eso se me olvidó, esa era la inyección de energía que necesitaba, el fuego de esa mujer, algo que me quemara literalmente.

Esa noche cuando fuimos a la discoteca y vi a Adolfo lo supe, este sería el juego más emocionante de todos. ¡Qué mejor a un cazador que fuese presa al mismo tiempo!, era el mejor reto de todos, ¿quién podría ser más difícil que ella? Penélope me conocía como nadie y yo a ella, sabía que estaba en busca de un verdadero reto, Adolfo Lorenzo sería perfecto y era un buen amigo, no me costó nada convencerlo cuando la vio en fotos.

- Vaya... me dijiste que era bonita, pero no pensé a este nivel, esa noche en la disco me dejó sin aliento, las fotos no son nada en comparación con el modelo en vivo.
- Te lo dije.
- La verdad es que no te entiendo.
- ¿Qué cosa?
- ¿Cómo es que haces esto?
- Sigo sin entender.
- Me di cuenta cómo la miraba en la discoteca, esto es absurdo.
- Es una buena amiga.
- Al parecer, no tan buena como para que la engañes de esta forma, ese doble juego es sucio hasta para mí.
- Por favor, los dos sabemos la clase de persona que somos, no nos engañemos, no quieras dártelas de moralista conmigo.
- No se trata de ser moralista, sino que sé muy bien que te gusta esa mujer, admítelo, ¿por qué no lo aceptas de una buena vez y paras este juego absurdo? ¿Dejarás que esté conmigo cuando sientes algo por ella?
- Deja de hablar estupideces, sabes bien que cuando un juego comienza no se puede parar.
- ¡Bah!, esas son estupideces, es tu vida, puedes hacer lo que quieras.
- Eso estoy haciendo.

Ya no podía parar, era demasiado tarde, tenía que terminar lo que había empezado. Me sentí mal al llamarla al bufete, pero cuando la vi reaccionar con decisión, me di cuenta que la lástima era para los tontos, nosotros éramos cazadores y solamente uno de nosotros se quedaría con la victoria, y por supuesto tenía que ser yo.

Camino a la cabaña, mi corazón latía con fuerza, era la última frontera, la línea roja que yo mismo había pintado entre los dos para proteger mi obstinado y orgulloso corazón. Miedo, un frío y maldito miedo era lo que invadía mi cuerpo, había colocado todas las cartas sobre la mesa, y ya no me quedaba ninguna otra.

CAPÍTULO XII

La última palabra

Hay muchas palabras que se dicen en el juego, pero la más poderosa es la última, siempre hay un vencedor, pero este no se muestra, sino hasta el final. Muchos proclamarán su victoria, pero este juego no se acaba hasta que se diga la última palabra.

Miro hacia el mar y una vez más compruebo la belleza del sol que va muriendo sobre él, es como fuego líquido el que se muestra esplendoroso ante mis ojos, son miles de agujas hechas con oro que flotan sobre esa superficie. Jamás dejarán de impresionarme sus preciosos colores, ¿cómo es que aquello que has visto miles de veces sigue fascinándote como si fuese la primera vez?

Es una interesante metáfora de lo que pasa en mi interior, así muere una parte de mi vida, porque luego de esto, él no querrá saber nada de mí, ni yo de él. Es un juego que estuvo perdido desde el comienzo, creo que ambos lo sabemos.

Me descubro pensando ¿qué sentirá Federico?, ¿cómo es que, luego de estar juntos tantas veces me sigue impresionando? Su cuerpo, la forma en que sabía conducirme al placer, el fuego que sabía prodigar con cada caricia, como si sus manos estuvieran hechas de lava, de fuego que surcaba sobre mí. Yo era el hielo, uno que no podía terminar de detenerse, pero que igual quedaba marcado por la acción de su poder. ¿Por qué pienso en esas tonterías y justo en este momento cuando mi actitud debe ser completamente diferente?

Una de las reglas es precisa, jamás debes mostrar debilidad, no importa cuánto lo quieras, si flaqueas se aprovecharán de ti. Debo ser mucho más fuerte que él, a Federico no le temblará el pulso ni por un segundo, así como no lo pensó para meterme en este embrollo.

No le creeré ni una sola palabra, a pesar de sus ojos, de ese vacío que veo en ellos, el cual puedo interpretar de muchas formas, como amor o dolor. No estoy segura, este sería su último juego, quiero cerrarlo con broche de oro, tal vez destruyendo lo que él mismo había creado.

Esta vez la lucha será hasta el final, todo o nada, una pugna de iguales, y como iguales debe acabar de una buena vez y por todas, esta vez no habrá segundas partes. No quedará nada sobre la mesa, todas las cartas se jugarán porque falta una sola que colocar, una sola, y entonces todo habrá terminado realmente.

Todo parece estar confabulado para lo que me propongo, es una noche perfecta, tal vez mucho más que otras que ha pasado en este lugar. Respiro profundo sintiendo el pesar, pues no sé lo que vendrá después de esa noche oscura, más oscura que muchas otras, no precisamente por la luz que observan mis ojos, sino por la luz de la cual carece mi alma.

Siento una tristeza, pero ya es muy tarde para andar sobre mis pasos, he llegado hasta el final del camino, y es hora de terminar lo que empecé hace 10 años. En parte también estoy cansada, quiero llegar al final de este camino.

Le espero por largo rato, en ese instante empiezo a escuchar el sonido de un auto, es el suyo,

lo reconozco por el sonido de este motor estúpido y absurdo que a él tanto le gusta. Supongo que lo hace sentir más poderoso, al igual que sucede con muchos otros hombres, lo espero.

Desde allí observo que tiene un gesto de triunfo, no sabe lo que le espera, ni siquiera se lo imagina, aunque yo misma tampoco. Así que no podemos cantar victoria hasta que termine el juego. Camino hacia él, me está sonriendo pensando que solamente hemos cambiado de contexto, pero que todo lo demás sigue igual.

Ahora nos encontramos frente a frente como los verdaderos rivales que somos. Miro esos ojos grises y no encuentro más que arrogancia en ellos, en este momento un fuego se está encendiendo dentro de mí. Entiendo que debo demostrarle cuál es su verdadero lugar en el mundo, esta cacería empezó hace mucho tiempo y es hora de concluirla.

Lo observo y sé que encuentra algo en mí que no le gusta, es un gesto de decisión en mi mirada, eso lo pone un poco nervioso, es hora de continuar, estoy esperando a alguien más y él apenas lo imagina. Siento su nerviosismo, no está tan seguro como quiere hacerme creer.

- Y bien ¿qué es lo que quieres?
- Paciencia, ven conmigo, miremos el mar.
- ¿De qué rayos trata todo esto?
- Te dije que tengas paciencia, ahora falta poco.

Como si fuese tan fácil, la paciencia nunca ha sido una de sus virtudes y tampoco la mía. Pero en este caso me he armado de ella para encontrar la única línea roja que he podido conseguir dentro de mi alma, es el orgullo, la vanidad, la superficialidad que una vez me pareció absurda.

Ahora son la única frontera con la cual puedo defenderme de este hombre que ha producido en mí una especie de temor, es la incertidumbre de esa palabra que no me atrevo siquiera a llamar por su nombre. Son horas y horas de hablar, y de hacer muchas otras cosas que no eran precisamente hablar, eran esos ojos grises que podían penetrarme profundamente.

Y ahora él está aquí, junto a mí, con el vacío de la desilusión que se apodera de su alma y de la mía, sabiendo dentro de mí que es imposible seguir por ese otro camino que mi corazón desea. Quiero decirla desde lo más profundo, pero no puedo darme ese lujo, ahora menos que nunca, no seré una de esas chicas como Ana y muchas otras que conocí, que le entregaron sus corazones de manera fácil creyendo que él le correspondería.

Era una expectativa imposible, ¿para qué jugar con algo tan tonto como eso?, ¿para qué volverse tras de sí y entregar el corazón a alguien inescrupuloso como él?, para que luego lo destruya, para que luego lo vuelva a cenizas, ante eso prefiero destruirlo yo misma antes que lo haga otro. Él no sabe amar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Se queda mirando el mar, ya no está lleno de pequeñas luces doradas, el sol ha muerto hace mucho rato. Ahora es una masa oscura que se ha tornado un tanto amenazante. No sé si era cierto o simplemente la sensación que habita en mi alma. La sensación que me estoy enfrentando ante algo desconocido, un nuevo reto que se avecina, una marejada de sensaciones contradictorias estaba habitando en mí justo en ese momento.

Se ven tan amenazadoras como el atronador sonido del mar estrellándose contra el acantilado cercano, esas olas que azotaban sin misericordia por horas, años, por siglos, milenios esculpiendo extrañas formas entre las piedras. Así me siento yo, como ese acantilado, el cual ha sido embestido por años, son como las situaciones que azotaban mi existencia, hasta que tomé la conciencia necesaria para repelerlas.

Tengo que levantarme nuevamente, al igual que lo he hecho durante toda mi vida. Aunque suene un tanto absurdo, debo tomar las riendas, no importa que me duela. Hay algo que es mucho más grande que yo y ese poder que he ostentado hasta este momento.

Todo posee sus límites, y creo que eso es mi mayor ventaja, el no tener la arrogancia de creermme invencible.

- ¿Me vas a decir qué rayos pasa? ¿O solo vine aquí para perder mi tiempo?
- Te dije que tengas calma, paciencia.
- Sabes que no tengo mucha paciencia.
- Lo sé, pero ahora es necesaria, las circunstancias lo ameritan.

Las circunstancias lo ameritan, por lo menos un momento de silencio, no solo para la solemnidad e importancia de este momento trascendental, sino por esa amistad que está a punto de terminarse. Él no puede entenderlo en este momento, pero sabe con certeza que alguno de los dos tiene que caer en ese momento. No podemos continuar en el mismo espacio, eso es el delirio, la condena de todo cazador que se atreve a luchar contra su propia presa.

No se puede ser cazador y presa al mismo tiempo, yo se lo he dicho, pero él no me hizo caso. Tal vez en parte era mi culpa, porque yo mismo había propuesto ese juego absurdo, demasiado peligroso, un juego que era como meter la mano en el fuego pensando que tal vez no ibas a quemarte.

¡Qué absurdo!, ¡qué tontería es desear lo imposible!, una utopía que jamás podría darse, me quedo en silencio un rato más, dejando que él mismo entienda la importancia del momento. Tal parece que su mente está en otro lado y solamente ansía la victoria, ya no puede mirar atrás enneguecido por sus propias ambiciones. Por el enfermizo deseo de ser ganador, quedarse con el triunfo de algo que ni siquiera vale la pena, que no era más que un vacío, pero él ahora no podía entenderlo.

Entonces comprendo que todavía le falta un largo camino que recorrer en la vida. A pesar que tenía mucho más tiempo que yo en esta tarea, a diferencia de Federico, había podido intuir cosas que él no entendía. Puedo percibir lo absurdo que es esto, no puedo negar que resultaba sumamente agradable, pero no tiene sentido.

Ahora no puedo darme el lujo de dar mi brazo a torcer, porque es el momento de reclamar la victoria. Si es que eso fuese posible, quiero decirle algo, pero me detengo. Es ese maldito brillo en sus ojos, un fulgor intenso, grisáceo, mucho más potente de lo que recordaba antes. Un malévolos destello, y siento rabia, ese desgraciado está completamente seguro de que ganaría.

Deseo decirle eso que habitaba en mi alma, y siento que es recíproco, pero algo se lo impide,

sus labios están sellados. Son las palabras que se quedan en el alma, las que nunca consiguen forma de salir, se quedan allí, flotando entre la nada, levitando en alguna parte de tu ser y nunca encuentras la salida, como si estuviesen en un laberinto.

En aquel momento lo miro a los ojos y ambos nos quedamos en silencio, son segundos, tal vez minutos, no tengo la menor idea de cómo terminará todo. Entonces, escucho el sonido del auto que se acerca, es el momento, mi corazón se acelera otra vez.

- Y esto ¿qué es? —Dice él extrañado—.
- Ya verás.

Me queda mirando indeciso, esto no es lo que esperaba, en este instante no se lo voy a explicar porque eso dañaría el dramatismo del momento. Y por supuesto que no quiero eso, no podía destrozar el carácter de este momento decisivo.

Está totalmente sorprendido y me mira con cara de asombro, tiene miedo, lo conozco, siente rabia, es Adolfo Lorenzo. No aguanto las ganas de reírme, el muy tonto pensó que lo había usado para engañarme, pero era él quien resultaría enredado en su propia red. Tanto él como Lorenzo no veían el hoyo donde iban a caer.

Al igual que él, yo había planificado que Adolfo estuviera ahí, a la hora precisa y en el momento exacto. Se baja del auto mirándome también confundido, con sus ojos azules ahora nublados por la oscuridad. En su rostro se plasma la duda, parece preguntarse “¿de qué rayos trata todo esto?”, sin embargo, yo simplemente me sonreí y los miré a ambos, finalmente el momento había llegado.

Federico por fin se dio cuenta de lo que estaba pasando y de cuánto se ha engañado conmigo, de lo mucho que me ha subestimado. Ahora me pregunto secretamente ¿quién engaña a quién? Tengo el control del juego, y le digo mentalmente: ¿quién es el mejor cazador ahora?

- ¿Me puedes explicar qué mierda es está?
- Oh... sí, claro, pero dejemos que lo hagas tú, después de todo, me muero por escuchar tu versión de los hechos.
- ¡Rayos!, ¡sí que eres una maldita bruja!
- Adolfo, querido, soy una mujer inteligente, eso me dijiste una vez y estabas totalmente en lo cierto, esa es la verdad, lo soy, a veces los hombres subestiman a las mujeres y creo que ustedes han caído en ese terrible pecado.
- Bella Penélope... —dijo él riendo—, supe que no me equivocaba contigo.
- ¿Recuerdas lo que me dijiste una vez? Me hablaste de Eva, me dijiste que las mujeres siempre tenían una expectativa acerca de las cosas, que siempre tenían un objetivo. Y estabas en lo cierto, simplemente te hablaba con la verdad, te respondí que mi único objetivo era estar cerca de un hombre interesante. En parte era cierto, pero esto también se trata de algo más y tú ya lo sabes ¿no es cierto? Tú sabes perfectamente que esto no es más que una apuesta y te prestaste para ello Adolfo Lorenzo.
- Ok, — dice mirándome seriamente—.
- Te equivocaste conmigo, te equivocaste al pensar que era una niña boba, de esas con las

cuales siempre juegas, te dije que no era como las otras. Tienes muy buenas tácticas, pero no fueron suficientes, has sido cazado.

- ¿De qué hablas?
- Eva, te hablo de Eva, ¿recuerdas que me lo dijiste? Que todas las mujeres tenían una expectativa, que todas tenían alguna ambición, y que todas terminaban por enredar a los hombres y convencerlo de algo que ni ellos mismos sabían que querían hacer. Pues sí, también tenías razón en eso, porque logré convencerte de hacer algo que ni tú mismo tenías idea que querías hacer. Eras la presa más difícil de todas, y por eso te escogí, esta fue una apuesta y yo he ganado.
- ¿De qué mierda hablas? Adolfo, ¿qué quiere decir Penélope con eso?
- ¡Rayos!, jajaja, quiere decir que esta es la primera vez y la única que he perdido.
- No, esto no es posible, no es posible, tú dijiste...
- Pensabas que no lo sabía querido, me subestimaste, tú que me entrenaste, enseñándome todos tus trucos. ¿Cómo pensaste que me engañarías con esa tontería?, ¿crees que no me di cuenta que en realidad conocías a Adolfo y que lo estabas usando para engañarme? Querías hacer tu última jugada, tu jugada maestra para distraerme, deseabas hacerme caer en tus tonterías, pues el único que ha caído en sus propias tretas eres tú.
- No lo creo, a ver demuéstralo, demuéstramelo.
- A ver Adolfo, saca lo que tienes en el bolsillo para que Federico pueda verlo, —le digo sonriendo—.

Tuve que aguantar la risa cuando vi su cara de asombro, efectivamente allí estaba, tal cual como yo lo había imaginado. Adolfo Lorenzo, el invencible playboy, había sacado una caja de su bolsillo y dentro, por supuesto, estaba el inequívoco anillo. Paradójicamente, la joya más odiada por mí era la que ahora me estaba garantizando la victoria.

El gran Adolfo había venido precisamente a eso, para hablar conmigo, de la maldita palabra por m... Eso era lo que quería, había hecho justo lo que me proponía, y esta era la mejor prueba de ello. Era la hora de reclamar mi triunfo, este cazador había sido cazado.

- ¡Qué rayos!, ¿qué se supone que pretendías hacer con eso Adolfo? Teníamos un trato, te echaste para atrás, creí que eras un profesional.
- Lo era hasta que esta mujer se cruzó en mi camino.
- ¡Qué vergüenza!
- ¿Vergüenza?, eres un descarado Federico Román, quisiste engañarme desde el principio.
- Esto era una apuesta, pensé que jugaríamos limpio.
- ¿De qué hablas?, tú también has estado todo el tiempo haciendo tus tretas.
- Porque sabía en lo que estabas, me di cuenta que no eres más que un mentiroso.
- De eso se trata, ¿quién dijo que este juego iba a ser una apuesta limpia? Tú sabes cómo hacemos las cosas, sabías a qué atenerte cuando comenzaste, además, ¿se te olvida que tú fuiste la que me lo propuso?
- No eres más que un mentiroso, tanto así que te engañas a ti mismo, mira todo lo que hiciste, incluso, involucraste a Adolfo en todo esto solamente para engañarme. Teníamos 10 años conociéndonos, y creí que eras mi amigo, pero me equivoqué, jugaste y muy sucio, poniéndome en medio de todo esto, te lo advertí desde el principio, no se puede ser cazador

y presa al mismo tiempo, estabas tan seguro y mira, ya lo ves, ¡acabas de perder tu propio juego!

Apenas puedo describir su cara, está realmente asombrado, no se lo esperó ni siquiera por un segundo. Estaba tan seguro de su triunfo, pero allí estaban las pruebas, todo es claro, logré convencer a Adolfo para que se enamorará de mí, incluso, tanto que vino con el ansiado y maldito anillo a proponerme M...

Es risible, justo en este lugar que habíamos escogido para cerrar el trato. No es necesario decirlo, había perdido, aunque no quiera aceptarlo, esa es la verdad.

- Y bien ¿aceptarás lo que es obvio?
- ¿Qué cosa?
- Ya lo sabes, perdiste y debes reconocerlo.
- Creo que ustedes tienen muchas cosas que hablar, y veo que estoy sobrando. Vine aquí con una intención, pero me doy cuenta que estaba totalmente equivocado, que mi primera intuición respecto a ustedes siempre fue la real, tú Federico realmente estás enamorado de Penélope, y usted señorita también siente lo mismo. Ahora me retiro, no tengo más nada que hacer aquí.
- Adolfo, no te vayas todavía, espera Adolfo, —le repito—, no te vayas todavía, necesito un testigo de lo que va a pasar aquí en este lugar. Necesito que corrobore que realmente yo soy la vencedora.
- No tengo que hacer nada cariño.
- Claro que sí, después de todo, tú mismo te involucraste en esto al aceptar ser parte de las estupideces de Federico, ahora es muy tarde para huir, se supone que tú también eres un buen cazador, entonces debes saber que esto no se acaba hasta que llegue el final.
- Querida, no tengo nada que ver con esto, vine por algo que es un completo absurdo y ahora me retiro, no sin antes darte las gracias por llenarme de todo esto, de esta sensación de estar vivo.
- Adolfo, escucha...
- No, escúchame tú a mí, es el momento de que ustedes aprendan a comportarse como unos adultos y aceptar lo que es evidente, ya no tengo nada que hacer aquí. Si estuve metido en esto, la verdad, es porque desde un principio me llamaste la atención. Desde que entraste a ese lugar mis ojos fueron tras de ti. Tal cual como te dije esa noche y en el yate.
- Adolfo... —le digo sorprendida—, ¿de qué estás hablando?
- De la verdad, por eso me presté para esta treta, única y exclusivamente, de otra forma jamás me habría involucrado en las estupideces de Federico. No me interesa nada de lo que él hace.
- Entiendo, pero no tienes que decir nada de esto.
- Lo sé, pero es la verdad, he apostado y perdido, no me da vergüenza reconocerlo.
- No tienes que decir eso Adolfo.
- Es evidente que he perdido, y creo que esta es la mejor muestra de ello, —dice mostrando el precioso anillo, el cual coloca nuevamente en su caja—. Bien, ahora sí me voy, pero esto se va conmigo, tal vez me sirva, jajajajaja, o tal vez jamás lo use, ahora arreglen este desastre, por cierto, no quiero saber más nada de ninguno de ustedes dos, nunca más.

- Adolfo....
- Adiós hermosa, la verdad es que fue un gran placer conocerte.
- Igualmente, siento todo esto.
- No te preocupes, son gajes del oficio.

Se hizo un sepulcral silencio, ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer. Para Federico resultaba humillante reconocer que había perdido, era demasiado obvio que tenía todo a mi favor. Estoy preparando la embestida final, miro el auto de Adolfo que se aleja, tal vez pudo ser una buena oportunidad, pero no me dejaré llevar por la melancolía, respiro profundo, es el momento.

Como un animal herido está Federico ante mí, no se sobrepone, tal vez no quiera reconocerlo, nunca había perdido, y se encuentra todavía en shock. A pesar de todos sus tretas y trucos, yo le he ganado, el as lo tengo bajo mi manga, el último turno de esta partida es mío, solamente tengo que sacarlo y entonces el juego habrá terminado.

Se escucha el sonido de las olas, su relajante vaivén, es una canción que anuncia la tormenta, la sensación de que estoy a punto de cerrar un capítulo de mi vida. Esta noche oscura es amarga, tiene el sabor de la derrota, pero no solamente la suya, sino también la mía.

El silencio habla por sí mismo, Federico es un hombre orgulloso, esas palabras que quisiera decirle, realmente no pueden salir de mis labios, me mira con ese gesto de molestia, lo único que le importa son sus malditas apuestas. Se queda callado, esperando lo que voy a hacer.

- Entonces esto era lo que querías, ganarme, restregarme por la cara que eres la mejor, siempre lo quisiste, a pesar de que yo fui quien te enseñó todo lo que sabes. Me imagino que debes estar muy feliz, pero tranquila, yo siempre cumplo mis promesas, te dejaré el auto, aquí tengo los papeles, será tuyo, ahora tendrás todo lo que querías.
- Te equivocas, en ningún momento quería aplastarte ni mucho menos, siempre te vi como a un amigo. Fuiste tú el que quiso que todo fuese así. Te recuerdo que fuiste el que me escogió.
- Tú empezaste con esto, con esta maldita apuesta, ¿recuerdas?
- No soy ninguna ingenua, no me engañas, sé que estabas planificando algo desde antes de ir a ese lugar.
- ¿Por qué haría eso?
- Porque estás aburrido de tu vida, de tu miserable vida, estás fastidiado, harto y necesitas algo con lo cual entretenerte.
- Por favor, tengo una vida genial.
- Pudiste haber escogido entre todas las mujeres que estaban allí, a cualquier otra, pero no, tenías que retarme, tenías que tirarme, todo por diversión, ¡qué triste!
- Estás loca, sabes que te aprecio, tenemos algo especial, esto es un juego.
- Todo para ti es un tonto juego, estabas tan aburrido con tu vida, ¿debías aportarlo todo? ¿Incluso esto?, decías que era tu amiga, pero te comportaste de lo peor, ni siquiera pudiste hacer un juego limpio.
- Jajajajajaja, ¡cielos! No entiendo ¿qué mierda te pasa?, siempre hacemos cosas como estas.
- Pero no el uno al otro, y ahora que lo siento en carne propia, sé que es horrible, no, esto no está bien.

- Jajajajaja, cielos, te estás poniendo vieja, y tú decías que yo estaba oxidada, maldición, armas un alboroto por nada.
- Ya no aguantabas más la cotidianidad, el seguir haciendo lo mismo, conquistando mujeres que se entregan a ti corriendo y con los brazos abiertos.
- Estás loca.
- Lo vi en tus ojos cuando entraste ese día al apartamento, estaba fastidiado de Ana y de todas las demás, y por eso quisiste involucrarme, porque sabes que no soy ese tipo de mujer, querías tener un poco de emoción, por eso eres capaz de todo, de sacrificar lo que sea, no eres más que un maldito egoísta, eso es lo que eres.
- Vaya... ahora sé exactamente lo que piensas de mí, gracias, ¡qué genial!
- Y ahora fíjate, tú mismo rompiste tus propias reglas, las que tú me enseñaste y ahora son ellas mismas las que se han vuelto contra ti.
- ¿De qué mierda hablas? ¡Cielos!, ¡estás peor que todas esas chicas!, tú misma me dijiste que escogiera a quien deseara, y eso hice. Tú escogiste al idiota de Adolfo, sabía que lo harías, porque eres la persona más terriblemente predecible que conozco. Admítelo, al igual que yo, querías elevar la apuesta, ya estabas aburrida de todos esos tipos que siempre terminaban por proponerte matrimonio.
- ¡Vaya!, típico de ti, clásico, siempre proyectando en los demás lo que tú mismo haces, jajajajaja, aquí el único predecible eres tú.
- Fíjate lo irónica que es la vida, buscaste a Adolfo para que todo fuese más emocionante, jajajaja, pero terminó por proponerte la palabra por m... maldición, esto sí que es gracioso.
- Lo es, pero no para ti, porque gracias a la maldita palabra por m... te he ganado, admítelo, no seas mal perdedor, admite que te he ganado.
- Adolfo Lorenzo, proponiéndote matrimonio de la forma más patética y estúpida posible que me haya podido imaginar, jajajajajajaja.
- Por lo menos Adolfo tiene los pantalones para aceptar lo que siente, no como tú, que no puedes ni siquiera balbucear una sola de las palabras que desearías decirme.
- ¿De qué hablas?, jajajajaja, ¿estás loca?
- Sabes perfectamente de lo que estoy hablando, ¿qué te pasa Federico?, ¿quién te hizo tanto daño como para que ni siquiera te atrevas a adentrarte en lo que sientes?, lo que por tanto tiempo nos hemos querido decir y que tú no has podido, o no has querido.
- ¡Qué vergüenza!, ¿usas esta arma para tratar de vencerme? ¡Por favor!
- Sabes que es cierto, solo que no puedes admitirlo porque se necesita ser valiente para hacerlo, y tú, querido amigo, no eres más que un cobarde, le tienes miedo a tus propios sentimientos, esa es la verdad.
- ¿Así que tú también eres una más de esas que quieren enamorarse y tener una vida junto al hombre de sus sueños?, cielos, esto es realmente triste, ahora veo que no aprendiste nada.
- Reconoce que te gané y dame los papeles del auto, —le digo pasándole el documento, uno igual al que él me ha mostrado—.
- Jajajajajaja, ¡cielos!, ¡qué patético todo esto!
- Claro, porque no eres tú el ganador, estabas tan convencido, creíste que me engañarías, eso de la planta exótica te quedó muy bien, jajajajaja.
- Me gusta jugar con las mentes.
- Pero recordaba perfectamente que te lo conté, así que era imposible que Adolfo me la regalara, eres un completo idiota.

- ¿Así que tú también querías jugar conmigo?, ¡cielo santo!, ¡qué truco más barato querida!, tuviste que hacer algo mejor. Es preferible que te dediques a esperar a tu príncipe azul, al igual que todas las demás, por favor, ¡qué estupidez!
- Eres un idiota, siempre lo he dicho.
- La verdad es que no entiendo ¿por qué estás tan molesta?, esto es un juego, tú y yo somos dos cazadores que estamos de igual a igual, solo eso, no sé por qué estás tan seria.
- Estás muy equivocado en la vida, la existencia es mucho más que tus jueguitos estúpidos.
- Y tú estás muy equivocada si piensas que soy como esos otros hombres en tu vida, como los que has conocido, todavía no sabes nada de mí, te queda mucho por aprender.

Nunca lo aceptaría, algo en su corazón estaba cerrado, se negaba al amor y a las relaciones, había un espacio de su corazón que se encontraba sellado para siempre. A pesar de todo el tiempo compartiendo juntos, al verlo a los ojos supe que no lo conocía, este hombre que me mira con sus ojos grises y fríos, él tenía razón, no lo conocía tanto como había pensado.

Al compararlo con Adolfo, me doy cuenta que Federico no es la persona que pensaba, era capaz de todo con tal de lograr sus caprichos. Me quería, pero jamás lo iba a reconocer porque eso también sería reconocer que había perdido, y doblemente, porque perdía también la libertad de su corazón, esto último es lo que más ama.

Lo comparo también con ese chico que me encontré en las escaleras, es el mismo de siempre, en todos estos años no ha cambiado en nada. Ni ha avanzado, sigue creyéndose el estúpido dueño del mundo, y este debe girar a su alrededor. No mostrará debilidad por nada, me pregunto si vale la pena sentir algo por una persona cuyas emociones no están disponibles. La respuesta es obvia, pero muchas veces no queremos aceptarlo, lo que está ante nuestros ojos es evidente, pero nos gusta engañarnos.

- Bueno, ahí te dejo el auto, entonces diremos que esta vez has ganado, eres la ganadora de esta partida y de este juego, pero recuerda que hay muchos otros juegos en la vida que yo también puedo ganar.
- Espera, Federico, espera, voltéate y mírame a los ojos, aunque sea por una vez más, sí mírame, este juego lo has perdido, pero no contra mí, sino que has perdido contra ti.
- Ah... ¿sí?
- Sí, aunque veo que eso no te importa, pero igual te lo diré. Primero por nuestra amistad y segundo por violentar las reglas que tú mismo creaste.
- Vaya... ilústrame, —me dice con una sonrisa burlona—.
- Eres un estúpido, has violentado tus propias reglas, primero por no demostrar debilidad ni flaquear.
- ¿Cuándo he hecho eso?, nunca he demostrado debilidad.
- Claro que lo hiciste, primero fuiste débil ante tu propio orgullo, lo pusiste por encima de todo al querer derrotarme en mi propio terreno, al querer tomarme como una presa.
- Ok, entiendo.
- Demostraste que estabas flaqueando, sabes perfectamente que flaqueaste al dejarte llevar por esa necesidad de ganar siempre, por esa ambición de ganar y ser el único vencedor, pero no tomaste en cuenta un detalle importante.
- ¿Cuál?, —me dice de pronto muy serio—.

- Que te enamoraste. Sí, no lo niegues, te enamoraste de mí, esa es la verdad, aunque quieras negarlo. Usaste tus propias armas, y las usaste en tu contra, otra de las reglas que has violentado. Ahora no puedes negarlo, has sido derrotado con tus propias reglas y trucos, en tu mismo terreno.
- ¿Enamorarme?, ¡por favor!, ya quisieras que me enamorara de ti, que pudiera reconocer eso, de seguro que esa sería tu victoria final, pero no voy a darte ese gusto, porque nada de lo que dices es cierto. Federico Román jamás se ha enamorado en su vida y jamás lo hará ¿entendiste?
- Cielos, bien, entonces reconoces que te he ganado.
- Está bien, digamos que me ganaste.
- No digamos, lo hice ciertamente.
- Ok, solo toma los papeles del auto y terminemos con esto.
- Ahora no, déjalo frente a mi departamento.
- Muy bien, como quieras.

Él comenzó a alejarse hacia su auto, está rabioso, lo sé, no quiere darme el poder de la victoria, aunque sabe perfectamente que está derrotado, y en más de un sentido. Entonces, de pronto se devuelve, se queda parado justamente a un palmo de mí.

- ¿Qué quieres?
- Sin duda sabes que esto no termina aquí.
- No sé nada, solamente vete, es todo lo que quiero ahora.
- Sabes que en el fondo perdemos los dos.
- Lo sé, pero eso debiste haberlo pensando antes de hacer este tonto juego.
- Bien, —y se queda mirándome—, está callado, creo por un tonto segundo que me dirá algo más, pero sus labios permanecen cerrados, solamente me mira con esos ojos de fuego pero que al mismo tiempo son más fríos que el hielo.
- Hasta aquí llegamos tú y yo.
- Bien, como quieras, si eso es lo que deseas, así será.
- No lucharás ¿cierto?
- Sabes que no hago esas cosas, lo sabes.
- ¿Ni siquiera por mí?
- Por nadie, no hay excepciones.
- Solo para tu ego, ¿ese es el único momento en que haces excepciones?
- Lo siento cariño, has ganado, ¿eso es lo que quieres te diga? Bien, has ganado, tenías un as bajo la manga, uno con el cual no había contado, lo siento, no puedo ser lo que deseas, —y entonces se aleja—.

No sé por qué imaginé que todo esto sería diferente, por un segundo inocente, pero no, él ha actuado tal cual como lo pensé. Veo su figura alejarse, es una sombra en todo sentido, una silueta que va perdiendo los contornos hasta convertirse en una mancha en la lejanía, se sienta en su auto y entonces se va, así es como acaba todo, la sensación es de un vacío tremendo y entiendo que ya no puedo hacer esto, que luego de perderlo por esta victoria vacía, ya no puedo seguir siendo la misma mujer.

Miro el mar, las olas se agitan de un lado al otro, el sonido del agua me brinda un poco de

paz en medio de esta tormenta. Entro en la cabaña, he ganado, sí, pero también lo he perdido todo, absolutamente todo, dentro de mí la victoria tiene un profundo y amargo sabor a derrota. Mi corazón es el mar oscuro y nocturno que va de un lugar a otro, pero no se sientan mal por mí, pronto encontraré un nuevo sentido, soy una cazadora, una sobreviviente, sé cómo salir adelante, y allí afuera, hay mil puertos donde puedo ir. Soy un barco que sabe navegar en mares grandes y profundos, y “a otra cosa mariposa”.

“Nada es lo que parece, esa es la más importante de las reglas de un cazador, no porque las palabras tengan un significado, quiere decir que los sentimientos sean cónsonos con ellas, a veces las que no se dicen son más importantes que las que se formulan.”

Orlando Núñez, Playboy.

EPÍLOGO

“Nada es lo que parece”, eso me decía Orlando, uno de mis mejores amigos, y en mí eso tomaba un sentido superlativo. Las palabras que se quedaban en mi corazón eran mil veces más que las que podía pronunciar.

A veces se deben hacer sacrificios por amor, incluso sacrificarse a uno mismo. Luego de meterme en esa tonta apuesta, sentí que había sido un error, mi orgullo no me dejaba actuar, simplemente no deseaba perder. Eso no era una posibilidad, pero ante el corazón de ella, tenía que admitirlo, estaba enamorado, completamente enamorado, no sabía cómo, ni cuándo, pero había pasado. Penélope supo cómo destruir la línea roja, ese límite auto impuesto que nos mantenía separados.

Adolfo lo sabía, ambos, por eso estuvo de acuerdo cuando le dije que fuera a ese lugar con el bendito anillo, esa sería la prueba de mi derrota. Al verla salir del bufete, al mirar sus ojos de tristeza, supe que no podía permitir que lo nuestro terminara de esa forma, imponiendo mi voluntad sobre ella, el mejor juego de todos era este, y el más extraño porque perdiendo sentía que había ganado.

Cuando sacó el anillo vi sus ojos, ella creyó que había ganado, y así debía ser, aquí el único perdedor era yo, un completo perdedor de la vida. Un juego vacío en el que había estado toda mi vida, con el que había probado el sabor dulce, pero, sobre todo, el más amargo.

Craso error, ¿por qué es tan difícil reconocer el amor en el corazón propio?, ¿por qué es tan difícil ser alguien normal, ser como esos que pueden estar con una sola mujer? No puedo, por más que trate, simplemente no puedo hacerlo, alguien como yo debe volar solo, esa es la realidad.

Firmé su documento tonto, eso era lo que quería, y eso le daría. Pero en ella también estaba el sin sabor de la derrota, ambos estábamos perdiendo, y al mismo tiempo ganando. Sabía perfectamente que lo mejor era alejarme.

Soy Federico Román, un hombre que no sabe amar, no podía hacerle esto, atarla a alguien infeliz. Un ser que necesitaba la libertad como otros el alimento o el agua, que debía volar lejos siempre de un lado al otro, errante, vagabundo de la vida, embriagado con el poder de la conquista, con el poder de mover a las personas como si fuesen títeres.

¡Oh... pobre tonto! ¡Cómo deseé por un segundo decirle lo que sentía!, ¿para qué?, eso no tenía sentido. Cuando me devolví para hablarle, las palabras se atropellaron en mis labios, se quedaron allí y sin poder salir, quizás eso fue lo mejor para todos, para ella, para mí y las demás.

No me imaginaba con una sola persona, sabía que no podría hacerlo, por más que lo quisiera, esto no se trataba de querer, sino de poder. Mi corazón estaba sellado, necesitaba la aventura del reto. Lo conquistado perdía sentido, esa era mi vida, estaba condenado a esa triste existencia, y no podía seguirla condenando a eso.

Deseé nunca habérmela topado en esas malditas escaleras, para que no perdiera su ternura, para que no se convirtiera en un ser igual a mí, la amaba por eso y me odiaba por la misma razón.

Penélope, mi querida Penélope, era la razón que daba fuego a mi vida, pero somos como el hielo sobre el fuego, como el fuego sobre el hielo.

Éramos amigos con y sin derechos, y ahora somos nada, un vacío no puede llenarse con otro vacío, un hombre quemado no puede quemarse otra vez, un ser muerto no puede volver a morir. ¿Quién soy?, ya no lo sé, ya no queda nada, solo el oscuro silencio de la noche que es más callada que mi corazón oscuro y lleno de sombras tenebrosas.

Lo vi en sus ojos, allí estaba esa insatisfacción, ella merecía algo mucho mejor, algo mejor que yo. Merecía a un hombre que la pudiese amar, así con eso condenara a mi corazón a la más grande de las soledades. ¿Se supone que eso es el amor? ¿No es cierto? Es sacrificarse aún en tus propios deseos y pretensiones, en dejar lo que más amas por lo que más amas, es así.

Cuando caminé hacia el auto sentí que dejaba mi vida detrás. Había ganado, sí, pero al mismo tiempo perdido, lo había dejado todo, incluyéndola a ella. Tenía que alejarme, porque mientras estuviese allí, no la dejaría avanzar, se quedaría estancada en este juego del cual era casi imposible salir, se quedaría conmigo dando vueltas en esta vida sin sentido.

Ahora, en retrospectiva, luego de años lo veo mejor, todo se percibe más claro en la distancia. El mar se escucha en mi mente, las olas con su vaivén se oyen a lo lejos, las olas con su cantar vienen a mi mente una y otra vez.

Sé que ahora debe ser feliz, seguramente lo es, he cerrado una puerta para abrir otra, he navegado en este océano oscuro para que ella lo haga en un mar de felicidad. Soy Federico Román, playboy, cazador, enamorado de la libertad, enamorado de una vida que no es más que un espejismo, soy Federico Román, y esta es mi historia...

FIN.

Si te ha gustado este libro, por favor déjame una reseña en Amazon ya que eso me ayudará a que lo lean otras personas.

Otros libros de mi autoría:

Azul. Un Despertar A La Realidad. Saga Libros 1-6

Adicta A Tu Aroma. Flor Divina del Desierto. Saga Libros 1-6

Profundamente Violeta (Libros 1-3)

Muros de Cristal (Libros 1-3)

Con o Sin Derechos (Libros 1-3)

Íntimos Deseos. Una Novela Romántica de Mercedes Franco

Sagas Libros 1-3

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga Libros 1-3

Rehén De Un Otoño Intenso. Saga Libros 1-3

Las Intrigas de la Fama Saga Libros 1-3

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos Saga Libros 1-3

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado. Saga Libros 1-3

LOVECOINS. ¿Y si el amor fuese una criptomoneda...? Saga Libros 1-3

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Mis libros de Fantasía y Romance Paranormal:

Inmortales. Génesis. El Origen de los Vampiros. (Libro No. 1)

Metamorfosis. El Legado Secreto de los Vampiros Saga Libros No. 1, 2 y 3

Reina de la Oscuridad. Una Historia de Romance Paranormal Saga Libros No. 1, 2 y 3

Seduciendo al Vampiro. Desafío de Fuego. Saga Libros No. 1 al 6

Dinastía de las Sombras. La Oscura Corona. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Corona de Fuego. Saga Libros No. 1, 2 y 3

Oscura Dinastía Saga Libros No. 1, 2 y 3

La Furia y El Poder De Las Sombras Saga Libros No. 1, 2 y 3

Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista Saga Libros 1 y 2

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Atracción Inesperada Saga Libros 1 y 2

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Deseos Embriagantes.

Autora: Teresa Castillo Mendoza

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

Recibe Una Novela Romántica Gratis

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<https://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes